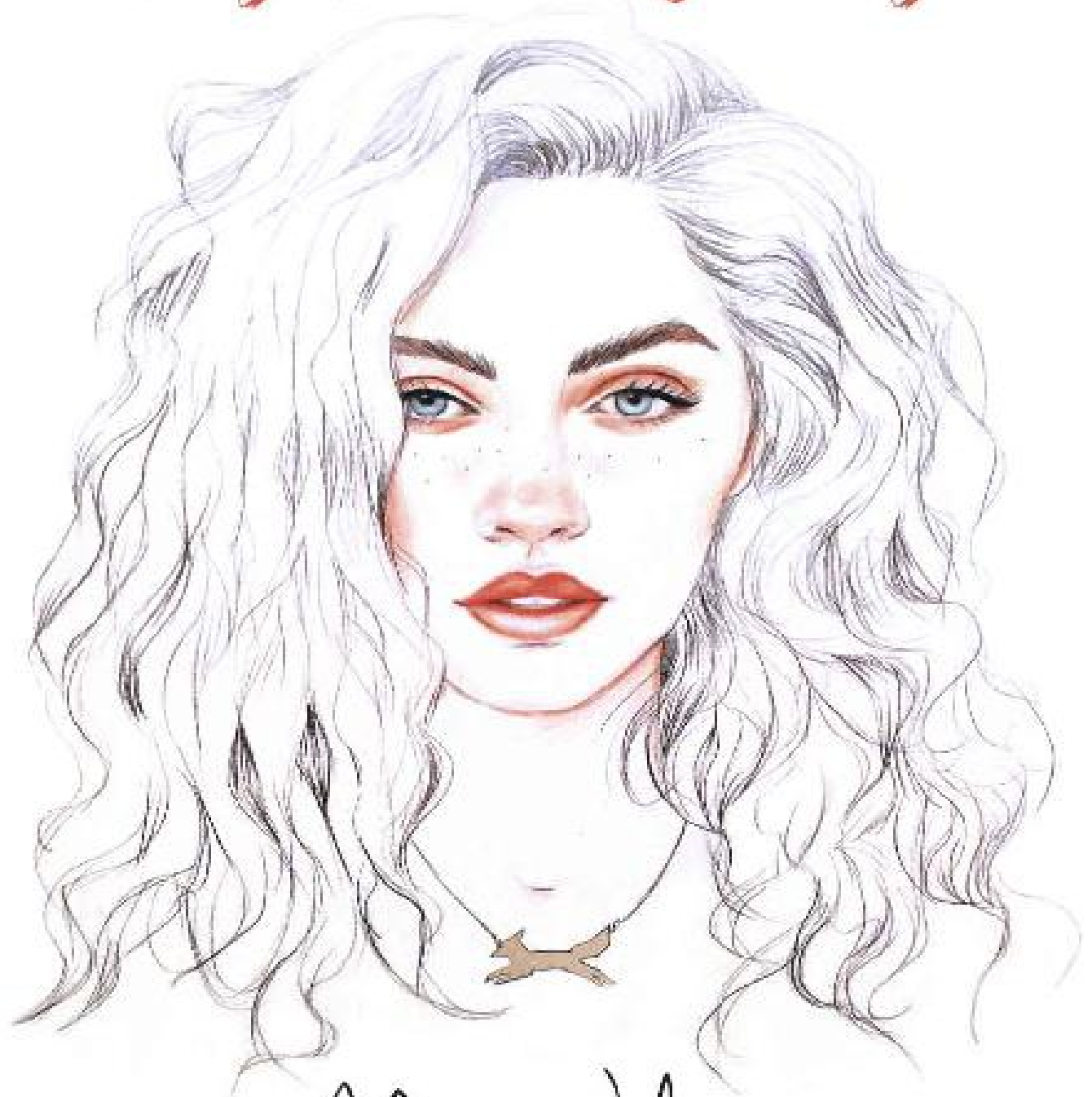


Dinastía los herederos



Alicia Matas


RED PARADISE

DINASTÍA

LOS HEREDEROS

ALICIA MATAS



Título: Dinastía
Colección: Los herederos
Primera edición: junio 2017

© Alicia Matas, 2017

© Derechos de edición reservados.
Editorial Red Paradise, 2017
Carla Coronado Bermejo
www.editorialredparadise.com
info@editorialredparadise.com

Edición: Editorial Red Paradise
Corrección: África Huertas González
Maquetación: Amparo Bermejo Paradís
Ilustración de cubierta: Habiba Green
Diseño y composición de cubierta: Fabián Colomer Carrillo

ISBN: 978-84-946529-8-1

Reservados todos los derechos. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del *copyright*. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

ALICIA MATAS



Nació en el pueblo sevillano de Herrera en 1992.

Graduada en Educación Primaria por la Universidad de Huelva, comenzó a escribir *Dinastía* en su última etapa universitaria.

Su pasión por la lectura pronto la llevó a plasmar historias en el papel y en 2016 quedó finalista del VIII Premio Internacional Mujeres Viajeras con su relato *You will never walk alone*.

DEDICATORIA

Para mamá,
por darme alas para soñar y sostenerme cuando caigo.

Y a ti papá,
por recordarme siempre lo valioso que es volver a levantarse.

SINOPSIS

Kendall Ivanova ha terminado por asumir tres reglas vitales para la supervivencia: la primera no enfurecer demasiado a su madre. La segunda luchar contra todo aquel que quiera destruir las Cumbres, el lugar donde vive. Y tercero odiar a los Montesini tanto como pueda. Sin embargo, una cuarta regla se ha añadido a la lista: escapar. Los Montesini acaban de secuestrarla quebrantando la tregua que existe entre ambas familias y, no están dispuestos a dejarla marchar tan fácilmente. No hasta que proclamen su particular venganza.

Dante Montesini tiene una misión: huir del Canal, del control de su padre y del menosprecio de sus hermanos. Sin embargo, la reciente desaparición de uno de ellos ha retrasado el plan de huida y su esperanza para escapar se ha visto atada a la de esa chica que su familia acaba de secuestrar. Pero la chica no está dispuesta a cooperar cuando le ofrecen hacer un trato que puede liberarlos a ambos. Por lo que ahora debe ganarse su confianza si quiere salir de su propio hogar.

Mientras tanto el pasado de ambas familias amenaza con volver avivando un oscuro secreto que ha estado silenciado demasiado tiempo. Desenterrando poco a poco una verdad que lo cambiará todo para siempre, incluyendo el rumbo de sus propios destinos. ÍNDICE

ÍNDICE
ALICIA MATAS
DEDICATORIA
SINOPSIS
LAS FAMILIAS
PRÓLOGO

I
II
III
IV
V
VI
VII
VIII
IX
X
XI
XII
XIII
XIV
XV
XVI
XVII
XVIII
XIX
XX
XXI
XXII
XXIII
XXIV
XXV
XXVI
XXVII
XXVIII
XXIX

EPÍLOGO
AGRADECIMIENTOS

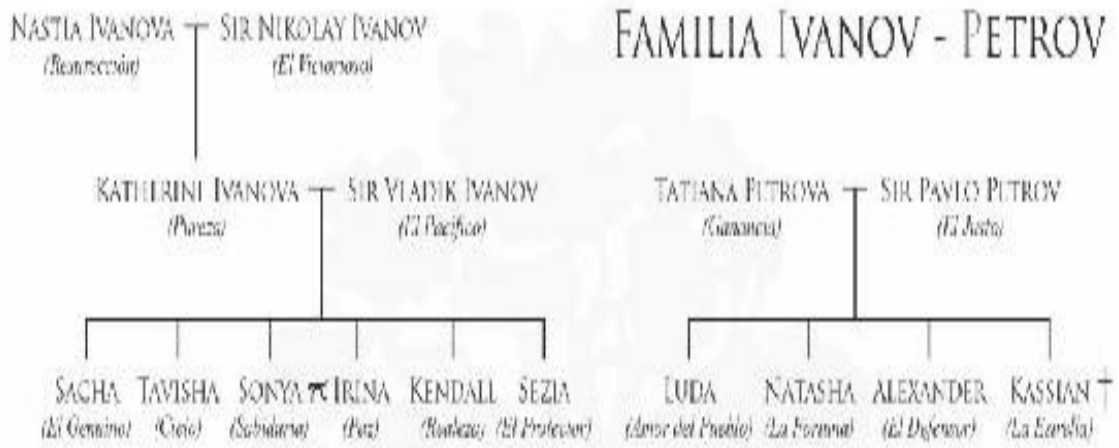
LAS FAMILIAS

El odio entre Los Ivanov y Los Montesini
había existido desde siempre.
Como los Capuleto y los Montesco en la obra de Shakespeare...
dos dinastías enfrentadas por el control de la isla de Hadra.

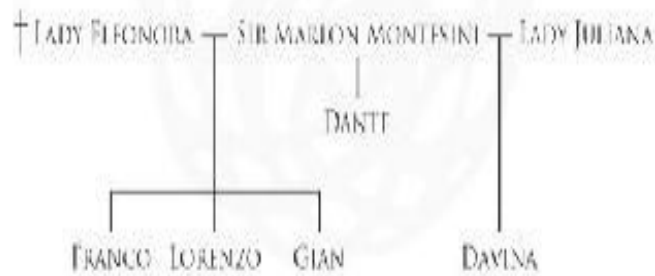
A un lado las *Cumbres*,
las montañas nevadas que cubrían la zona norte.
Sus infranqueables murallas habían resistido estoicamente
a lo largo del tiempo.
Tras sus muros, Katherine Ivanova, la heredera de acero...
una belleza tan mortífera como su mirada.

La zona sur, el *Canal*, estaba gobernada por los *lobos*.
Todo lo que bañaba el mar les pertenecía por decreto.
A ellos y a su heredero, Marlon Montesini,
capaz de aniquilar con la misma frialdad que sus palabras.

Por último... los *salvajes*, los indeseados.
Soldados desertores a los que una vez se les arrebató
lo que más habían amado.
El bosque se había convertido en su refugio y con él...
la promesa de una venganza
que no dejaría de acrecentarse con los años.



FAMILIA MONTESINI



PRÓLOGO

—A veces hay que sacrificarse por la familia.

Sezja, entristecido, le devolvió una sonrisa. Su hermano estaba colocándose los puños de la camisa, evitando mirarla.

—Se trata de la persona con la que pasarás el resto de tu vida, Sezja. Tu felicidad no debería estar sujeta por los deseos de nuestra madre.

—Es lo que se espera de un heredero. —Sus dedos masajearon un rostro visiblemente cansado—. Natasha es una mujer increíble que me brindará la oportunidad de ser padre en un futuro. Hemos crecido juntos y su familia es nuestra familia. Los Petrov merecen un reconocimiento a tantos años de lealtad y mi destino está ligado a ella incluso antes de que naciéramos.

—El destino... —musitó con una sonrisa iracunda—. Ese solo quiere que estés destinado a estar con Natasha porque Katherine así lo ha decidido. Siempre has hecho lo que nuestra madre ha esperado que hicieras y, me pregunto, cuántas de esas decisiones las has tomado por voluntad propia.

—He tomado mis propias decisiones, Kendall —pronunció su nombre con el mismo amor que siempre había mostrado hacia ella y sus otros hermanos—. Esta boda es decisión mía.

—Sezja...

—Me casaré con Natasha —sentenció consiguiendo que Kendall callara, consciente de que su hermano ya había meditado aquella decisión—. Seré el heredero que todos esperan y protegeré este *ghetto* por encima de cualquier dictamen que crea que es justo.

—¿También es justo para Vera?

La boca de su hermano titubeó de pronto y en sus ojos se pudo apreciar un profundo y desmesurado dolor. Apartó la mirada incapaz de hacer frente a aquella pregunta.

—Esta decisión no solo te afecta a ti. Esto será el comienzo de lo que nuestra madre hará en cuanto pises ese altar y te cases con Natasha. ¿Es que no ves lo que está haciendo? —Alargó la mano y acarició el mentón de su hermano—. Siempre has sido el hijo perfecto, Sezja. Has cuidado de nosotros desde que eras un niño. Tu vida... nuestra vida... está planeada por los deseos egoístas de nuestra madre. Todo lo que ella espera de ti... de nosotros... lo obtendrá tarde o temprano. Si aceptas casarte hoy con Natasha, ella habrá ganado.

El silencio se vio interrumpido cuando él la besó en la frente, sentenciando así una conversación que no volvería a producirse jamás. Sezja había aceptado el destino que su madre había impuesto, cuando caminó hacia la puerta y le dedicó un último gesto. Desde que Kendall tenía uso de razón siempre había visto aquella mirada calmada en el semblante de su hermano, aquella que parecía querer dejar claro que todo estaría bien. «Sezja, el protector» rio entristecida cuando lo vio desaparecer por el pasillo. Nunca antes había estado tan de acuerdo con el significado de un nombre, dijo.

«Todas las familias dichosas se parecen,
pero las infelices lo son cada una a su manera»

Anna Karenina de LEÓN TOLSTÓI

I

Su hermano pequeño le atizó en el brazo.

—¿No deberíamos pensar cómo llevarnos a Sezja de aquí?

—¿Es que acaso quieres secuestrarlo delante de todos los invitados?
—Lo acusó su otra hermana.

Tavisha permanecía sentada mirando al frente y su aniñado rostro había dado paso durante los últimos años a uno más adulto. Los atentos ojos que había heredado de su padre, Vladik Ivanov, permanecían alerta ante lo que pudiera pasar en aquella boda que estaban presenciando. Su hermana pequeña era la más parecida a Sezja: ojos despiertos, sonrisa estrecha y pelo castaño oscuro.

—Natasha está a punto de entrar...

—A no ser que quieras que madre te encierre de por vida en los calabozos, deberás dejarla llegar al altar. —Le lanzó una mirada de soslayo—. Además, no veo cómo moverás a Sezja... parece no tener intención de moverse.

Sacha, el hijo menor de los Ivanov, distinguió a escasos metros lo que Tavisha estaba afirmando. Se cruzó de brazos, enfurruñado al descubrir que sus palabras eran ciertas.

—Podríamos avisar a Vera —planteó—. Ella es la única que puede hacer que nuestro hermano cambie de opinión. Kendall, tú eres su mejor amiga, haz algo.

—No puedo hacer nada, Sacha —respondió.

—Oh, vamos...

—No insistas, bobo —dijo Tavisha—. No podemos impedir esta boda.

—¡Pero yo no quiero casarme tan pronto! —exclamó Sacha, elevando la voz y ganándose unas cuantas miradas de reproche por parte de los invitados que permanecían sentados a la espera—. Todavía no soy soldado. Sezja me prometió que podría alistarme este mismo año. Ophelia ya ha comenzado los entrenamientos y si no me convierto pronto en novicio, tendré que soportar sus burlas.

—¿Quién es Ophelia?

—Ophelia Triskova —explicó Tavisha en un leve susurro—. Es la hermana del soldado que desapareció hace tres años el día en que... ya sabes...

—En que asesinaron a Kassian Petrov —terminó Sacha—. No entiendo por qué sigues afirmando que desaparecieron. Murieron a manos de esos salvajes...

—El cuerpo de Triskov nunca ha sido encontrado...

—Chicos —dejó caer Kendall, levantando los brazos discretamente para calmarlos. Las peleas entre sus dos hermanos pequeños podían durar años si no los erradicaba a tiempo—, no es el lugar más indicado para hablar de este tema...

—¿Y cuándo será el momento? —rebatió Sacha, disgustado—. Esos salvajes no han dejado de colarse a través de las murallas para ocasionar el caos entre nuestros aldeanos. Las Cumbres ya no son seguras y los lobos están muy cerca de romper los acuerdos para declararnos la guerra. Y míranos... aquí disfrutando de una boda mientras Montesini planea aniquilarnos de una vez por todas.

—Montesini no puede tocarnos a menos que salgamos de las Cumbres. Además, todo el mundo sabe que sus soldados no pueden competir con los nuestros...

Durante los años que había estado lejos de las Cumbres, internada en una residencia disciplinaria por expreso deseo de su madre, Kendall siempre se había hecho la misma pregunta: ¿por cuánto tiempo más se sostendría aquel odio? La guerra entre ambas familias había comenzado con la colonización de la isla, cuando el poder por acaparar las tierras de Hadra los había enfrentado y convertido en enemigos públicos. Su familia y los Montesini eran un símil de lo que Shakespeare había escrito en su célebre obra «Romeo y Julieta». De no ser por los siglos que los separaban, el dramaturgo bien podría haberse inspirado en ellos para crear la historia de los *Montesco y Capuleto*.

Los Montesini habían acaparado la parte sur de la isla, desde la costa hasta la periferia central, próxima a la ciudad que separaba ambos *ghettos*. Se los había denominado *ghettos* debido a las concentraciones de aldeanos que tanto el Canal como las Cumbres alojaban tras sus muros. Los Ivanov, pertenecientes a una de las dinastías más poderosas, llevaban gobernando las Cumbres desde mucho antes que pudieran recordar. Su madre y actual heredera, Katherine Ivanova, se había encargado de proteger los territorios que se extendían desde los maravillosos montes nevados hasta los peligrosos bosques norteños. De ese modo, preservaba el importante legado de la familia.

Sin embargo, la tregua firmada entre ambas familias estaba llegando a

su fin. La presencia de los salvajes, antiguos soldados que traicionaron la confianza de los *ghettos*, había logrado reavivar el rencor y las antiguas tensiones. Las continuas disputas entre Montesini y su madre habían causado de nuevo una fractura que estaría lejos de ser reparada. Debido a ello, la seguridad en las Cumbres había aumentado considerablemente en los dos últimos años.

—Está realmente preciosa.

La silueta de Natasha Petrova había silenciado la disputa que sus dos hermanos mantenían. Kendall reparó al instante en el chico de aspecto mordaz y sonrisa forzada que se encontraba sosteniendo el brazo de Natasha. Alexander Petrov estaba acompañando a su hermana al altar, tenía el pelo castaño como el resto de sus hermanos y una responsabilidad que había estado cercana a compartir con ella. De pronto, una imagen difusa atravesó su mente y se vio, a sí misma, retrocediendo tres años atrás...

Sus nudillos tocaron con precisión aquella puerta. La voz grave de una mujer no tardó en llegar. Giró el pomo y supo que su madre ya la estaría esperando. Sentada en su escritorio, con las manos cruzadas, se encontraba Katherine Ivanova.

—Kendall...

—¿Querías verme?

—Mi hija ha regresado y me he enterado por los criados.

—Supuse que la directora de esa cárcel donde hace años me enviaste te lo habría comunicado. Generalmente no suele empatizar con el resto de familias pero todos sabemos que el dinero siempre ayuda en el entendimiento. —Su madre esbozó una sonrisa glacial y Kendall sonrió en señal de respuesta.

—Te he dado más libertad que a cualquiera de tus otros hermanos...

—¿Libertad? —expresó con amargura, pero decidió guardar silencio, esa vez.

—He intentado ser tolerante con tu comportamiento, Kendall. Te envié fuera para ofrecerte la educación que por el contrario tus hermanos jamás tendrán y así me lo agradeces. Siempre dejándome claro lo descontenta que estás con las normas de esta familia. Tu altanero egoísmo es una de las principales causas por las que decidí internarte en esa residencia —sentenció—, pero mi paciencia tiene un límite y no toleraré que envenenes a tus hermanos con ideas absurdas.

—¿Ideas absurdas como ser capaces de decidir con quién casarnos o no?

—Debemos aceptar lo que nos ha sido destinado —respondió y por primera vez oyó algo más que frialdad en las palabras de su madre—. El destino de los Ivanov está ligado al de los Petrov. Ellos son nuestros guardianes y más fieles aliados.

—Nadie debería proteger a otro, solo por una estúpida norma que así lo impone.

—Es decisión de los astros.

—Un puñado de estrellas no deberían decidir nuestra vida.

El golpe resonó con fuerza en toda la estancia cuando su madre se levantó de inmediato de la silla y la fulminó con la mirada.

—Eres igual que él... arrogante con tus convicciones e imprudente con tus actos.

Kendall supuso que aquella comparación no estaba siendo demasiado afectuosa. Después de todo, la ausencia de su padre era un secreto a voces. El matrimonio entre Katherine Ivanova y Vladik Ivanov hacía años que era inexistente.

—Regresarás a la residencia mañana —expresó con la suficiente claridad. Kendall tuvo la impresión de que nada de lo que dijera a continuación la haría feliz—. Permitiré que te quedes para la cena...

—Es un detalle, madre.

—Solo para que escuches lo que tengo que ofrecerte.

Kendall frunció el ceño.

—Mañana anunciaremos el compromiso de tu hermano Sezja.

—Vera no querrá casarse tan pronto.

El filo de una sonrisa asomó en aquellos labios despiadados.

—Así es —dijo—. Suerte que Natasha sí lo desea.

—No puedes hacer eso. No puedes obligarlos —golpeó la tersa madera de caoba del escritorio con los nudillos, vislumbrando la sangre que pronto comenzó a manar de sus dedos—. ¿Por qué estás decidida a acabar con la felicidad de tus hijos? ¿Acaso no te ha bastado conmigo? Sabes perfectamente que Sezja no ama a Natasha. ¿Qué necesidad tienes de destrozar el amor que existe entre él y Vera?

—Sezja pronto heredará las Cumbres y necesitará una esposa a su lado.

—¿Y Vera no es lo suficientemente buena?

—Los astros así lo han decidido.

—¡Me dan igual los astros! —Elevó la voz—. Sezja y Natasha deberían ser libres para poder decidir con quién pasar el resto de su vida.

—Ellos ya lo han aceptado.

—Sezja no ha podido aceptarlo... él nunca dañaría a Vera de esa forma.

—Ellos nunca debieron estar juntos. El destino de Vera no está junto al de tu hermano. No es algo que espero que entiendas ahora.

—Este ha sido siempre tu plan, ¿no es cierto? Nunca apoyaste esa relación porque sabías que, tarde o temprano, esto pasaría. Que Sezja cumpliera tus órdenes era el primer paso para cumplir muchos otros...

—Naturalmente, tu hermano no será el único.

—Claro que no. Yo seré la siguiente —pronunció con lentitud, comprendiendo el alcance de sus propias palabras—. ¿Esperas que me case?

—No ahora, pero sí en un futuro. Al fin y al cabo, Alexander es tu guardián.

—¡No me casaré con Alexander!

—¿Prefieres que sea alguna de tus hermanas quien lo haga?

—Yo no... —titubeó y su madre sonrió.

—Sé cuáles son tus sentimientos hacia Alexander. Te conozco más de lo que crees.

—Si me conocieras... sabrías que no me casaría con Alexander solo porque es lo que se espera que haga. El amor debería ser suficiente para hacerlo.

—¿Y no es amor lo que sientes hacia él?

—¿Qué sabes tú acerca de lo que es el amor? Nunca has amado a nadie.

Kendall no pudo hacer frente a su mirada. Se inclinó lo suficiente para notar el fugaz brillo que pareció haberse dibujado en ella, un destello de claridad repleto de contención y un recuerdo tan nítido que pudo parparlo en la distancia.

—Dejarás en paz a Sezja —dijo entonces—. Permitirás que sea él quien elija y a cambio me comprometeré a no salir de esa residencia hasta que seas tú quien lo decida. No volveré a escaparme de nuevo, te doy mi palabra.

—Elige bien cuál será tu sacrificio, Kendall. Una vez que lo decidas,

no habrá vuelta atrás. Las promesas nos atan incluso una vez cumplidas.

«Aquel había sido el inicio de todos los males» pensó recordando la promesa que la había alejado de su familia durante los últimos años, el día en que su libertad se había visto encarcelada. La desgracia había barrido las vidas de todos desde entonces, llenando de secretos y ahogando la esperanza de cada uno de sus hermanos. Las imposiciones de su madre no habían causado más que resentimiento y desesperanza, el amor se había convertido en un sentimiento efímero e inalcanzable. Tan lejano cómo la presencia de aquellos que decían guiarlos.

—Este ha sido el deseo de los astros —pronunció el sacerdote en voz alta, silenciando el creciente murmullo que se había expandido entre los invitados—. Esta unión sella hoy el vínculo más poderoso que existe: el amor entre dos almas destinadas. Los astros han querido que nuestro joven Sezja y su hermosa Natasha unan sus destinos, viéndose así cumplida la voluntad de nuestro firmamento.

El padre Demetrio, el sacerdote que transmitía los deseos de los astros, sostuvo entre sus dedos el hilo eterno que luego envolvió en las manos de Natasha y Sezja y formó un nudo que los ataría de por vida.

—Este hilo eterno simboliza la unión de vuestras almas —explicó—. Une vuestros destinos y los convierte en uno, como *Berenice* y *Alioth*, las estrellas de la eternidad. Ahora, vuestras estrellas, las mismas que habían caminado separadas, al fin pueden reencontrarse.

—Apuesto a que *Berenice* y *Alioth* nunca aprobarían este enlace —murmuró Tavisha y Kendall dibujó una sonrisa resignada.

La creencia astral era una práctica común entre los aldeanos de las Cumbres. Desde el mismo día en que nacían, aprendían que el destino estaba acontecido por la voluntad de los astros. Cada persona estaba unida a una estrella que la alumbraba y con ella también su destino. El nombre que recibían al nacer simbolizaba la unión entre el alma y la estrella, por eso el propósito de cada persona estaba ligado a su significado. Sin embargo, no todos podían saber con exactitud qué era lo que los astros le tenían reservado. Había nombres, como el suyo que simbolizaba *realeza*, que eran tan indescifrables como sus destinos.

—Oh no...

Kendall siguió la trayectoria de la mirada de su hermano pequeño. Sacha se había puesto repentinamente pálido y sus ojos permanecieron

clavados en una silueta que ella reconoció de inmediato.

De pie, junto a la puerta principal, estaba la silueta de Vera Volkova. El caoba rojizo de su pelo estaba recogido en su habitual broche de perlas lapislázuli que años atrás su propio hermano, el mismo que permanecía enlazado a Natasha en esos momentos, le había regalado. Tenía los puños cerrados, palpables a metros de distancia. Kendall supo que no sería fácil calmarla cuando todo aquello terminara. Su mejor amiga tenía el mismo temperamento impulsivo que ella y la conocía lo suficiente como para saber que aquella boda la había destrozado lentamente.

—¿Eso que lleva en la mano es...? —Tavisha ahogó un grito.

«Somos nuestro propio demonio
y hacemos de este mundo nuestro propio infierno»

El retrato de Dorian Gray de OSCAR WILDE

II

Lo visualizó enseguida caminando hacia ellos con paso diligente. Aquel corpulento chico los estaba mirando con una sonrisa de oreja a oreja, señalándolos con la mano como si realmente estuviera encantado de verlos aparecer. Dante no había visto a nadie tan pintoresco en su vida. Lo estudió con detenimiento a medida que se acercaba, comprobando cómo el humo que salía de su cigarro envolvía su rechoncha figura. Era como el clásico turista que pisaba por primera vez terreno extranjero: pantalones cortos estrambóticos y de colores estampados, calcetines que rozaban sus rosadas rodillas desprovistas de sol y camiseta ancha, negra y descolorida. Era pecoso, regordete y el único que al parecer podía sacarlo de aquella isla.

—Ese debe ser nuestro salvador... —Esbozó una sonrisa triunfante y percibió cómo Callen, a su lado, alzaba los ojos al aire. Señal clara de que todavía no había considerado todo aquello buena idea.

—Dudo que pueda salvarte de tu padre.

Dante rio cantarínamente.

—Para eso ya te tengo a ti.

—Sois vosotros —anunció el chico con una sonrisa que ensanchó mucho más sus grandes mofletes. Abrió los ojos de golpe cuando echó un vistazo a su compañero—. ¡Caray, esos músculos tienen vida propia!

—¿Eres tú el falsificador?

—A decir verdad lo prefiero en un tono menos sorprendido. —Arrugó la nariz—. Me llamo Tedson Foxleyson, soy vuestro seguro de escape en estos momentos.

Se llevó el cigarro a la boca mientras sacaba de la mochila un sobre blanco.

—¿Qué es esto? —preguntó Callen haciéndose con él.

—Un claro ejemplo de lo que puedo llegar a hacer si pagáis bien mis honorarios —explicó sacando del interior de la mochila unas gafas negras con rayas rojas. Se las puso y le quitó el sobre a Callen con un gesto veloz—. Este precisamente es de un cliente que ha solicitado mis servicios en más de una ocasión. Cómo veis, mi lista de clientela aumenta considerablemente cada año.

Callen suspiró prolongadamente antes de dirigirse a Dante con gesto aburrido, bajando la voz.

—¿Cómo piensas pagarle?

—No es adecuado que piense que no puedo pagarle, compañero.

—Es que no puedes hacerlo —reiteró Callen.

—He vendido algunos cuadros...

—Querrás decir que Galtem te los ha comprado.

—Galtem es un cliente fiel —sonrió—. Sabe apreciar el arte. De igual manera que lo sabrá hacer nuestro entrañable amigo.

Tedson alzó el dedo índice cuando adivinó la intención de sus palabras.

—Permíteme que te corrija, *Da Vinci* —dijo y Dante encontró divertida aquella comparación—. No soy entrañable. Entrañables son los osos de peluche. Soy el *hacker* por excelencia. Solicitasteis mis servicios para que creara vuestros nuevos nombres. Gracias a ellos, podréis pasar el control de seguridad, llegando a la terminal sin ser descubiertos, y saldréis de esta isla sin que ningún otro os lo impida. No me interesa vuestra identidad en realidad, ni lo que hagáis aquí. Digamos que tan solo sois el brillante producto de mi futura remuneración y que solo revelaría a la policía en caso de un posible ataque nuclear... —Hizo una pausa y miró de lleno a Callen—. No llevarás una bomba escondida, ¿verdad? Tienes pinta de guardar una en esos músculos.

—Verás, Foxleyson... —Dante apoyó amigablemente el brazo en el hombro del chico—. Si voy a contratar tus servicios, necesitaré especial discreción.

—Y alguien que cubra tus espaldas —murmuró Callen.

—Digamos que mi padre es un hombre poderoso.

—¿Eres el hijo del alcalde Steelson?

—¿Pero Steelson tiene un hijo? ¡Vaya...! ¿Quién lo hubiera dicho? —Miró a Callen con cierta complicidad—. ¿Alguna vez lo ha mencionado cuando se ha reunido con mi padre? Yo no lo recuerdo.

Callen negó con la cabeza.

—Ya entiendo... —meditó de pronto Tedson, mirándolos concienzudamente—. Sois *foráneos*, ¿no es así? He oído historias acerca de la guerra que os traéis con los otros.

—¿Qué más sabes?

—Trabajé hace unos años en el departamento de seguridad —se encogió de hombros—. La policía capturó a dos individuos que pretendían volar por los aires la zona norte... ¿Cómo los llamáis...?

—Indeseados o si lo prefieres, salvajes.

—¡Eso es! —Asintió animadamente y luego clavó sus perspicaces ojos

sobre los de Callen—. Ya he conocido antes a otros. Solo que ellos deseaban entrar y vosotros salir.

Las curiosas revelaciones de Tedson Foxleyson estaban siendo de todo menos aburridas. Hasta ese momento, Dante había creído que la pequeña ciudad que separaba ambos *ghettos* era neutral a los continuos ataques y disputas que su familia venía manteniendo con los Ivanov. La idea de que los ciudadanos que vivían en la metrópolis no fueran conscientes de la guerra interna que había entre ambas familias, siempre había sido la opción más recurrente. La ciudad situada entre las Cumbres y el Canal había nacido de los acuerdos que tanto su padre como Katherine Ivanova habían firmado después de sus nombramientos como herederos. El alcalde Steelson había sido elegido por ambos para gobernar la ciudad que servía de sustento y apoyo a ambos *ghettos*.

—No soy partidario del señor Steelson —dijo Tedson—, pero he de reconocer que ha sabido proteger las alianzas sin que mis conciudadanos sospechen nada. La ignorancia y la falta de desconocimiento han permitido que vivamos tranquilamente en esta isla gobernada por *foráneos*. Después de todo, esta ciudad ha sido construida gracias a sugerentes e imprescindibles donaciones...

—Esta ciudad ya estaba creada antes de que nosotros o los Ivanov llegásemos.

—No creo que esas palabras agraden a tu padre, Dante —le dijo su compañero.

—Ya sabes que soy el bastardo de la familia.

Callen dibujó una sonrisa irónica.

—Pensaba que los indeseados estaban bajo busca y captura.

—Lo están —aclaró Dante, cruzándose de brazos—. Irónicamente hay algo que mi padre y la señora Ivanova tienen en común: la política de los *ghettos* dictamina que todo indeseado debe ser capturado y torturado. Eso en el mejor de los casos...

—¿Y por qué les dais caza entonces?

—Porque son libres, querido Foxleyson.

Dante recordó la última conversación mantenida acerca de los indeseados, aquellos que no habían aceptado las normas de ambos *ghettos*. Hizo una mueca agrídulce cuando las palabras de su padre se repitieron en su cabeza:

—No dejan de ser salvajes, Dante. Viven en los bosques como animales

que han olvidado lo que significa la civilización. Se han condenado a una vida de miseria y solo puedo sentir lástima por ellos.

No obstante, la verdad siempre fue otra.

Solo podía sentir una punzada de celos irrefrenables cada vez que pensaba en ellos. La libertad que todos los salvajes obtenían, a cambio de una vida clandestina, habría resultado más que suficiente para él. Su encierro en el Canal estaba causándole una oscura agonía tan asfixiante que, de no ser curada a tiempo, podría lanzarlo a un abismo sin retorno.

—¿Entonces, hay trato?

Tedson meditó algo en silencio hasta que finalmente asintió.

—Aquí tienes tu primer adelanto. —Hizo ademán de entregarle e instintivamente él retrocedió.

—No hagas eso.

—¿Hacer qué?

—Soy un *hacker*, ¿recuerdas? Podría tener a la policía siguiéndome los talones...

—¿No crees que ya habría salido al verte vestido de esa forma?

—Es mi indumentaria de trabajo, *samurái* —le objetó a Callen—. El *look* de turista perdido siempre da resultado en estos casos.

—No cuando te reúnes con dos tíos armados —señaló, descubriéndose la chaqueta para mostrarle la daga que siempre llevaba consigo. Tedson entrecerró el ceño con aparente fastidio.

—¿Crees que es la primera vez que me amenazan? Ya podrías haberte traído algo mejor. Aunque dudo que hubieras superado al último. —Chasqueó la lengua—. Tenía más músculos que tú... y una catana con la que degollarme.

Tuvo intención de seguir avanzando en la historia cuando el chirrido de una rueda al derrapar los sobresaltó en mitad de la noche.

—Tal vez no bromeaba cuando dije que la policía me seguía la pista...

—Dante —le apremió Callen—. Es hora de irnos.

La avenida de Dybostreet era una succulenta y ruidosa calle llena de tabernas. Las fachadas estaban repletas de luces de todos los colores, carteles y jarras de bebidas colgadas en forma de muestrarios. Entendió el motivo por el que el *hacker* les había asegurado que aquella era la calle más solicitada.

—La roca infernal —anunció.

—No me fio de Foxleyson...

—¿No te fías de él o de su criterio? —Dante esbozó una sonrisa mordaz, llevándose una mirada glacial por parte de su compañero mientras echaba una ojeada al interior del bar—. Hemos despistado a la policía, mi padre todavía no ha descubierto que nos hemos escapado y que el mejor falsificador de identidades de la ciudad ha aceptado ayudarnos. ¿No crees que merecemos desafiar un poco más al destino esta noche?

—Me preocupa que creas que tu plan puede salir bien.

—Saldrá bien —añadió recibiendo el sutil descaro de un grupo de chicas. Dante les sonrió de forma encantadora, provocando el sonrojo en sus caras de inmediato.

—Eres el hijo de Marlon Montesini, ¿crees que existe algún lugar donde tu sádico padre no pueda encontrarte?

—Es probable que exista uno y es también posible que muera al traspasarlo. En las Cumbres no somos bien recibidos...

—Sospecho que en breve aquí tampoco —insinuó Callen, indicándole con un fugaz gesto la presencia de dos figuras familiares al fondo—. ¿Qué crees que estarán haciendo?

—¿Qué tal si lo averiguamos?

Dante se puso en pie encaminándose a la barra. Fingió tropezar y derramó el líquido de la bebida que cayó en la espalda de aquel que había reconocido segundos antes, su hermano.

—Dicen que beber en familia siempre suaviza las reconciliaciones. —Los ojos verdosos de Enzo Montesini lo atravesaron—. ¿No es curioso que hayamos pensado igual por primera vez en mucho tiempo, hermano? Aunque también hubo aquella vez... —Se llevó una mano al mentón con descaro—. Aquella vez, cuando Sultán te mordió y lloraste durante toda la noche, ¿lo recuerdas Callen?

—Como si fuera ayer.

Este había avanzado hacia ellos con cautela.

—¡Bastardo! —Escupió con odio.

—No te preocupes. Ese conejo era aterrador...

Enzo Montesini dio un paso al frente cuando Callen lo agarró por el brazo.

—Calma, Lorenzo.

—Suéltame o te arrancaré la mano. —Lo miró desafiante.

—Te agradecería que en tal caso, fuera la izquierda —ironizó Dante con pesar—. Callen es diestro y la necesita para defenderme durante el resto de su

vida.

—Ya es suficiente, Dante —intermedió su otro hermano.

Gian Montesini era el único de ellos por el que sentía algo de simpatía, era también el mayor de los hijos de Eleonora Montesini, la primera esposa de su padre.

—Tan solo queríamos invitaros a una copa.

—¿Sabe Marlon que os habéis escapado?

—Esa es una excelente pregunta —cotejó Dante, apoyando el codo mientras Callen estudiaba con atención el ambiente—. ¿Sabe nuestro padre que sobornáis a los soldados cada noche que decidís salir por esta ciudad? Es curioso que, después de varios años, nunca se haya percatado de nada, ¿no os parece?

—¿Insinúas que está al tanto?

—Personalmente... creía que eras un hombre bastante avisado, Gian.

El comentario de Dante provocó la inquietud de su hermano.

—Creemos que la desaparición de Franco está relacionada con los Ivanov. Uno de los camareros nos ha asegurado que lo vio hace dos noches —explicó—. Estaba acompañado por dos hombres, aunque no han sabido decirnos qué aspecto tenían. No es casualidad que nuestro hermano estuviera aquí, no sin nosotros. Alguien ha debido tenderle una trampa, atrayéndolo a este lugar...

—¿Los Ivanov... secuestradores?

—¡Maldito bastardo! —siseó Enzo con desprecio.

—¿Para qué querrían secuestrar a Franco? Ellos tienen sentido común.

—Esas serpientes llevan años tensando la tregua y saltándose los acuerdos. Han provocado que los salvajes estén fortaleciéndose y estén arrinconándonos en nuestro propio territorio. No es un secreto que los Ivanov nos declararan la guerra hace años...

—¿Qué es esa luz?

Todos desviaron su mirada hacia el localizador. El destello de una luz blanquecina vino acompañada de un débil ruido de alerta. El diminuto punto negro indicó una dirección que Dante reconoció enseguida. La vieja estación de tren abandonada que estaba a las afueras de la ciudad y que se había convertido en la línea divisoria que separaba el comienzo de ambos *ghettos*. Aquel lugar se había convertido en el punto álgido de las peleas clandestinas entre Ivanov y Montesini y, al parecer, el sitio perfecto para organizar un futuro secuestro.

—Hay intrusos en nuestros límites...

—Debe ser el chico... —dejó caer Enzo, poniéndose en marcha de inmediato—. Sacha lo pone demasiado fácil, debemos irnos.

Dante lo detuvo en seco, inmovilizando el cuerpo corpulento de su hermano con una rápida sacudida.

—A ver si lo he entendido... —expresó en voz alta, sabiendo que la clientela estaba percatándose de la tensa situación—, ¿decís que los Ivanov han secuestrado a Franco para declararnos abiertamente la guerra? Y ahora vosotros pretendéis secuestrar a uno de sus vástagos para hacer un intercambio... Si los Ivanov hubieran querido romper los acuerdos ya lo habrían hecho, *zoquetes*. Sus soldados podrían aplastarnos y convertirnos en mantequilla cuando quisieran.

Dante conocía demasiado bien a sus hermanos y la forma de proceder de su padre. La idea de un secuestro como venganza llevaba su firma y sello, no obstante, llevar a cabo algo como aquello no traería más que problemas a la familia. Sabía que los Montesini no estaban preparados para hacer frente a un ataque desde las Cumbres. De igual modo, dudaba seriamente de la implicación de los Ivanov en la repentina desaparición de Franco. Debía hacer algo.

—No, si tenemos aliados —propuso Gian.

—Los Rinaldi no son aliados, son quebradores de cabeza.

—No hablo de los Rinaldi —aclaró misteriosamente—. Hablo de gente que estaría dispuesta a cooperar en nuestro beneficio.

Enzo lo apartó de una sacudida y lo miró peligrosamente.

—Te sorprenderías de lo que nuestro padre está llevando a cabo en estos momentos. Si todo sale según lo previsto... las Cumbres pronto serán historia.

«Mira que a veces el demonio nos engaña con la verdad,
y nos trae la perdición envuelta en dones que parecen inocentes»

Macbeth de WILLIAM SHAKESPEARE

III

Vera blandió el filo puntiagudo de aquel cuchillo en el aire. Estaba agitándolo nerviosamente, sin apenas percatarse de ello. Kendall había logrado tranquilizarla lo suficiente para apartarla de la ceremonia y también de las miradas curiosas de los invitados. El enlace entre su hermano Sezja y Natasha Petrova había acaparado todos los cuchicheos y rumores en torno a Vera, a pesar de que a su mejor amiga no parecía importarle lo más mínimo.

—Se atrevió a enviarme una invitación —expresó con resentimiento. Vera Volkova estaba realmente furiosa con Sezja, no cabía la menor duda—. Detesto a tu hermano, a tu madre y a este dichoso *ghetto* del que no podré salir nunca.

—Me alegra comprobar que no estoy en esa lista...

Su amiga le lanzó una mirada de reproche como si estuviera indicándole que no era momento de chanzas.

—Y encima seré la comidilla de todos durante los cinco años siguientes.

—¿Qué esperabas? —le recordó sin poder evitar reír por lo sucedido—. Has interrumpido la boda del heredero y, por si no tuvieras suficiente, lo has hecho con un cuchillo en la mano.

—¿Esto? —Señaló levantándolo para que pudiera verlo. Sus ojos avellana comprendieron algo al instante—. ¿Creíais que...? Estaba haciendo una tarta cuando he visto la invitación y he salido corriendo sin más. No todos los días te invitan a la boda de tu novio.

—Vera...

—Quería verlo con mis propios ojos —dijo, sentándose en el alfeizar de la ventana de aquella casa derruida.

La zona sur de las Cumbres había sufrido un terrible incendio años atrás, los salvajes habían logrado internarse en el interior del *ghetto* y habían calcinado multitud de casas. Aquel ataque y las desapariciones que se habían producido tras él, aumentaron el recelo de los aldeanos a permanecer por más tiempo en aquella zona. Solo unos cuantos *cumbrenses* habían decidido quedarse a vivir en ella. Kendall creyó saber la razón: no era fácil desprenderse de los recuerdos felices ni de los momentos que no regresarían. La nostalgia de lo vivido siempre sería la peor de las evocaciones. Y tal vez aquello era lo que Vera estaba intentando mostrarle

—¿Te has preguntado alguna vez cómo de rápido puede cambiar una vida?

¿Cómo tus metas, tus deseos, tu propia felicidad puede desaparecer en cuestión de tiempo? —Vera agachó su mirada.

—Sezja sigue enamorado de ti.

—A veces el amor no es suficiente —indicó y su voz sonó distinta aquella vez—. Tu madre tenía razón, no deberíamos forzar las cosas que no están predestinadas a estar con nosotros. —Ella quiso protestar pero Vera ya estaba sujetándola por los brazos con infinito afecto—. No debería resultarnos tan difícil ser felices. Mi historia con Sezja estaba destinada al fracaso desde el primer instante, es algo que debimos haber aceptado. Fuimos arrogantes e inconscientes... fuimos tan estúpidamente temerarios que el precio que hemos tenido que pagar por ello es demasiado grande.

—No es lo que realmente piensas...

—Es lo que debo pensar —matizó ella.

—Es lo que mi madre quiere que pienses.

—¿Sabes? Siempre he admirado tu terquedad —confesó con resignación y una breve sonrisa afloró en su boca—. La forma en que arderías solo para mostrarnos lo que es justo. Pero esta vez es distinto. Todo será distinto.

—¿Por qué dices eso?

—Ya no tengo familia. —Percibió tristeza en su voz.

El corazón de Kendall se resquebrajó al oírla, justo como el día en que la había conocido. Ella jamás olvidaría el modo en que aquella niña de aspecto frágil y mirada desafiante la había observado con detenimiento.

Aquella noche, Katherine Ivanova había reunido a todos sus hijos en el salón principal. Los había despertado en la madrugada y ordenado que permanecieran vestidos cuando ella regresara. Algo estaba ocurriendo en las Cumbres. La calma parecía haberse congelado de pronto y una profunda sensación de alerta se había expandido libre y cautelosamente por el ambiente.

—¿Qué está ocurriendo, Malvich? —preguntó una de las gemelas al mayordomo que los había criado. El anciano prefirió guardar silencio—. ¿Ha sido el hombre malo de nuevo?

—¿Debemos escondernos? —Quiso saber Irina, cubriendo las espaldas de Sonya.

La niña había posado su mano para tranquilizar a su gemela, haciendo más que evidente el idéntico parecido que había entre ambas.

—Todavía no sabemos qué está pasando —las tranquilizó Sezja. Su

hermano mayor había adoptado aquella postura paternal—. No debéis tener miedo.

—No tenemos miedo —protestó, cruzándose de brazos—. Solo queremos volver a la cama.

La niña fue interrumpida cuando apareció su madre. Su incipiente vientre ya insinuaba el buen estado en el que se encontraba. Katherine Ivanova, embarazada por ese entonces del pequeño Sacha, sostenía entre sus manos a una niña de grandes ojos y mirada perdida. Parecía tener la misma edad que Kendall y, los mechones escarlata de su trenza caían por sus hombros con naturalidad.

—Esta es Vera Volkova —anunció su madre al resto—. Lamentablemente, acaba de perder a dos personas a las que amaba. Quiero que cuidéis de ella igual que os cuidáis los unos a los otros y que la protejáis como a una más de la familia.

—¿Dónde están sus padres?

—Están muertos —respondió la niña y luego los miró a todos. Se produjo un incómodo silencio—. Montesini los ha asesinado.

—Montesini... —repitió Sonya con terror.

—¿Significa que también quiere hacerte daño? —preguntó Irina.

La pequeña Vera asintió lentamente y Sezja se removió en su sitio. Algo dentro de su hermano brotó como una chispa en mitad de la oscuridad, una emoción oculta que iba más allá de todo entendimiento. De repente, los ojos de él se encontraron con los de aquella niña asustadiza y llena de desesperanza.

—No debes tener miedo —prometió Sezja entonces—. Nosotros cuidaremos de ti. Nadie volverá a hacerte daño.

E irónicamente había sido su propio hermano quién había roto aquella promesa. La historia de amor entre Vera y Sezja había surgido tiempo después, la mirada de él siempre puesta en la de ella. La suave sonrisa había nacido de un sentimiento verdadero tan auténtico como el amor que podía observarse entre ambos. Él la había protegido de todo y ella a cambio había depositado toda la confianza que se necesitaba en amar a alguien. Estaba segura de que el amor sí podía sostenerse a pesar de las dificultades, que finalmente dos personas que estaban hechas la una para la otra sí podían perdonárselo todo.

—Nosotros somos tu familia —le recordó—. Eso no cambiará nunca.

¿Recuerdas aquella noche cuando mi madre nos hizo prometer que cuidaríamos de ti?

—Fue la noche que asesinaron a mis padres.

—Lo supe —confesó Kendall—. Llegaste a nuestras vidas por alguna razón. Salvaste a Sezja de su propia soledad, consolaste a las gemelas cuando mi madre me envió a esa estúpida residencia y cuidaste a Tavisha y al pequeño Sacha... hiciste todo eso y más. Sé que estás dolida y desearía que Sezja hubiera tenido valor para desobedecer los deseos egoístas de mi madre, sin embargo, nada de eso importa porque tú siempre serás parte de mí... de todos nosotros.

—¿Incluso después de querer arruinar la boda?

—Todos deseábamos hacerlo. —Dibujó media sonrisa en el rostro de Kendall.

Vera rio nerviosamente y las lágrimas rodaron por su mejilla. Inmediatamente se las enjuagó para luego añadir...

—Eso me ha parecido.

Un halo de luz refulgió debajo de su vestido de repente, Vera arrugó el ceño.

—¿Es esa alguna nueva moda que has traído de fuera?

—Es el localizador de mi madre —dijo Kendall, estudiándolo con atención—. Me lo entregó después de que arrojara el mío a la fuente. Ya sabes que no soy muy buena siguiendo las normas. Por eso Katherine me quiere lejos de aquí.

—Eres una mala influencia para tus hermanos...

—No para Sacha —siseó—. Él me ha tomado la delantera. Parece que ha vuelto a meterse en líos.

—¿Ha vuelto a podar los arbustos de la señora Polka?

—Algo peor. —Levantó la vista hacia ella—. Por lo que veo, él y sus compinches van de camino hacia los límites.

—Sezja lo matará si se entera...

—Me preocupa más lo que pueda planear mi madre.

Dante y Callen se aproximaron hacia los límites con el propósito de averiguar qué era lo que allí estaba sucediendo. Habían dejado atrás a Gian y Enzo, adelantándose al encuentro con el chico Ivanov.

—¿Por qué confío en que tus planes puedan salir bien?

—Porque son factibles. Al menos siempre que mi padre no ahonde en el asunto y descubra que hemos dejado fuera de combate a los zoquetes de mis hermanos —expresó Dante, inclinándose lo suficiente para ver unas siluetas a lo lejos. Sobre los raíles había un grupo de chicos de no más de dieciséis años. Por el modo en que estudiaban los alrededores, parecía claro que esperaban algo... o a alguien.

—Recuérdame por qué sigo aquí...

—Parece mentira que todavía no lo hayas comprendido —explicó acercándose con sigilo un poco más. Callen lo siguió de cerca—. Mi padre no puede permitirse una guerra con los Ivanov ahora mismo. El Canal no está preparado, mucho menos los soldados. Nos haría falta tiempo para formarlos y dudo que secuestrar a un Ivanov nos dé ventaja...

—¿Crees que esos dos habrían sido capaces de llevar a cabo un secuestro?

—¿Sabes por qué nunca he sido capaz de copiar a Picasso? —Como era habitual no obtuvo respuesta—. Porque sus obras son abstractas. Igual que la mente de esos *zoquetes*.

El sonido de un vehículo los alertó y pronto una figura desconocida salió al encuentro. Dante agudizó la vista, silbando sigilosamente, mientras aquella chica hacía su aparición. Su melena rizada y oscura fue lo primero que llamó la atención. La forma arqueada de las cejas junto con unos pómulos altos resaltaba aquella nariz pequeña y bonita. Era delgada, pero no escuálida, y caminaba decididamente hacia el chico alto que parecía haberse quedado atónito al verla.

—¿Qué crees que estás haciendo, Sacha?

Dante avanzó lo necesario para oírla hablar, reconociendo algo familiar en ella. Aquellos ojos azules, casi eléctricos, bastaron para averiguarlo.

—Es una de las hijas de Ivanova —murmuró entusiasmado.

—Pues... no parece demasiado contenta —insinuó Callen, observándola en silencio.

La chica se había cruzado de brazos con expresión fulminante haciendo que su vestido ondeara ligeramente. Era demasiado evidente que estaba realmente enfadada.

—¿Prefieres hablar con nuestra madre? —amenazó.

—¿Para qué has venido? Vas a estropearlo todo...

—¿Estropearlo todo? Daba por sentado que usarías las dos neuronas que tienes para algo más útil que venir a provocarlos. —Los oscuros ojos

grisáceos del chico estaban devolviéndole un gesto de enfado—. Estoy intentando comprender por qué mi hermano pequeño actuaría de esta forma estúpida e inconsciente, sabiendo que está prohibido.

—¡Esos Montesini nos han retado!

—¿Y qué pretendíais hacer? —La chica no parecía dispuesta a ceder—. ¿Has pensado alguna vez que serás el responsable de lo que os ocurra? Si quieres encaminarte en una misión suicida al menos piensa en aquellos que te siguen. Eres un Ivanov y deberás asumir las consecuencias de tus acciones.

—Las asumiré.

—No hoy —declaró.

—¡Ya no soy un niño!

—Contaré hasta diez, Sacha Ivanov —le retó de pronto, cerrando los ojos al hacerlo.

El chico gruñó de inmediato y ella sin más comenzó a tamborilear el pie repetidamente contra el suelo a medida que contaba en voz alta, con ello solo consiguió alterar y enfadar a su hermano.

—Pero...

—Uno, dos, tres...

—¡Eres igual que ella!

—Cuatro, cinco, seis...

—¡Kendall! —vociferó el chico, apretando los puños con rabia.

Dante no pudo evitar reír ante lo que estaba observando. De soslayo vio la sorpresa en Callen que parecía tener la misma expectación ingeniosa en la mirada.

—Siete, ocho, nueve...

El chico siseó algo entre dientes y luego huyó con sus amigos a toda prisa dejando a su hermana allí de pie. A escasa distancia y sin moverse, la chica había esbozado una sonrisa silenciosa al oír el ruido del motor alejarse y catalogarlo como el sonido de la victoria.

—Diez —finalizó.

—Lástima que no haya un siguiente.

La figura de Enzo Montesini atravesó la escasa luz de las farolas en mitad de aquella estación abandonada. Su hermano debía haber despertado sin que lo hubieran sospechado y ahora sus puños parecían dispuestos a estrellarse en la cara de la chica, que se había apartado con un movimiento veloz esquivándolos.

—Debe ser mi noche de suerte —murmuró resignada en vez de asustada.

—¿Dónde está Franco, niña? —Sostuvo Enzo, recuperándose de los ágiles movimientos con los que la chica estaba sorprendiéndolo.

—¿Crees que tengo pinta de ser una niña?

—No volveré a repetirlo.

—Suerte que pensemos igual, lobito.

—¿Deberíamos echarle una mano? —comentó burlescamente Callen a su lado.

—¿Y perdernos este maravilloso espectáculo?

La contempló alzarse con elegancia en el aire, casi levitando, y cayó en el suelo mientras esquivaba los movimientos de Enzo. La chica golpeó con precisión la nariz de su hermano, provocando que pronto la sangre manara sin control. Era rápida y parecía no asustarse con facilidad.

—No creo que necesite ayuda —objetó Dante.

—Me refería a Lorenzo.

Contemplaron cómo la chica parecía dispuesta a rematar a Enzo de una sacudida. Lo hubiera conseguido de no ser por la segunda sombra que salió tras su espalda, que la inmovilizó por completo. Era Gian quien la sujetaba por los brazos con firmeza.

—No te haremos daño si cooperas, Ivanova. Solo queremos saber qué habéis hecho con nuestro hermano Franco.

—Franco... —musitó despacio.

—Eso es.

—Me suena familiar... —Hizo una pausa, recordando algo al instante—. ¿No es el chico que quiso ligar conmigo en aquella taberna de la ciudad hace unos años? Lo recuerdo... más bajito, pero con la misma cara de simio.

—¡Estúpida!

—Muchachos —Dante había decidido mediar en la situación—, no es que quiera interrumpir esta apasionante conversación pero, ¿creéis que esta es la forma correcta de tratar a una señorita?

De pronto el puño de Enzo estalló en su cara sin esperárselo.

—¡Bastardo! —le dijo encendido.

—Lo acepto, Lorenzo —señaló Dante, limpiándose la sangre de la boca mientras calmaba a Callen con un seco vistazo—. Yo he empezado primero.

—Acabaré contigo algún día.

—Sé que tu amor fraternal es desorbitado —satirizó—. Pero me conformo con que des las buenas noches y me abracés cuando esté asustado. Nunca lo hicimos de pequeños, es una lástima, ¿no crees? Crecemos y apenas nos

damos cuenta de lo importantes que son los pequeños detalles...

—¿Por qué seguís todavía aquí? —preguntó Gian, interrumpiéndolo.

—Curiosidad, tal vez.

—Este no es asunto vuestro.

—Queremos que lo sea, querido hermano.

—No estás entendiéndolo, ¿verdad? —Por primera vez, Dante, encontró interesantes las palabras de Enzo—. Ella vendrá con nosotros, queráis o no.

—Estás muy seguro de eso —Callen intervino dando unos pasos hacia delante, su amenaza quedó en el aire.

—Lo está —comprendió Dante al fin—. Porque nuestro padre ha ordenado este secuestro, ¿no es así?

Nadie respondió, pero tampoco resultó necesario. Si Marlon Montesini había ordenado, Marlon Montesini tendría lo deseado.

«La soledad era fría;
Pero también era tranquila,
maravillosamente tranquila y grande,
como el tranquilo espacio frío
en el que se mueven las estrellas»

El lobo estepario de HERMANN HESSE

IV

Estaba secuestrada, o al menos eso creyó al observar la habitación destartalada en la que parecía encontrarse. Tampoco ayudaba el hecho de estar atada de pies a cabeza y despojada de toda arma que pudiera sacarla de allí. Después de todo, la posibilidad de que la impetuosa Kendall Ivanova hubiera huido de las Cumbres parecía mejor acierto que un secuestro. Imaginó la humillación que supondría para su madre que la hubiera desafiado de esa forma ante todos sus súbditos.

Gritó nuevamente, contemplando la comida que todavía estaba intacta en el mismo lugar donde aquel hombre la había depositado hacía escasas horas. El tiempo había sido lo único que Kendall había querido recordar, los minutos transcurridos desde que los Montesini la hubieran secuestrado en la abandonada estación de tren y los segundos que les haría pagar una vez saliera de aquel lugar.

Después de todo, había terminado por asumir aquellas reglas: la primera, no enfurecer demasiado a Katherine Ivanova; la segunda, luchar contra todo aquel que quisiera perpetuar el legado de las Cumbres; y la tercera, y no menos importante, odiar a los Montesini tanto como ellos mismos odiaban a su familia.

—Maldita sea...

Se reprendió en voz alta e intentó con fuerza romper la cuerda que la maniataba. Tiró lo suficiente y observó el hilo de sangre que se extendía por el suelo. Volvió a gritar con rabia y se dejó caer en la pared, agotada. «Sezja estaría decepcionado», recordó que no habían pasado ni menos de veinticuatro horas desde la boda y ella ya les había robado protagonismo. No obstante, supo que a él no le importaría nada de aquello cuando descubriera su verdadero paradero. Podría imaginarlo, como cualquier otro soldado de las Cumbres, dispuesto a cruzar media isla hasta encontrarla. Siempre tan protector con su familia y al mismo tiempo tan feroz contra todos aquellos que quisieran herirlos.

—Me alegra que estés despierta. —La silueta de aquel hombre volvió a aparecer en la habitación. Era el mismo que le había traído la comida. Estaba caminando despacio hacia donde se encontraban las demás bandejas—. Deberás comer algo si deseas escapar pronto de aquí, Kendall.

—¿Cómo sabe mi nombre?

—Es una larga historia...

—Parece que tengo todo el tiempo del mundo para escucharla —ironizó.

El hombre esbozó una sonrisa amistosa pero no respondió. Hizo intención de marcharse cuando vislumbró la sangre en sus muñecas y Kendall pudo ver la desaprobación en su mirada. Se acercó con paso firme y pronunció una palabra en un idioma extraño que ella no pudo comprender.

—Desangrarte no te ayudará —anunció, desatándola para curar las heridas.

Fue en ese preciso instante cuando Kendall encontró la oportunidad de escapar. Golpeó al hombre con toda la fuerza de la que dispuso y lo lanzó al otro extremo de la habitación. Se oyó un golpe sordo y un leve alarido acompañado de un certero crujido. Rezó para que se hubiese roto al menos la rodilla y comenzó a desatar la cuerda que impedía a sus pies moverse.

—Puede que sí lo haya hecho —musitó cuando pasó al lado del cuerpo inconsciente del hombre.

Abrió la puerta y salió a un extenso pasillo. Corrió hasta llegar al final. En su camino, escuchó ruidos tras una de las puertas de madera. Encontró aquella puerta entreabierta y se dirigió a ella justo a tiempo de que dos criadas alcanzaran a verla.

Cerró la puerta con llave y giró para enfrentarse a alguna posible amenaza. Estudió el dormitorio donde se encontraba y buscó una ventana. La estancia no era lujosa por lo que dedujo que su dueño no echaría en falta una ventana rota, así pues... se dispuso a ello. Caminó sobre el alféizar cuidadosamente, evitando mirar hacia abajo, y recorrió el camino que llegaría hasta el final de aquel lugar. Saltó hasta el tejado más próximo y provocó más ruido del que hubiera querido cuando algunas de las tejas sueltas colisionaron contra el suelo. Se apresuró a ponerse en pie cuando oyó el sonido de aquella alarma: «el aviso de que había escapado» se recordó a sí misma. Maldijo mentalmente, introduciéndose por una de las ventanas abiertas.

La habitación que estaba frente a ella era distinta a las anteriores. Mucho más amplia y confortable pero sin caer en la ostentación. Aquel edificio debía alojar a los criados, y aquella estancia debía pertenecer a uno de ellos. La cama estaba situada en el centro y en las paredes había una colección de armas cruzadas que formaban extraños escudos. Atravesó la estancia y a duras penas consiguió descolgar una, trayéndose otras en el intento y provocando así un estrepitoso ruido de metales colisionando contra el suelo.

Kendall estaba pensando que aquella no era la mejor forma de querer

pasar desapercibida cuando la puerta del fondo se abrió de pronto.

—No hagas ningún movimiento. —La punta de la espada ya estaba hundida con firmeza bajo aquel mentón—. Porque te mataré.

—¿Y qué te impide hacerlo? —preguntó él.

La voz estaba cargada de una intensidad aplastante, calmada pero penetrante. Kendall lo observó por un breve instante, reconociendo al chico de melena oscura que había visto la noche anterior en la estación de tren. Aquellos ojos negros como el carbón estaban devolviéndole una mirada desafiante. Memorizó el escudo que colgaba de su pecho desnudo y comprendió que el chico no habría esperado salir de la ducha para encontrarse con aquella sorpresa. Tenía unas cejas gruesas y una nariz recta demasiado delicada para aquel torso lleno de cicatrices. Su barba, delicadamente recortada, le confería una imagen severa y peligrosa; lo suficiente para permanecer alerta.

—No estás entre mis prioridades. —Se limitó a contestar, haciéndole un gesto para que la acompañara—. Vístete, rápido.

Clavó sus ojos en él a medida que el chico cumplía las órdenes.

—¿Vas a matar a todos los guardias?

—Lo haré.

Se abrochó los pantalones observándola con una aparente tranquilidad, impropia de la situación, y sin alterarse comenzó a calzarse las botas.

—¿Y cómo piensas hacerlo? —preguntó mientras mantenía la calma.

—Tú vas a ayudarme. —Kendall mantuvo la espada bajo su mandíbula. La alarma todavía continuaba sonando y desde el exterior se pudo apreciar el primer revuelo de movimientos—. Negociaré tu libertad a cambio de mi salida.

—¿Y qué te hace pensar que mi vida pueda valer tanto? —Oyó el tono jocoso y adivinó que aquella idea estaba divirtiéndolo demasiado.

—Te vi junto al chico Montesini —reveló—. Debes ser su guardián.

—Aquí no existe la creencia de los guardianes —explicó mostrando el conocimiento que tenía sobre las Cumbres—. Ninguno de los hijos de Montesini recibe un trato especial por parte de los soldados, no hay vínculos predestinados por vuestros astros... imaginaba que incluso vosotros lo sabrías.

—¿Y por qué parecías dispuesto a defenderlo hasta el final?

—Por la misma razón por la que estás aquí en lugar de tu hermano.

—Me cuesta creer que los Montesini tengan corazón.

Instó a que el chico abriera la puerta, sosteniendo con fuerza la espada de colección que había descolgado de la pared, y esperó el ataque. Cuando la sombra de aquel soldado se dirigió con paso firme y decidido hacia ellos, Kendall ya estuvo preparada. Elevó las comisuras de sus labios, dibujando una sonrisa fingida, y lanzó al chico hacia atrás con un movimiento que no dio tiempo a réplica. Zigzagueó evitando que el filo de la espada la cortara. Si quería salir viva de aquel sitio, debía ser mejor que todos ellos. El sonido de las espadas al chocar entre sí provocó que Kendall saliera de su trance y se concentrara en su nuevo oponente. Atizó un golpe certero en el estómago, derribándolo en el suelo, y dio media vuelta enfrentándose de nuevo con aquel chico de ojos negros.

—Si ganas, te dejaré marchar —la retó sin apartar la vista.

—¿Qué harás si pierdo?

—No te mataré —puntualizó ella.

—¿Desde cuándo te has vuelto tan considerado, huérfano? —preguntó una voz grave a escasa distancia. Enzo Montesini estaba frente a ellos. Su cabello rapado no pasó desapercibido para ella. Parecía más robusto que la noche anterior y su piel descubierta mostraba un tribal tatuado alrededor del antebrazo. La miró con desprecio antes de continuar—. Si no vas a matarla, apártate.

—Nadie matará a nadie. —Una segunda voz conocida irrumpió en el ambiente. El hombre de la comida caminó con elegancia y autoridad hacia donde todos se encontraban y Kendall pudo percatarse del diminuto cojeo en su pierna derecha. A pesar de las cicatrices que podían observarse a simple vista en él, juró ver un destello de compasión cuando se dirigió hacia ella—. La señorita Ivanova me acompañará a su estancia de nuevo.

—Apuesto a que sí —murmuró con desconfianza.

El hombre rio relajadamente, seguro de sus palabras.

—Saber aceptar la derrota también es ganar, Kendall —dijo—. ¿O crees que podrías salir de aquí sin más? Esto que ves no es más que una de las muchas fortalezas que encontrarás si decides huir. Estarías perdida en cuanto atravesaras esa puerta. Eso si tienes suerte y no te encuentras con los guardias en tu huida. Ellos no serán tan amables contigo, tienen la orden de aniquilar a cualquiera que no conozcan. Y tú, querida, eres demasiado valiosa como para perderte de esa cruel forma.

—Mi familia me encontrará...

—Estaremos esperándolos cuando eso ocurra.

—Habéis incumplido los tratados —acusó Kendall con desprecio.

—¿Nosotros? —intervino de pronto el chico tatuado. En sus ojos se reflejó una oscura ira cuando la aniquiló con la mirada—. Vosotros habéis empezado esta guerra. Habéis roto la tregua, secuestrando a mi hermano.

—¿Es que tienes problemas de sordera? No hemos secuestrado a tu hermano.

—Estúpida serpiente mentirosa...

—Modera esa lengua, Lorenzo. Tu padre no estará contento con tus modales —añadió el hombre de la comida con pesar.

—Es el menos indicado para darme lecciones, Galtem —contraatacó este con desdén.

Se dirigió veloz hacia Kendall, alzando la espada y descargando toda su furia contra ella. La espada se hizo añicos y, por primera vez, pudo comprobar lo que aquello significaría: los Montesini habían incumplido la tregua de paz, la misma que finalizaría en el mismo momento en que su familia descubriera dónde se encontraba. Estaba recluida en el Canal y la querían viva para negociar. O para convertirla en la mecha que lo incendiara todo cuando la guerra se iniciara. Enzo Montesini contraatacó de nuevo y Kendall supo que su suerte había llegado demasiado lejos. De repente, el filo de otra espada salió al encuentro cortándole el paso, cediendo a su favor. El chico de ojos azabache estaba interponiéndose entre ambos, salvándola de una muerte inminente.

—Marlon ha ordenado no matarla.

—¿Desde cuándo obedeces a mi padre? —rugió Enzo lleno de rabia.

—Desde que comprobé que podía patear tu rígido trasero.

—Ocúpate del bastardo...

Pero no consiguió continuar, el chico colocó el filo de la espada en la garganta de Enzo con un rápido y certero movimiento.

—¡Callen! —La voz de aquel hombre los atravesó a todos—. Ya es suficiente.

Desde que tuvo uso de razón, Kendall, siempre había oído leyendas sobre el hombre que se encontraba frente a ella. En las Cumbres, los aldeanos habían hablado de un hombre capaz de matar solo con desenvainar la espada, cuya dureza había traído la desolación y la guerra a Hadra. Cuando su mirada feroz se clavó directamente en la de Kendall, tuvo la certeza de que todas aquellas leyendas no parecían del todo disparatadas.

—Ivanova —pronunció con musicalidad—, regresarás al lugar de donde te

has escapado. Galtem te acompañará hasta que considere qué hacer contigo.

—¿Va a matarme?

—Considera un regalo que no lo haya hecho ya.

—Todavía no me habéis matado porque me necesitáis.

Era en aquellos momentos delicados, una especie de terquedad extrema la invadía por completo, nublando todo raciocinio de supervivencia. A Kendall le había llevado tiempo entender que no era más que la ansiedad de sentirse amenazada lo que la volvía estúpidamente temeraria, tanto como para desafiar a Marlon Montesini.

—¿Con quién crees que estás hablando, estúpida? —bufó Enzo.

—Silencio, Lorenzo —sentenció Marlon.

—Sé lo que pretende teniéndome aquí —confesó armándose de valor—.

En el fondo sabe que no hemos tenido nada que ver con la desaparición de su hijo. Esto es solo una excusa para romper el tratado de paz y comenzar una guerra.

Marlon permaneció en silencio por un instante.

—Si intentas escapar, otra vez —la amenazó—, no volveré a ser tan generoso.

El hombre de la comida, al que había dejado parcialmente cojo de una pierna, se acercó con la intención de acompañarla de vuelta. Kendall permaneció quieta en el sitio, ignorando los designios del hombre que controlaba todo aquel lugar, Marlon Montesini. Si decidía continuar luchando... seguramente la matarían. Si por el contrario accedía a las amenazas de Marlon no solo estaría aumentando años de vida, también podría averiguar las verdaderas intenciones de aquel que la contemplaba en la distancia.

—Tu madre querría que te mantuvieras con vida.

—Usted no la conoce. —Estaban avanzando a través de aquel pasillo cuando el hombre sonrió entristecido.

—Tiempo atrás sí lo hice.

La vida continuaba en las Cumbres. La casa de los Petrov lindaba con el sendero que guiaba hasta los altos bosques que las protegían. La imponente fachada de mármol sujetaba los altos tejados resbaladizos que ayudaban cuando la nieve lo cubría todo de blanco en invierno. Llevaban siendo aliados desde que Sir Nikolay Ivanov salvase a la familia de caer en la ruina. La

relación entre las familias no solo había sido de alianza sino también de compromiso, el matrimonio con Natasha, la única hija de los Petrov, permitiría perpetuar en un futuro el legado de ambas. La ceremonia que, según creía Sezja, le había reportado tantos reproches de sus hermanas.

—Sezja —saludó Pavlo Petrov con un apretón de manos, invitándolo a entrar—, Natasha no ha llegado todavía.

—Lo cierto es que vengo por otro asunto, señor. —Sezja sabía que su recientemente esposa estaría ayudando en la decoración de la casa a la que se mudarían pronto—. Querría hablar con Alexander.

—Si vienes a reclamarme tu despedida de soltero... —Alexander Petrov se encontraba justo en el umbral de la puerta, cruzado de brazos en una postura relajada, y llevando consigo su habitual *ushanka*¹¹—. Te diré que mi querida hermana se opuso por completo.

El chico saludó con un gesto de cabeza antes de volver a hablar otra vez.

—Aunque tampoco veo que te haga especial ilusión.

—Necesito hablar contigo, Alexander.

—Creía que, una vez te unieras en matrimonio con mi hermana, dejarías de llamarme por ese nombre —anunció con una sonrisa picaresca y entrecerrando los ojos.

—La formalidad es algo que nunca se pierde, Alexander, aunque tú a veces no sepas dónde la has dejado. —El chico rio ante el comentario de su padre como si creyese que no podía estar refiriéndose a él.

Años atrás habría imaginado a Alexander Petrov como alguien disciplinado e insolente, no obstante, su increíble agudeza era el motivo por el que Sezja se encontraba frente a él.

—Espero que eso no sea un sarcasmo, padre —dijo—. Significaría que su sentido del humor mejora con los años y no sé si estaría preparado para soportar tanta felicidad de golpe.

Pavlo Petrov fulminó a su hijo desde la distancia y abandonó la sala agitando la cabeza de un lado a otro, claramente disgustado por su comportamiento.

—Siempre he defendido que no tiene sentido del humor. —Alexander agitó la cabeza con fingido pesar—. Y ahora dime, ¿para qué me necesitas, Ivanov?

—Necesito que me ayudes a entrar en el Canal. —Fue tajante, directo.

Los ojos de Alexander se abrieron más de lo común, sorprendidos.

—No es que no piense en el suicidio como una vía alternativa a mi muerte pero... ¿qué te hace pensar que quiero morir tan pronto?

—Kendall ha desaparecido. —El semblante del chico se transformó en una máscara de concentración y seriedad al instante—. Los soldados encontraron uno de nuestros vehículos cerca de los límites, junto a la estación abandonada de tren. Nadie la ha visto desde la boda y, no ha regresado a la residencia.

—¿Lo sabe Katherine?

—Mi madre no ordenará un ataque directo con Montesini a menos que no tenga seguridad de lo que está ocurriendo. Y conocemos lo suficiente a Kendall como para saber lo que ocurre si está amenazada...

—Su rematada forma de ponerse en peligro será alarmante —determinó Alexander.

—Mi hermana no se marcharía sin despedirse —confesó Sezja convencido—. Siempre ha sido una persona tozuda pero...

—¿Tozuda? —ironizó el chico—. Tu hermana sería capaz de remar donde no existe agua. Si lo que dices es cierto, podríamos estar iniciando una guerra.

—Probablemente. —Agachó la mirada—. Pero habrían sido ellos los que la comenzaran.

«Nada espléndido ha sido creado jamás con sangre fría.
Hace falta calor para forjar,
y cada gran logro es el resultado de un corazón en llamas»

ARNOLD H. GLASGOW

V

—¿Cómo se ha colado en tu habitación? Normalmente tienes que perforar la pared para conseguir respuesta —bromeó.

—La dejé entreabierta para que pasaras. —Callen se limitó a contestar con visible ironía.

—Tienes que hacer algo con tu vida, la mía te queda grande.

—Siempre he deseado pasar el resto de mis días cubriéndote.

Sonrió ante aquel comentario y pensó que, en cierta forma, así sucedía. Callen llevaba junto a él desde que se conocieran, años atrás en Escocia. Aquel viaje había supuesto para Dante un aire de brisa fresca que había anhelado por encima de todo, por encima de Marlon Montesini y de sus egocéntricos y malhumorados hermanos a los que ni siquiera soportaba.

—¿Qué te parece la *ragazza*?

—Creo que sabe desenvainar la espada mejor que muchos de los soldados de tu padre —añadió con sinceridad—. Está bien entrenada.

Dante siempre había valorado aquella cualidad en Callen a pesar de que, en muchas ocasiones, lo había metido en numerosos líos con su familia. Su sinceridad era sin duda uno de sus rasgos más característicos.

—Todos los hijos de Ivanova lo están —añadió él, llevándose la mano al cabello y alborotándose distraídamente.

—Serían demasiado imprudentes si no lo estuvieran.

Debido a la cojera producida por el asalto de la chica, la llegada de Galtem atrajo la atención de los muchachos.

—El entrenamiento que se enseña en las Cumbres supera con creces el que recibimos en el Canal. Katherine Ivanova se ha asegurado de preparar a sus hijos para casos como estos.

—No imagino a Enzo realizando la postura de la grulla —se burló Dante.

Su insinuación hizo reír a Galtem, el hombre que lo había criado como a un hijo. Una ligera y casi imperceptible sensación de inquietud brilló en aquellos ojos oscuros y serenos. Era la primera vez, pensó él, que su padrino estaba mostrando abiertamente preocupación sin que pasara desapercibida.

—Si no te conociera, pensaría que estás a punto de pedirme un favor.

—Siempre has sido el más inteligente —expresó y en su tono de voz pudo sentir el increíble afecto que sentía hacia él—. Tu padre necesita que cooperes.

—¿Cuánto te va a costar convencerme?

—Puede que un viaje —respondió viendo el repentino entusiasmo en su mirada—. Me he atrevido a elegir por ti. ¿Qué te parece Viena?

Dante enarcó las cejas desconfiadamente.

—Debo suponer entonces, que la ayuda que necesitáis es mayor de lo que queréis hacerme creer.

—Estás olvidando algo —intervino Callen hablando sosegadamente—. Tu padre espera que cooperes quieras o no. Me sorprende que Galtem lo esté ocultando.

—Siempre protegiendo las espaldas de mi ahijado.

—Alguien debe hacerlo —le dijo Callen.

—¿De modo que intentas chantajearme, viejo? —preguntó Dante con un fingido tono de malestar—. Debe ser importante si recurres de últimas al soborno.

—El soborno es bueno cuando se emplea de forma altruista.

—¿Y qué es lo que necesitáis para que me hayáis ofrecido un viaje a Viena?

—Queremos que te acerques a la chica Ivanova.

La información parecía estar llegándole de forma incoherente y tardía. Miró a Callen e inmediatamente vio en el rostro de su compañero la misma cara de extrañeza que se reflejaba en la suya propia.

—¿Para qué querría conocerla? —Entrecerró los ojos.

—Tu padre cree que los Ivanov han sido los responsables de la desaparición de Franco. Está decidido a iniciar una guerra si no aparece pronto.

—El exceso de vanidad en esta familia es un hecho que cada día me asombra y me preocupa en mayor medida —comentó Callen mirando a Galtem y luego a él—. Esa chica ha tumbado a un guardia, me ha amenazado con una espada, por no mencionar que ha desafiado a Marlon Montesini, y ha sacado de quicio a Enzo. Todo eso sin olvidarnos de su escapada, desarmando a Galtem... ¿Estás diciendo que, después de todo, la chica os guiará a las Cumbres para que podáis matar a su familia?

—Visto de ese modo... suena descabellado —le respondió Galtem con pesar—. No confío en que la chica Ivanova nos confiese cómo atravesar las Cumbres. Ese lugar está fuertemente protegido al igual que lo está el Canal. Sin embargo, si Franco está secuestrado... debemos encontrar la forma de sacarlo.

—La *ragazza* no confiará en mí.

—Siempre has sido elocuente, Dante. Y la elocuencia es un arma que nos salva a veces de la tragedia. —El hombre se acercó a él y dejó caer la mano izquierda sobre su hombro—. Busca la forma de ganarte su confianza y encuentra a Franco. Solo de ese modo podrás liberarte de las ataduras de este lugar. ¿No es lo que has deseado siempre?

Su orgullo le había impedido probar bocado alguno. Maldijo mentalmente que la culpabilidad la atormentara cuando se llevó un trozo a la boca y tragó. Aquella sopa pastosa de color amarillento sabía dulce y caramelizada, agria pero sabrosa. Distinta a todo lo que ella hubiera podido probar en las Cumbres.

Kendall pensó en su hogar. El olor a nieve derretida junto a las frías temperaturas que acostumbraban a soportar cuando el invierno llegaba a su hogar y lo cubría todo. La niebla que se expandía desde la Cumbre mayor, ocultando todo a su paso. Todo era muy distinto en aquel lugar. El calor sofocante que se impregnaba en la piel y la necesidad constante de querer humedecerse los labios estaban haciendo que se sintiera una extraña en su propio cuerpo, como una segunda capa de piel que estaba asfixiándola lentamente.

Suspiró resignada, evitando pensar en cómo acabaría todo cuando la puerta de la habitación se abrió de golpe. Dos siluetas avanzaban hacia ella en mitad de aquella destartada estancia. La alerta hizo que juntara las dos piernas en una postura contraída, preparada para derribarlos en el instante en que se acercaran, sin embargo, no se produjo ningún ataque. Contempló desconfiada cómo uno de ellos se había acercado a la ventana alzando las persianas con un movimiento grácil.

—Esperamos que no te importe un poco de luz en esta habitación. —El chico acercó una butaca polvorienta que se encontraba en la esquina de la sala—. ¿Qué tal estás *ragazza*?

Los reconoció de inmediato. El de ojos negros al que había amenazado con aquella espada de exhibición se encontraba junto al de rizados oscuros y ojos azules de pie, observándola a lo lejos.

—Estaría mejor en Alaska. A donde pretendía viajar después de la boda de mi hermano —masculló fríamente.

—¿Alaska? Es demasiado fría incluso para vosotros —comentó el chico

que se encontraba cómodamente sentado frente a ella y al que reconoció como uno de los hijos de Montesini.

El chico debía ser el cisne negro de la familia. Por lo que había oído, todos los hijos de Marlon eran rubios, de claros ojos verdosos y con una musculatura robusta y fuerte. Sin embargo, aquel chico de tez blanquecina y rizos negros era delgado, a pesar de que podían entreverse unos brazos musculados bajo su indumentaria. Sus ojos, de un azul despejado, parecían no perderla de vista.

—Siberia, por el contrario, sí es un lugar apetecible. ¿No es allí de dónde procedéis?

—¿No es de los animales de donde venís los Montesini?

—Observa Callen... la *ragazza* tiene sentido del humor —expresó dirigiéndose al de ojos negros, quien contemplaba la escena sin inmiscuirse en absoluto—. Mejor así, no querría tener que torturar a una chica aburrída.

—¡Qué detalle...!

Kendall observó a ambos, intentando adivinar qué relación de parentesco podía unirlos. No podían ser familia. Aquel chico de aspecto severo y distante que lo observaba todo en silencio, tenía una increíble melena oscura que realizaba sus cejas y el contorno del rostro. La nariz larga y fina parecía esculpida a mano, abriéndose paso a través de unos labios gruesos y quemados por el sol. Se fijó en la fina capa de vello que moldeaba su mandíbula y que por extraño que a Kendall le pareciera resultaba increíblemente atrayente.

—Cuéntame *ragazza*, ¿por qué tenías pensado marcharte a Alaska?

—¿A ti qué narices te importa?

—Me importa —dijo con aire misterioso, colocando sus piernas en el respaldo de la butaca, visiblemente relajado ante la situación—. Has comentado que ibas a ir después de la boda de tu hermano, ¿te refieres al futuro heredero?

Kendall le dedicó una mirada que difería bastante de ser amable.

—No me ayudas, *ragazza*.

—No veo por qué debería hacerlo —respondió al fin.

—Entiendo que eres una chica inteligente... —Se inclinó amistosamente hacia ella—. Me quedó constancia de ello cuando vi cómo engañaste a Galtem. Comprenderás que necesitarás sobrevivir en el Canal el tiempo que mi padre decida tenerte secuestrada.

Kendall relacionó el nombre de Galtem con el hombre que traía la comida.

—Nosotros podemos facilitarte las cosas en muchos sentidos —continuó mientras se recostaba en el asiento y hablaba con una tranquilidad insultante. Kendall observó una pequeña cicatriz en la punta de su nariz—. La ayuda no es gratis, por supuesto.

—¿Piensas que voy a ayudarte?

—Debes saber que siempre termino consiguiendo aquello que quiero, *ragazza*.

—Yo seré tu excepción, ricitos de oro.

Kendall vio aflorar la mueca de una imperceptible sonrisa en la comisura de los labios del chico Montesini.

—Me gustan los retos —reveló—. No obstante, y mientras permanezcas en el Canal, Callen y yo seremos tus fieles aliados.

—No necesito aliados —cortó Kendall tajantemente.

—Tú, por encima de todos, los necesitas y con urgencia.

Fue la primera vez que el chico de ojos oscuros habló en toda la conversación. Sus brazos entrecruzados y aquella postura siempre preparada para el ataque ya implicaban una clara advertencia de amenaza en él.

—Debes comprender que no todos aquí serán tan considerablemente amables contigo como lo somos nosotros. De hecho, mi queridísimo hermano está maquinando cómo cortar esa bonita cabeza que tienes. —Agitó la cabeza pesarosamente como si estuviera explicando una nueva enfermedad que no tuviera cura—. Y la obstinación de Enzo puede llegar a límites insospechados...

—¿Pretendéis que os haga un mapa de cómo llegar a las Cumbres?

—Esos mapas ya los tenemos, *ragazza* —respondió con naturalidad.

—¿Qué queréis entonces?

—Mi padre cree que fue tu familia la que secuestró a Franco. No es que estime demasiado a mi hermano pero parece que es mi obligación traerlo de vuelta. Haremos un trato —dijo—. Nosotros cuidamos de ti y a cambio nos dices dónde está. Tú podrás reunirte con tu familia y nosotros viajaremos a Viena para disfrutar del Danubio Azul^[2].

—Aunque os confesara el paradero de Franco no me liberaríais. Tú saldrías ganando y... ¿qué ganaría yo a cambio?

—Protección, *ragazza* —le recordó nuevamente.

—Por mucho que tus hermanos quieran mi cabeza, no podrán tocarme. Tu padre sabe que soy la única posibilidad para traer de vuelta a su hijo.

—Interesante deducción —comentó el chico Montesini, interesándose en

sus palabras—. ¿Cuál es tu condición?

—Quiero que me saquéis de aquí —negoció—. Me ayudaréis a escapar y a cambio os confesaré dónde tiene mi familia escondido a vuestro hermano.

—No solo nos confesarás el paradero... —Dante se quedó pensando y luego asintió con la seriedad de alguien que evalúa concienzudamente un terreno antes de pisarlo—. También nos llevarás hasta él.

—Dante...

—Es un intercambio, compañero. Me parece un trato justo.

—Deberías consultarlo con Galtem —propuso Callen.

—¿Pero es que necesitas siempre el consentimiento de alguien?

La pregunta de Kendall quedó absolutamente aniquilada sin contemplaciones. Pudo sentir toda la fuerza del chico partirla por la mitad. La mezcla de amenaza y ferocidad que podían verse en sus oscuros ojos contrastaron con el desafío implícito en su gesto.

—Si fuera tú, tendría cuidado con el uso que le das a las palabras. A veces nos vuelven estúpidamente imprudentes.

—¿Te has aprendido esa reflexión del mismo modo que te aprendes todo lo que los demás te ordenan?

El chico, al que habían llamado Callen, le dedicó media sonrisa peligrosa.

—Estoy deseando comenzar con esto —intervino el chico Montesini, aplaudiendo entusiasmado. El cruce de palabras entre ella y su amigo parecía estar divirtiéndolo considerablemente—. Volveremos a por ti mañana, *ragazza*.

Sin más dilaciones se levantó para marcharse de la estancia. Ella, que lo había seguido con la mirada, pronto se percató de que su compañero, Callen, permanecía en el mismo sitio.

—Puedes marcharte —insinuó Kendall, con una clara intención de burla en el tono, que él interpretó al instante.

—Lo haré y me llevaré esto.

Kendall contempló la daga que sostenía en su mano derecha, la misma que había robado al guardia horas antes en su intento de huida. La había guardado en el alfeizar de la ventana, en una de las tablas de madera. En algún momento de la conversación, aquel chico había sido más inteligente que ella y había descubierto el comodín con el que contaba. Por el modo en que la miró, supo claramente que había adivinado cada uno de sus pensamientos.

—No olvides que soy yo ahora quien puede hacerte daño.

Callen guardó la daga en el bolsillo de su uniforme y se marchó, no sin

antes lanzarle una mirada de triunfo. Kendall mantuvo su mirada fija en la puerta que acababa de cerrarse ante ella. Se prometió, decidida a llevar a cabo aquel plan hasta el final, que pronto encontraría la manera de salir de allí.

VI

A la mañana siguiente, Dante abrió la puerta y la chica saltó de la cama bruscamente.

—Buenos días, *ragazza*. ¿Qué tal has dormido? —La saludó con una sonrisa y ella se mordió el labio, controlando las ganas de abalanzarse sobre él por haberla despertado de aquel modo. Su melena rizada estaba despeinada, pareciendo así más voluminosa—. Veo que no eres especialmente habladora por las mañanas, una pena.

Le arrojó unos pantalones, una blusa y unas botas limpias.

—He creído oportuno que ya era hora de que te quitaras ese vestido.

—¿De dónde has sacado esta ropa?

—Enzo suele vestirse de chica —bromeó, restándole importancia al hecho de que lo hubiera tomado prestado del servicio.

—¿Y has creído oportuno que todo sea de color negro?

—¿Realza mucho tu palidez? —ironizó Callen desde el umbral de la puerta.

Estaba vestido con su uniforme habitual, cruzado de brazos y escrutando a aquella chica que le lanzaba un gesto poco amigable.

—Vístete, *ragazza*.

—¿Para qué?

—Hoy será tu primer día turístico en el Canal. Si queremos convencer a mi padre de que confías en nosotros lo suficiente para revelarnos el paradero de Franco, debemos dejar que vea esta innegable relación que está naciendo entre nosotros. Además, supongo que no querrás quedarte encerrada aquí de por vida, ¿no?

Dante arrugó el ceño, estudiando el interior de aquella estancia.

—Está bien —musitó para sí misma.

—Ya verás cómo terminas mudándote...

Ella enarcó las cejas con descaro.

—¿Ocurre algo?

—No esperaréis que me cambie de ropa con vosotros delante, ¿verdad?

—Tranquila, sabremos guardar el secreto —respondió Dante mordazmente, oyendo el suspiro resignado de Callen.

—¡Dejémosla! De todos modos... si decide escapar, la atraparemos.

—¿Escapar por dónde? ¿Por los barrotes de la ventana? —repitió ella con

cierto resquemor en el tono y dándose media vuelta mientras murmuraba las posibles muertes que tenía preparadas para ellos.

Abandonaron la habitación varios minutos mientras la chica se desvestía. Dante se dejó caer en la pared del pasillo y estudió el semblante malhumorado de Callen. Recordó aquella vez en que había amenazado a sus hermanos con cortarles las lenguas y utilizarlas como cebo para pesca.

—Pareces alterado —rio, percatándose de la mirada de Callen. Había algo entrañable en el modo en que aquella chica lo hacía enfadar—. Me atrevería a decir que tus amenazas no parecen impresionarla demasiado.

—No creo que unas simples amenazas basten con ella.

—Te recuerdo que la necesitamos entera. Además, ¿qué esperabas? La hemos amenazado, chantajeado y robado. —Miró con intencionalidad la daga que su compañero guardaba en el bolsillo—. Es comprensible que esté furiosa. La has desprovisto de toda arma que pudiera utilizar contra nosotros.

—¿Debo sentirme culpable por desear que no nos mate?

—Debes sentirte inquieto por lo que pueda llegar a hacer ahora. Al menos, hasta hace un día, teníamos la certeza de saber que podía clavarnos el filo de la daga en cualquier instante y no, por ejemplo, el mástil de la bandera —objetó.

—¿Por qué estás haciendo esto?

—Por nuestro viaje a Viena, naturalmente.

—Confío en que te hayas dado cuenta de que está mintiendo.

—Lo sé, compañero —dijo.

—¿Es que vas a ayudarla a escapar?

Dante sonrió.

—Haré lo necesario para salir de este lugar, ya lo sabes. La *ragazza* es mi única oportunidad para escapar y no la desaprovecharé.

—Ella no sabe dónde está Franco. Lo está utilizando para ganar tiempo porque sabe que es lo único que la mantiene con vida aquí. —Callen pareció comprender algo al instante—. A menos que estés aprovechándote también de su mentira...

—Mi padre es tenaz con aquello en lo que cree. No aceptará que los Ivanov no hayan tenido nada que ver con la desaparición de Franco. Él solo está buscando un motivo para iniciar un enfrentamiento directo y, cuando todo esto estalle... no estaré aquí para presenciarlo.

—¿Cuál es el plan?

—La protegeremos el tiempo justo y necesario hasta que encontremos una

manera de sacarla de este lugar. Haremos creer a mi padre que nos ha confesado el paradero de Franco, buscaremos un lugar falso hacia donde conducirlos cuando llegue el momento y luego saldremos de aquí.

—Sabrá que hemos huido a Viena.

—No, si ese audaz gordinflón de Ted Foxleyson nos ayuda a cambiar de destino.

La chica golpeó con los nudillos desde el interior. Abrieron la puerta y Dante tuvo que contener la risa cuando Callen agarró inconscientemente la empuñadura de su daga, alerta por lo que pudiera esperar de ella.

—Cierra el pico —bramó por lo bajo cuando hizo intención de tomarle el pelo.

—¿Y bien?

—Te enseñaremos el acantilado —expuso Dante mientras se disponía a maniatarla.

—No voy a escaparme.

—Claro que no lo harás.

—¿Y por qué estás vendándome los ojos?

—Mera precaución, *ragazza* —le contestó, guiándola a través del pasillo. Cuando salieron al exterior, la mano de ella ejerció una leve presión sobre la suya. Dante comprendió que debía tratarse de la repentina sacudida de luz—. Apuesto a que no disfrutáis de suficientes días soleados en las Cumbres, ¿me equivoco?

—Sin embargo, no tenemos problemas de sequía.

Soltó una carcajada y le hizo un gesto a Callen para que se acercara.

—Ayúdala, conduzco yo.

—Alza el pie derecho. —Escuchó decir a Callen a medida que se apresuraba a rodear el vehículo para encender el motor—. Inclínate.

—¡Ah! —gritó de pronto ella. Dante asomó la cabeza para ver lo que estaba ocurriendo entre ambos. La chica se había llevado una mano a la cabeza, frotándosela repetidamente con dolor—. ¡Lo has hecho a propósito!

—Se me olvidó comentarte que te inclinaras un poco más...

—Imbécil.

—No seas grosera.

Dante rio cuando, poco después, Kendall propinó un pequeño golpe a Callen a modo de venganza. Los tres subieron al vehículo y se pusieron en marcha.

Kendall intentó disimular el asombro en sus ojos cuando el chico

Montesini le quitó la venda que había impedido que pudiera ver en todo el camino. Dio dos pasos al frente y observó maravillada el inmenso mar que se abría paso frente a ella desde el acantilado donde se encontraban. Pudo oír el agua rugir contra las rocas chocando contra el saliente e intentó capturar aquel sonido para siempre. Instintivamente, abrió los brazos dejándose atrapar por el torrente de viento que la sacudió de repente.

—¿No has visto nada igual, verdad?

Dante fue el primero en sentarse sobre la hierba verde, alternando su mirada entre el horizonte y la chica Ivanova.

—No está mal —comentó ocultando su asombro.

—¿No está mal? —Contraatacó burlonamente, aunque solamente consiguió que ella le dedicara un fugaz vistazo cargado de indiferencia—. El desmesurado asombro que asoma por tu cara en estos instantes no parece querer decir eso.

Vio el fugaz movimiento de una sonrisa desdibujarse en su gesto.

—¿Te han contado alguna vez la historia que existe sobre este lugar? — Dante estaba contemplando la inmensidad del paisaje con un destello de nostalgia.

—Dudo que le interese, Dante —objetó Callen.

—Confío en que la *ragazza* sepa apreciar algo que no sea el odio que nos une.

—Pareces tenerla en demasiada consideración entonces.

—¿Cuál es la dichosa historia? —Los miró a ambos cruzándose de brazos.

—La historia de Hadra comenzó aquí, en este acantilado —explicó y Kendall rio escépticamente. Los Montesini no creían en los astros o al menos eso era lo que ella había creído durante toda su vida—. Mi familia no cree en ello, por supuesto. En el Canal existe cierto escepticismo en relación a vuestros astros. Sin embargo... incluso los que menos creen, también reconocen que toda creación tiene un comienzo. Se cuenta que Hadra fue tan solo una de las siete regiones que conformaron la isla de Edra en la antigüedad. La oscuridad se había cernido sobre ella durante demasiado tiempo y había sido deseo de los astros recuperar la luz que les estaba siendo arrebatada. Siete fueron las estrellas que bajaron del firmamento para alumbrar Edra y siete fueron las regiones que los astros enviaron crear en ella, para dividir y proteger la energía astral contra el mal. Cada una de esas siete estrellas enviadas protegió una región y muchas personas aquí creen que este acantilado fue la primera creación.

—¿Es por eso por lo que pensáis que esta tierra os pertenece?

—No seré yo quien responda a esa pregunta.

—¿Es que esperas que lo haga tu padre? —preguntó Kendall con desdén, provocando la carcajada de ambos. Observó a Callen ocultar la sonrisa tras su serio semblante.

—Podría ser —asintió sonriente Dante Montesini—. Lo quieran tus astros o no, tu destino depende ahora de las decisiones que tome mi padre. Si él decide que debes morir, no llegarás ni a ver siquiera el filo de la espada clavada en tu corazón. Al menos agradece que sea una muerte rápida y certera.

—¿Es que debo estar agradecida, encima?

—He oído muertes más dolorosas y sí, la que planea hacer con la tuya es incluso acogedora. —Kendall no pudo atisbar el tono de humor en el chico, de modo que deseó que tan solo estuviera quedándose con ella.

—¿Y si planea matarme por qué me lo cuentas?

—Porque en cierta forma, *ragazza*, no comparto la idea de que estés aquí —dijo despreocupadamente, apoyando sus brazos en el fino manto de hierba—. Considero que tu presencia en el Canal solo nos traerá problemas. Y aunque pienses lo contrario... no todos aquí somos unos animales sanguinarios y atroces. Yo incluso puedo permitirme tener conciencia.

Oyó el carraspeo de Callen a su lado.

—Bueno... Es mejor eso que nada, compañero —puntualizó burlonamente y en su tono de voz se pudo notar una fina indirecta disfrazada de sarcasmo. Seguidamente, se levantó ágilmente mientras se sacudía la hierba de sus pantalones—. ¡Vamos! Te enseñaré un lugar.

Por un breve instante, Kendall vio la duda en los ojos del chico, que pronto se disipó cuando le tendió la mano. Él supo que ella no la aceptaría.

—Soy tu aliado. Al menos por el momento, puedes aceptar mi mano sin que creas que puedo cortártela.

—Eso implicaría una relación cercana. Algo que no tenemos.

—Terminaré gustándote —reveló, convencido de sus palabras y la guio por aquel pastizal de hierba hasta una especie de sendero—. Es un don que poseo.

Recordó las veces que Sezja le había asegurado lo difícil que era penetrar en las profundidades del Canal, aquel enmarañado de selva y rocas que resguardaban los antiguos acantilados de la zona sur. Ahora, ella estaba a punto de descubrirlo por sí misma. —Yo, en cambio, poseo el don de repeler a los ricitos bravucones.

—Me subestimás demasiado, *ragazza* —comentó divertido.

Kendall se detuvo conteniéndose todo lo que pudo para no abrir la boca de golpe y contestar a aquel comentario.

—Particularmente, este lugar es mi preferido en todo el Canal.

Estaban en la parte baja del río. El agua discurría cristalina, perdiéndose por aquella frondosa selva llena de vida. Se adentró sin esperar a que la sigieran y de inmediato notó el agua cubriéndole la parte alta de las botas. Sin dudar, avanzó a través de las pequeñas piedras que permanecían incrustadas en los salientes. «Era todo tan irreal», pensó. Que ambos lugares se encontraran dentro de una misma isla a pesar de ser tan distintos resultaba increíble. El agua en aquel punto del río estaba templada; ni siquiera recordó cuándo había sido capaz de nadar en los lagos de las Cumbres, helados y profundos.

—Si sigues un poco hacia el oeste —indicó Dante señalando un recoveco entre los árboles de poca visibilidad—, llegarás a los límites que nos separan de los salvajes. A diferencia de tu familia, mi padre les permite ciertos allanamientos con el fin de que luego no tomen represalias. Todos saben que si tratás bien a los desamparados, luego hay posibilidades de que sean agradecidos.

El chico se encogió de hombros.

—Es la política de la supervivencia, *ragazza*. Los toleramos para que nos toleren. ¿Qué ha hecho tu familia con respecto a ellos?

—Mi familia no suele relacionarse con asesinos.

—¿Y cómo estáis seguros de que lo son? —Vio fulgor en su mirada—. Incluso tú misma te convertirías en uno si tuvieras oportunidad de matar a mi padre. ¿Acaso porque la muerte sea justificada, significa que es menos muerte que otra?

«Su amor tenía algo de adoración muda.
Solo lo expresaba con la fijeza de sus ojos
y con aquel incesante seguir con la mirada»

Colmillo blanco de JACK LONDON

VII

Sezja caminó por el desdibujado sendero que conducía a la parte central del *ghetto* donde estaba situado el pulmón comercial de las Cumbres. A lo largo de los años, la pequeña colonia acorazada había ido creciendo. Todos los comercios locales eran propiedad de su familia, a pesar de que todos estaban regentados por gente de las Cumbres. Paseó por el bistró al que siempre solía ir cuando intentaba buscar la solución a un complicado problema y esperó como un aldeano de tantos a que llegase su turno. No obstante... su presencia nunca pasaba desapercibida para el dueño del restaurante, el señor Kozlov.

—Joven Ivanov, ¿desea que le prepare su mesa?

—Esperaré a mi turno, Kozlov.

—Siempre tan considerado —expresó el tabernero complacido y luego se marchó para volver a los pocos minutos con un plato de Borshch caliente—. ¿Quiere que prepare alguna comida especial para la señorita Petrova?

—No es necesario, Kozlov, Natasha cenará con su familia esta noche. —Probó una cucharada, saboreándola ante la atenta mirada del hombre—. Está excelente

—Al gusto del heredero, como siempre.

El tabernero hizo intención de marcharse antes de girarse de nuevo hacia él.

—¿Ocurre algo, Kozlov? —inquirió Sezja.

—Los nevados vinieron la otra noche —comenzó a decir refiriéndose a los soldados de la guardia real, la élite de las Cumbres. Muchos de los soldados eran hijos de los propios comerciantes de la zona, como el caso del único hijo del tabernero—. Parecían preocupados. Cuchicheaban sigilosamente y estuvieron callados durante toda la cena. No es que los demás clientes no lo agradecieran, pero suele ser normal que tenga que echarlos por alborotarme el local la mayoría de las ocasiones. Me pregunto si todo anda bien joven Ivanov...

—De lo único que tiene que preocuparse es de seguir haciendo estos exquisitos platos. —El hombre asintió un poco más animado y Sezja pudo vislumbrar el temor por lo ocurrido años atrás.

El ataque de los salvajes y la posterior muerte de Kassian Petrov habían causado un daño irreparable en el corazón de los aldeanos.

—¿Hasta cuándo pensabas ocultarlo?

Sezja alzó la vista, preparado para enfrentarse a la furia de aquellos ojos que tantas veces había observado y a los que tanto daño había provocado en los últimos meses. Vera Volkova estaba frente a él exigiéndole una respuesta.

—¿Es que no vas a decir nada? —Mantuvo sus ojos fijos en él.

—¿Está molestándolo, joven Ivanov? —preguntó el tabernero entre asombrado y disgustado al mismo tiempo.

Kozlov se encontraba claramente sorprendido por el modo en que la chica que había irrumpido de repente en su local le hablaba al heredero, sin saber que para Sezja no era cualquier chica corriente.

—La señorita Volkova me acompañará. Estaba esperándola —justificó aunque por supuesto no era cierto. Sezja le hizo un gesto a ambos, a ella para que tomara asiento y al tabernero para que sirviera su plato favorito—. ¿Qué tengo que contarte?

—No te pases de listo conmigo, Sezja Ivanov —recalcó Vera y él no pudo evitar contemplar las diminutas pecas que se dibujaban debajo de sus ojos—. Les has hecho creer a todos que Kendall ha regresado a la residencia justo el día después de tu boda... —Sus palabras se entrecortaron, incapaces de asumir el dolor que le había causado—. El caso es que he oído a unos cuantos de tus soldaditos hablar sobre una emboscada en los límites de la vieja estación de tren.

Se cruzó de brazos y sin mediaciones exigió respuestas. Vera quería saber toda la verdad.

—¿Dónde está tu hermana?

—Se ha marchado, eso es todo —mintió soportando el peso de aquella mirada.

—A veces... olvido lo fácil que te resulta mentirme. —Aquellas palabras lo atravesaron—. Sin embargo, olvidas que hablamos de Kendall y ella jamás se marcharía sin despedirse.

—Quizá tuviera prisa esta vez.

Vera atizó un golpe sordo en la mesa, furiosa, provocando de inmediato que todos los comensales del bistró se dieran media vuelta para observarlos.

—Compórtate.

—¿Ahora vas a darme órdenes? —ironizó.

—No quiero que el señor Kozlov te prohíba la entrada a su local.

—Ya no tienes derecho a preocuparte por mí. —Se levantó justo cuando el tabernero llegaba con la comida—. Averiguaré lo que está ocurriendo y

puedes estar seguro de que encontraré a tu hermana tarde o temprano.

Sezja no dudaba de ello. El vínculo que las unía era demasiado profundo.

—¿Ya se marcha, señorita Volkova? —Vera asintió en silencio—. ¿Y qué hago con su comida?

—Puede envolverla para la señorita Petrova.

Dio media vuelta sin añadir nada más y Sezja observó cómo, progresivamente, cada uno de sus pasos la alejaban de él. Aguardó unos minutos, el tiempo que la gente tardó en volver a sus asuntos y entonces, solo entonces, continuó comiendo.

—Tenemos un problema —señaló Callen.

Kendall observó detenidamente la figura de aquel animal brotar de las frondosidades de la selva y tuvo que pestañear dos veces para cerciorarse de que se encontraba junto a ellos. Aquel lobo de pelaje blanco como la nieve tenía dos manchas oscuras que delineaban el contorno del rostro, ocultándole los ojos. Su hocico olfateó algo al instante y, cuando el gruñido salió por aquella afilada boca, comprendió que no parecía dispuesto a dejarlos ir tan pronto.

—Normalmente cazan en manada. —Kendall puso la mirada en blanco ante el comentario de Dante. No era posible que hiciera bromas en aquel momento.

—Nos basta con este —objetó Callen—. Quedaos quietos y no os mováis.

Ella quiso contestar que no tenía mejor cosa que hacer que dejar que un animal salvaje la evaluara de cerca pero aquel chico pareció leerle el pensamiento, nuevamente.

—Si huele nuestro miedo... estaremos perdidos.

—Podría oler el mío a kilómetros —siseó petrificada.

—¿No vas a decirme que es justo ahora cuando vas a tener miedo? —insinuó Callen sosteniendo la empuñadura de su arma.

—Lamento no estar acostumbrada a que un lobo me enseñe los dientes. Olvidaba que para vosotros esto es algo habitual... codearse con los de vuestra especie.

—Dientes no son precisamente lo que tiene, ragazza.

—Ya sé que no son dientes —le protestó a Dante.

—No creo que sea el mejor momento para que os pongáis a discutir —advirtió Callen alerta.

Callen blandió la daga justo en el momento en que aquel lobo se abalanzó sobre ellos. Dante la tiró a un lado, recibiendo el desgarrar de aquellas zarpas sobre su chaqueta y luego se puso en pie de un salto. Agarró su daga con intención de enfrentarse al animal que estaba agazapado, preparándose para un nuevo ataque.

—Ven a jugar con papá...

—Muy profundo, Dante —ironizó Callen a medida que evaluaba con seriedad cada movimiento.

—Podemos llevárnoslo como mascota —bromeó el chico y lanzó la daga justo al lomo del animal que aulló con un gruñido desgarrador—. Creo que estará cojo para el resto de la semana. Podría hacerle compañía a Galtem.

—No lo matéis.

—Desgraciadamente lo haremos, ragazza.

—Está herido, ¿no basta con eso?

—Podría atacarnos incluso con dos patas —le contestó Callen.

El animal se retorció en el suelo cuando Dante volvió a lanzarle otra de sus dagas, cayendo tumbado en la orilla del río. Vio a Callen acercarse con cuidado hasta él, aferrando su daga por si el animal decidía sorprenderlos con un movimiento inesperado. Desde donde estaba podía apreciar el pelaje blanco cubierto de sangre, entonces, un sonido inhumano resonó en mitad de aquel claro sobrecogedor y cruel.

—No lo mates... —Kendall fue consciente de lo que estaba haciendo cuando su mano se detuvo en la muñeca del chico y él la fulminó con aquella mirada amenazante. Observó el reflejo de sus ojos sobre los suyos y, por un breve e irreconocible instante, algo en ella se paralizó. El corazón había comenzado a palpar apresuradamente, golpeándola de pleno en su interior. Se apartó bruscamente de él, confusa ante lo que acababa de ocurrir—. Por favor...

—No decía en serio lo de llevárnoslo como mascota, ragazza.

—Todavía podemos salvarlo. —Estaba acercándose cautelosamente al animal, contemplando horrorizada su agonizante respiración. Se había inclinado lo suficiente como para colocar ambas manos entre el grueso pelaje, contemplando la sangre teñir sus dedos—. Está muriendo...

—No podemos hacer nada.

—No voy a dejar que este animal muera.

—Está bien.

Callen se había inclinado a su lado, estudiando la herida con gesto

indescifrable.

—El corte es demasiado profundo... —rebuscó en el interior de su chaqueta, sacando unas diminutas hierbas en forma de trébol—. Necesito que las pongas dentro de la herida. Cortará la hemorragia y ayudará a que la herida pueda cicatrizar.

—¿Dónde te has sacado el título de herbología? —insinuó Montesini con renovado interés cuando se inclinó sobre el animal.

—Yo puedo hacerlo —expuso Kendall y el chico negó con la cabeza.

—Dante es preciso en todo cuanto hace. Además, no confío en que puedas envenenarnos y escapar...

Pasó por alto el comentario del chico cuando oyó aquel rugido entrecortado. El animal estaba respirando con dificultad.

—Es horrible... —musitó Kendall.

—Deberíamos marcharnos. La manada podría aparecer.

—Dudo que eso sea posible. Ya os encargaríais de matarla entera.

De pronto, Callen tiró de ella hacia atrás cuando el animal se reincorporó apoyándose en las patas delanteras. Apreció que la sangre todavía manaba y un estúpido impulso la llevó a cometer una imprudencia.

—¿Qué estás haciendo?

—Está asustado —dijo consciente de que él había alzado su mano para hacer retroceder la suya. Sin embargo, Kendall estaba segura de haber visto un destello que ella conocía bien. Un rastro de humanidad en aquellos ojos amenazadoramente hermosos que parecían estar mirando a través de ella. Se inclinó acercando la mano levemente aunque la retiró con suavidad cuando el animal enseñó los colmillos—. No es tan distinto a los humanos. A veces el miedo también nos vuelve valientes.

—Me temo que no a todos, *ragazza*.

«Todos tenemos dos elecciones:
estar llenos de miedo o llenos de amor»

ALBERT EINSTEIN

VIII

Malvich, el mayordomo, le había avisado de la visita de Alexander Petrov, que se encontraba en los jardines de la mansión Ivanov contemplando ensimismado el horizonte. Desde allí podían contemplarse las tres cumbres nevadas que daban nombre al lugar donde vivían. Estaba atardeciendo y pronto la noche los alcanzaría.

—Alexander.

—¿Desde cuándo tenéis los horrorosos árboles podados en forma de avestruces? —señaló cuando Sezja se reunió junto a él.

—Desde el año pasado.

—¿Y cómo permitís esta crueldad decorativa?

Sezja esbozó una sonrisa que claramente tomó por sorpresa al chico. Supo que rara vez Alexander lo había visto reír.

—Kendall insinuó que parecían dos cochinitos a punto de ser sacrificados.

—Tu hermana siempre ha tenido una brillante imaginación —comentó y su tono irónico no se reflejó en sus ojos aquella vez. Adivinó que algo le preocupaba. El mediano de los Petrov no era proclive a mostrar otro sentimiento distinto al humor satírico con el que los acostumbraba habitualmente—. ¿Cuánto tiempo crees que podrán tenerla secuestrada?

—No estoy seguro.

—Te recuerdo que tu hermana podría detonar el Canal por sus propios medios.

—Confío en que no haga ninguna estupidez hasta que encontremos la forma de sacarla de ese lugar.

—Imaginaba que serías menos iluso.

—¿Por qué no la detuviste? —Notó el cambio en su expresión—. Debiste estar con ella cuando decidió ir a rescatar a Sacha —recriminó Sezja.

Los ojos audaces de Alexander se posaron en los suyos, una parte de él también lo sentía así pero otra...

—A diferencia de lo que muchos piensen, no os debemos la vida. He cuidado de tu hermana antes incluso de que los astros dictaminaran que sería su guardián. Y lo seguiré haciendo más allá de este estúpido juramento que carece de valor.

—¿Por qué?

—Porque es la única que nos trata como a iguales y no como a súbditos.

—Me trae sin cuidado por qué luches, Alexander. —Sezja habló con sinceridad—. Solo quiero que me ayudes a traerla de vuelta.

—He estado en el santuario —confesó y Sezja no pudo ocultar la sorpresa.

—¿Tú?

—El padre Demetrio apenas me ha reconocido —puntualizó irónico—. He intentado concentrarme en ese supuesto vínculo que todos creen que existe entre nosotros. No es que vaya a creer de golpe que voy a encontrarla señalada en algún tipo de mapa celestial pero...

—¿Pero qué, Alexander? —Entonces él, discreto, lo miró de soslayo.

—Hoy he recordado algo que he estado olvidando —explicó—. ¿Recuerdas la noche en que se perdió en el bosque? Fuimos Kassian y yo quienes la encontramos muerta de frío y con la pierna rota. Nunca lo había confesado antes pero sentí como si algo en mi interior hubiera estado punzándome por dentro y guiándome hasta ella. —Se encogió de hombros—. Tal vez haya querido averiguar si podía volver a sentirla.

—¿Lo has hecho?

—Nada —negó con la cabeza—. No he sentido nada.

—¿Alexander?

Sezja la observó caminar hacia ellos y supo que su belleza la hizo incluso menos real. Natasha Petrova siempre había sido hermosa. Delicada y frágil como el cristal. La saludó con un fugaz beso en la mejilla cuando sus ojos se dirigieron de nuevo a su hermano, que los había mirado con un recelo burlón.

—¿Qué estás haciendo aquí?

—No eres la única que tiene negocios que solucionar, hermanita. —Le dio un beso fugaz en la frente y los dejó solos.

Alexander se marchó por donde había venido, mientras Natasha lo contemplaba con cierta curiosidad. Cuando ya no se encontraba allí, se aproximó a su esposo.

—¿Se ha vuelto a meter en líos?

Sezja lo negó, contemplando el alivio en ella.

—¿Qué ocurre?

—Partiré mañana para una... misión. —Evitó mirarla por si decidía no creerlo—. Necesitaré que me cubras todo lo que puedas frente a mi madre. Yo mismo me encargaré de solucionar las cosas a la vuelta.

Natasha guardó silencio, mirándolo con sus largas pestañas capaces de dejar sin aliento a cualquiera.

—No te pediría esto si no confiara en ti.
—Soy tu esposa, Sezja. —Pasó una mano por su mejilla y Sezja cerró los ojos—. Puedes pedirme lo que necesites.
—No quiero exponerte...
—Pero yo quiero exponerme —susurró ella con calma.
—He prometido cuidar de ti durante el resto de mi vida.
—El resto de nuestra vida no nos sirve si no podemos confiar el uno en el otro.

—Dulces sueños, *ragazza*.

Kendall lanzó una mirada resignada al diminuto aseo de la habitación cuando el chico Montesini cerró la puerta con llave. Se adentró en la ducha, consciente de que todavía tenía la sangre de aquel animal en las manos. Se desvistió pausadamente y comenzó a enjuagarse con fuerza. Al terminar, tuvo la sensación de que nunca antes había estado más cansada. Salió de la ducha y se cubrió con la toalla hasta llegar a la cama, arrojándose sobre ella. Pensó en qué estarían haciendo sus hermanos en aquellos momentos, si habrían averiguado la verdad o si por el contrario habrían creído que se había marchado de las Cumbres sin tan siquiera despedirse. Cuando quiso darse cuenta, el último recuerdo que ella tanto había querido evitar, la inundó por completo...

—*No estoy de humor para tus bromas, Alexander —le advirtió, reconociendo su presencia en el viejo embarcadero.*

—*Debes estar realmente enfadada para llamarme por ese nombre. Me gustaba cuando me susurrabas en sueños. —Su sonrisa lasciva no consiguió hacerla reír aquella vez. Él pareció ser consciente de ello—. ¿Qué ocurre?*

—*Me marcharé pronto, Alexey. —Lo miró y pudo apreciar el brillo de deleite que aparecía en su gesto cuando ella lo llamaba de aquel modo. Él supo entonces que su enfado había desaparecido. Lo sabía de igual forma que sabía calmarla.*

—*Ya estoy acostumbrado a verte marchar, princesa.*

—*Me marcho para no volver.*

Alexey la observó por un instante en silencio sin decir nada y Kendall aguantó la decepción como mejor pudo. Aquella vez no le pediría que la acompañara. Estaba cansada de esperar reacciones de la gente que la rodeaba. Decepcionada de ver cómo Sezja tomaba el camino equivocado con

la mujer equivocada y se negaba a contemplar cómo Vera estaba consumiéndose por un amor sin esperanzas.

—¿Con qué soborno te ha sorprendido Katherine esta vez?

—Quiere que me case —dijo sin vacilaciones.

—¿Es que quiere que te comprometas con mi hermano?

—Esta vez no es con Luda.

—¿Has aceptado?

—Ella sabe que no aceptaré un matrimonio apalabrado —hizo una pausa, meditando las palabras que diría a continuación—. Sé que estamos por encima de todas estas leyes y exigencias, Alexey.

—Así es, princesa.

—Pero...

—Pienso que has hecho lo correcto... —Percibió el titubeo en su mirada.

Pensó en lo difícil que era superar algo que nunca antes había tenido. Y lo fácil que terminaba siendo acostumbrarse a lo que siempre había conocido por temor a no enfrentarse a lo desconocido. Con Alexey siempre había tenido ese sentimiento y era en aquellos momentos cuando se replanteaba las decisiones que no había tomado antes. Con él era todo tan complicado que no alcanzaba a distinguir lo demás. Alexey formaba parte de su vida y a veces, Kendall, no podía evitar pensar en cómo sentirse al respecto. Todo el tiempo que había pasado lejos de las Cumbres no había hecho más que confirmar lo que ella siempre había sabido: entre ellos existía una fuerza inexplicable, una unión irrompible que siempre los empujaba a encontrarse. Por muchos años que ella tardara en regresar a las Cumbres, siempre tenía la certeza de encontrarle esperándola. Incluso en aquellos momentos, secuestrada y lejos de él, no pudo reprimir el nudo en el estómago que se había formado en su interior. Él siempre había significado mucho para ella, casi tanto como sus hermanos y Vera.

—Supongo que me pusieron el nombre para recordarme que siempre estaría atado a los caprichos de un Ivanov —apuntó Alexey con sorna, peinándose el alborotado pelo con descaro.

Tú no crees en esas cosas.

—Las creí justo el día en el que todos esos astros cayeron sobre nosotros.

Kendall adivinó que estaba hablando de la ceremonia de elección. A ella

y a sus hermanos se les asignaba un guardián, una vez cumplida la mayoría de edad. Generalmente, la tradición se cumplía y los hijos de Pavlo Petrov terminaban siendo los candidatos a realizar aquella misión que ejecutarían hasta el final de sus días. Ella nunca había estado de acuerdo, por supuesto. Que la vida de una persona les perteneciera por decreto divino, solo había acrecentado su prisa por salir de las Cumbres y alejarse de todas aquellas tradiciones sin sentido alguno.

—Alexey, el defensor. —Recordó lo que su nombre significaba—. Ya podrían haberme llamado Doroteo, regalo de los cielos.

—Acumulas demasiados pecados como para entrar en el cielo —puntualizó ella mientras untaba el requesón en la empanada. Alexey se encontraba sentado en el taburete de la cocina pendiente de la Vatrushka^[3] que estaba preparando—. No te atrevas a probarla.

—¿No es demasiado injusto que tenga que protegerte sin ninguna satisfacción a cambio?

La atención de Kendall pasó de la empanada que estaba cocinando a la de Alexey, quien ya la esperaba con su habitual sonrisa envolvente. El brillo en sus ojos ámbar hizo que casi parecieran creíbles. No obstante, Kendall sabía que para él no era más que uno de sus muchos trucos para intentar engatusarla.

—¿Ya te has cansado de la pobre chica de la panadería?

—He comprobado que el pan no era tan exquisito.

—¿Cuándo aprenderás? —Oyó la risa en él.

—No todas son tan difíciles como tú, princesa. Algunas están dispuestas a probar el paraíso por un rato.

—Alguien debería decirles que se han confundido de camino. Alexey elevó las comisuras de sus labios, dibujando una sonrisa juguetona y ella pensó que todos los intentos de rechazo por su parte debían estar facturándose después para una merecida recompensa.

Suspiró de pronto, ocultando la cara en la almohada y conteniendo el desesperado grito que ahogaba en sus labios desde hacía días. Si alguna vez lograba salir de allí, se prometió a sí misma que se encargaría, con sus propias manos, de Alexey.

«Y nada da un poder mayor sobre los hombres que las mentiras.
Porque esos hombres, hijito, viven de ideas.
Y estos se pueden dirigir.
Ese poder es el único que cuenta...»

La Historia Interminable de MICHAEL ENDE

IX

Abrió los ojos encontrándose de frente con Dante. Se había cubierto con la sábana en un intento por alejarse de él cuando vislumbró también la presencia de Callen al fondo. Su compañero permanecía con su habitual pose de indiferencia, contemplando la escena.

—¿Qué tal se duerme en esta cama, *ragazza*?

—Igual de mal que cuando te escucho hablar —respondió ella.

—Encantadora... —expuso él, tendiéndose en la cama junto a ella. Apoyó el brazo izquierdo en su cabeza para mirarla y señaló con el dedo la fina marca que tenía a la altura del entrecejo—. ¿Cómo te has hecho este corte?

—¿Para qué quieres saberlo?

—Curiosidad. No todo van a ser amenazas y disputas entre nosotros, ¿no crees?

—¿Eres siempre tan extraño?

—¿Extraño? —Dante abrió los ojos, sorprendido. Era la primera vez que le decían algo así—. ¿Soy extraño, Callen?

—No preguntes, si no quieres oír la respuesta —le contestó su compañero.

—¿No entra esto dentro de tu deuda de guardaespaldas?

—Supongo que no.

—Deberás explicarme eso más tarde —bromeó él y luego se incorporó, saliendo de la cama con un movimiento elegante y grácil—. ¿Estás lista?

A medida que Dante avanzaba por el camino que los conduciría a la zona central del *ghetto*, más consciente era del peligro al que se exponían. Los aldeanos del Canal no estarían demasiado contentos con la presencia de la chica Ivanova en el mercado por no mencionar la reacción en sus hermanos cuando la vieran merodear entre los puestos. A pesar de que Callen había alertado de las consecuencias que conllevaría tal hecho, él no podía dejar pasar la oportunidad de provocarlos. Resultaba demasiado tentador.

—Hoy te llevaremos a un lugar demasiado peligroso. Necesito que mi padre vea que esta relación avanza. Confíemos en que no se produzcan demasiadas muertes por tu presencia.

—¿Es que pensáis ejecutarne en público? —satirizó Kendall. Dante vio la duda en ella cuando llegaron a la calle concurrida de gente. El mercado era uno de los lugares más significativos del Canal. Los puestos de los mercaderes cubrían toda la calle principal, los aldeanos compraban provisiones

moviéndose de un lado a otro entre los puestos y el ruido se mezclaba entre el gentío convirtiéndose en un bello caos.

—No somos tan sádicos. —Agarró el colgante en forma de lobo tallado manualmente y lo observó con detenimiento. A Dante le gustaba valorar el esfuerzo que suponía convertir un trozo de madera en una obra de arte. Sacó unas cuantas monedas del bolsillo y se las dio al mercader que estaba observando a la chica con gesto contrariado—. Dime, *ragazza*, ¿te gusta algo?

—¿Por qué?

—Para regalártelo, por supuesto. —Sostuvo de pronto su mano y ella retrocedió al instante. Dante sonrió, mostrándole la pulsera—. Debemos embellecer aquello que ya es bello, así como nutrir y preservar lo que nos da de comer.

—No quiero nada.

—Me sentiría insultado. —Se la entregó de nuevo—. No he tenido demasiadas oportunidades de regalarle nunca nada a nadie. Que seamos enemigos no implica que no podamos ser agradecidos.

—¿Por qué estáis aquí?

Cuando Enzo hizo su aparición él ya lo estaba esperando.

Kendall se preguntó cuanta gente odiaba a aquel chico de ojos azules y cabello oscuro rizado llamado Dante Montesini. Los tirabuzones le caían abiertamente cubriéndole la frente y parte de los ojos. Tenía una nariz ancha y unos labios suaves y bonitos. Se podía apreciar a simple vista la inmensa diferencia de parentesco que existía entre él y los otros hermanos. Dante tenía una belleza demasiado delicada como para compararla con la vigorosidad del chico que parecía estar fulminándolo en esos momentos.

—Estábamos decidiendo qué bozal regalarte. —Su sarcasmo causó estragos en el semblante de Enzo Montesini—. ¿Qué te parece este?

—Combina con sus pectorales —añadió Callen.

—¡Bastardo! —rugió Enzo con el puño en alto—. Siempre te has creído superior a nosotros, ¿no es cierto? Nuestro padre debió encerrarte junto a ella...

Callen empujó de un golpe a Enzo que perdió parcialmente el equilibrio, cayendo al suelo de una sacudida. La trifulca estaba extendiéndose como la pólvora y la muchedumbre comenzó a rodearlos. Pensó en la posibilidad de escapar y tal vez lo hubiera hecho de ser por la chica de aspecto angelical que estaba asomada al balcón de uno de los edificios colindantes. Su melena lisa dorada le caía perfectamente a la altura de los hombros y sus ojos, de un verde

claro, observaban con desaprobación la disputa que estaba formándose abajo. Había algo familiar en ella, un atisbo de aprisionamiento que se reflejaba en su mirada y que Kendall asumió como suya propia.

De pronto, la baranda en la que estaba apoyada se partió en dos y el equilibrio de la chica se puso a prueba. No tuvo tiempo para meditar las consecuencias. Se movió rápidamente agarrando la daga de Dante para luego lanzarla con un movimiento infalible. El filo rasgó la lona del techo que cubría el puesto de verduras, soltándose de una sacudida y provocando el caos en el mercado. Sin embargo, los pies de Kendall ya estaban en movimiento atrapando a la chica antes de que cayera de aquella altura y soportando todo el peso de su cuerpo en la caída. Notó una punzada desgarradora cuando la pierna colisionó contra el suelo de piedra y desgarró la tela de la lona por la mitad.

—¡Davina!

—La chica ha caído.

Escuchó aquellas voces que resonaban cada vez más cerca. Intentó levantarse pero comprendió que su muñeca había sufrido todo el peso de la caída. Alguien estaba ayudando a la chica y supo en el instante en que vio todos aquellos rostros qué ocurriría con ella. Una multitud de caras desconocidas estaban agolpándose alrededor y no parecieron ocultar la desconfianza que sentían.

—¡Ivanova ha intentado matarla!

—Levanta. —Sintió su mano que la sujetaba entre la multitud y nunca antes se hubo alegrado tanto. Apoyó todo el peso del cuerpo en Callen que estaba sacándola justo a tiempo de que los chismes corrieran como la pólvora por todo el Canal—. No sueltes mi mano...

—¿Qué está pasando?

—¿En qué demonios pensabas? —La apartó a un lado.

—Intentaba salvarla.

—Esa chica es la hija de Marlon —expuso molesto, explicándole la gravedad del asunto—. Nadie va a creer que hayas querido salvar a la hija de Montesini. No olvides que desean verte muerta. Y acabas de darle una oportunidad para hacerlo.

Observó a Dante entremezclarse entre la multitud que estaba agolpándose en el interior de la sala horas después. Los guardias la habían conducido hasta ella sin mediar palabra. Se asemejaba a una de aquellas salas de juicios que tantas veces había visto en las películas antiguas, dos estrados a ambos lados

y una mesa principal presidiéndola. Supo quién ejercería de juez justo cuando Marlon Montesini apareció por una de las puertas contiguas y todo el mundo guardó silencio de inmediato. La sola presencia de aquel hombre bastaba para inquietar a cualquiera, pensó.

—¿Qué ha sucedido?

—La prisionera ha intentado acuchillar a la señorita Davina, Sir. —El mercader fue el primero en hablar. Kendall adivinó que estaría furioso con ella por haber rajado la lona de su puesto—. Yo mismo la vi lanzar el cuchillo.

—¿Por qué razón estaba en el mercado?

Se produjo un silencio desbordante hasta que la silueta de Dante se alzó entre todas.

—Culpa mía, padre.

—Explícate, Dante.

—Consideré oportuno que la *ragazza* pasara sus últimos momentos de vida fuera de esa sombría habitación. —Se encogió de hombros y Kendall evitó poner los ojos en blanco. Aquel chico no tenía remedio.

—¿Cómo se atreve a bromear cuando han intentado matar a su hermana? —bramó indignado un hombre de avanzada edad. Su denso bigote ni siquiera le permitía articular palabra.

—¿Has intentado ayudarla a escapar! —rugió otro.

—Silencio —sentenció Marlon acallando la disputa—. Cuida las formas, Paolo. No toleraré que acuses a mi hijo de traidor.

Cuando aquellos ojos sedientos de venganza la atravesaron, supo que estaba perdida.

—¿Por qué debería creerte?

—No lo hará —respondió Kendall sabiendo que aquel hombre nunca aceptaría que hubiera salvado la vida de su hija—. ¿No es así?

—Ella la ha salvado. —La voz de Callen recorrió toda la estancia—. Davina estaría muerta de no ser por ella.

—¿Para qué querría matar a mi dulce hermana, padre? —ratificó Dante, poniéndose en pie—. La *ragazza* es atrevida e impetuosa, pero no estúpida. Dudo que quisiera matarla solo para pasar después cien años en los calabozos.

—¿Nos estás acusando de mentir ante el Sir? —Enzo encontró la oportunidad de hablar cuando las palabras de Dante parecieron surtir efecto—. Porque todos aquí saben lo que serías capaz de hacer para convertirte en

heredero.

—Silencio los dos. —Marlon volvió a posar su atención en Kendall—. ¿Por qué debería creer que has salvado a uno de mis hijos?

—Porque ha estado a punto de estrellarse contra el suelo.

—No has respondido a mi pregunta, Ivanova.

—¿Espera que confiese que intenté asesinarla?

Apretó los puños con fuerza, controlando la rabia que manaba de sus palabras. El murmullo se elevó hasta convertirse en un molesto ruido. Algunos de los presentes se habían puesto en pie y sus expresiones mostraron una clara ofensa. Otros la miraron atentamente, sorprendidos por el atrevimiento. Marlon levantó una mano para que todos guardaran silencio.

—¡Soltadme!

El grito del exterior se vio acallado cuando, segundos después, la puerta de la sala se abrió nuevamente. Dos guardias entraron con la chica que había salvado y que intentaba zafarse sin éxito de ellos.

—¡He dicho que me soltéis!

Tenía una voz cantarina y suave a pesar de la bravura con la que estaba haciendo frente a los dos guardias que la sujetaban. Marlon hizo un gesto y los guardias dejaron de aprisionarla enseguida. La chica de cara angelical los miró con desagrado y luego se dispuso a llegar hasta el estrado donde su padre la esperaba.

—¿Me pregunto por qué está celebrándose un juicio sin la principal perjudicada?

—¿Qué haces aquí, Davina?

—Defender a la chica que me ha salvado la vida —anunció frente al murmullo de la sala—. ¿Qué esperaba que estuviera haciendo, padre?

—¿Te ha amenazado para que cuentes otra verdad?

—Ya conoce lo influenciable que puede llegar a ser nuestra hermana, padre. —Kendall apreció el brillo de resentimiento de la chica cuando Enzo la interrumpió—. El golpe debe haberla confundido...

—Tengo edad suficiente para distinguir cuando alguien pretende matarme, Lorenzo —dijo volviéndose hacia Marlon—. Este juicio no estaría celebrándose si los estúpidos de mis hermanos no hubieran estado discutiendo en mitad del mercado. De no haber sido así, me habrían visto resbalar bajo la cornisa.

—Padre...

—Ya es suficiente.

—Pero Sir... —añadió el hombre al que minutos antes habían llamado por el nombre de Paolo—. La chica merece un castigo.

—No hay pruebas contra ella.

La indignación barrió la sala cuando Marlon Montesini abandonó el estrado para dirigirse a ella. La multitud había comenzado a rebatir aquella sentencia a pesar de la firme decisión del líder. Por alguna extraña razón la justicia había intercedido entre el rencor y las disputas familiares.

—En cuanto a ti... —Aquellos ojos verdosos la contemplaron de lleno—. No creas que he olvidado quién eres.

Y allí, en aquel preciso instante, Kendall, recordó la vez en la que su padre les había regalado un pequeño cachorro labrador. Un Sacha de no más de tres años lo había agarrado del rabo, llevándolo por toda la casa hasta el patio trasero donde se encontraban desayunando aquella mañana. Todos lo habían amenazado con romper sus juguetes si no lo soltaba de inmediato, sin embargo, el cachorro se había vuelto hacia él mordiéndole la mano. Habían bastado solo aquellos segundos para que ella comprendiera que Marlon Montesini nunca tendría intención alguna de soltarla, era una baza demasiado jugosa.

«Se puede tener, en lo más profundo del alma,
un corazón cálido,
y, sin embargo, puede que nadie acuda jamás a acogerse a él»

VINCENT VAN GOGH

X

Kendall estaba de vuelta en aquella habitación. Había permanecido tendida en la cama durante más tiempo del que recordaba, sofocando el nudo que se formaba en su garganta y que amenazaba con derrumbarla. No llevaba bien estar encerrada. Cuando eso ocurría siempre encontraba la forma de escapar. A veces por la ventana, exponiéndose a cortes como el que tenía en la frente y que no eran agradables de curar. Se incorporó de súbito en cuanto el pomo de la puerta giró lentamente, haciendo el pertinente ruido. Agarró la lámpara de la mesa y esperó a encontrarse ante la atenta mirada de la chica a la que había salvado hacía escasas horas.

—No voy a hacerte daño.

—No esperaba que lo hicieras. —Dejó la lámpara en su sitio.

—¿Y por qué tenías esa lámpara en tus manos?

—Cuando estás secuestrada tienes que aferrarte a lo primero que encuentras.

—Mi padre te ha perdonado la vida —anunció como si fuera algo evidente, luego depositó las vendas que traía consigo sobre la mesa de madera del fondo—. Nadie te hará daño.

Kendall no lo tuvo tan claro.

—Voy a curarte la muñeca —explicó cuando se dirigió a ella con lentitud, esperando un consentimiento por su parte—. Me he fijado que nadie ha tenido la molestia de curártela. Es lo mínimo que puedo hacer después de que me salvaras en el mercado.

—¿Sabe alguien que estás aquí?

—Generalmente paso desapercibida —contestó, apreciando el tono tostado de su piel—. No me quejo. Ser invisible tiene sus ventajas en estos casos.

—¿No es un poco extraño, teniendo en cuenta quién eres?

—Lo comprenderías si conocieras a mis hermanos. —La chica esbozó una sonrisa amarga—. Ellos son los verdaderos quebraderos de cabeza de mi padre.

—¿Siempre andan discutiendo?

—Si tan solo hicieran eso... —explicó, riéndose a medida que vendaba con sumo cuidado el corte de su muñeca—. Mis hermanos no congenian demasiado bien. Dante es un tanto... excéntrico. Él siempre ha sido diferente

al resto. Quizá por eso sea el favorito de nuestro padre.

—¿Por qué todo el mundo parece odiarlo?

—Bueno, yo no lo odio... es mi hermano. Listo, ya está.

Kendall fijó su atención en la venda perfectamente sujeta.

—Mi madre es médico —confesó—. Me enseñó lo suficiente para saber curar una herida como esta. Me llamo Davina, por cierto.

Hizo una pausa, mirándola, y en su expresión se dibujó una diminuta arruga.

—¿Me habrías salvado si hubieras sabido que era la hija de Marlon Montesini?

—Probablemente no —mintió y ella rio divertida, sabiendo la respuesta.

—Es lo que suponía.

La puerta se abrió nuevamente y Callen las atravesó a ambas con la mirada. Hasta ese instante, Kendall no había comprobado la intensidad de aquellos ojos. Su fina barba estaba amoldada seductoramente a la larga cabellera que mantenía recogida de manera informal y su expresión severa cambió levemente al contemplarla.

—¿Qué estás haciendo, Davina?

—Curar a Kendall —respondió como si fuera algo obvio.

Era la primera vez que alguien se tomaba la molestia de llamarla por su nombre.

—No debes estar aquí.

—¡Oh! Vamos Callen... —suspiró y aquella escena le recordó el momento en que sus hermanos, Sacha y Tavisha, no hacían caso a las órdenes de Sezja —. No me hará daño. Además, debería tener alguien con quien hablar a menudo.

—En tal caso puede hacerlo con las paredes.

Kendall estuvo a punto de atizarle un golpe cuando la chica se despidió con un guiño de ojos.

—Intentaré que mi padre te levante el castigo.

—Está secuestrada, Davina —le recordó Callen sin dar crédito a lo que estaba oyendo. Cuando la puerta se cerró tras ella, sus ojos ya estaban evaluándola—. Y en cuanto a ti... estoy comenzando a sospechar que quieres que te maten. De ser así, no me molestaría en intentar salvarte.

—No te he pedido que lo hagas.

Callen perdió la paciencia con ella, nuevamente.

—¿Qué ocurre contigo?

—¿Quieres saberlo? —Se aproximó a él, furiosa—. No voy a suplicar por mi vida. Marlon Montesini no necesita excusas para matarme. Voy a escapar de este lugar, con o sin vuestra ayuda, aunque sea lo último que haga.

—¿Y crees que ganando su atención vas a salir de aquí?

—No sé de qué estás hablando.

—Has salvado la vida de Davina —explicó—. Ahora todos saben que está en deuda contigo. Naturalmente no te dejará ir mientras Franco esté desaparecido pero intentará negociar... averiguará tus puntos débiles y los usará en tu contra.

—¿Y por qué das por hecho que los encontraré?

Soltó una risa mordaz.

—Mírate —dijo—. No sabrías controlar tus impulsos ni aunque te molestaras en ocultarlos. Eres una bomba de relojería a punto de estallar contra todo lo que te rodea.

Luchó una vez más con el deseo irrefrenable de pegarle un manotazo. Si aquello no era control que alguien viniera a mostrárselo. La forma en la que siempre parecía querer dejar claro que tenía razón, estaba corroyéndola por dentro. No iba a permitir que aquel *ninja del Olimpo* viniera a darle lecciones. No, pensó, incluso aunque sus ojos la estuvieran desvistiendo por completo.

—¿Y por qué estás contándome todo esto? Ni siquiera me caes bien...

Se cruzó de brazos y, por un breve instante, pensó que la amordazaría para no volver a escucharla de nuevo.

—¿Segura que vendrán a buscarte? Comienzo a sospechar que no, todavía no hemos recibido noticias de los tuyos.

Callen esbozó una sonrisa altanera mientras ella se lanzaba a su cuello. Tal vez tuviera un poco de razón con respecto al manejo que Kendall hacía de las emociones. Las trabajaría una vez terminara de rematarlo. Sin embargo, él fue más rápido y la agarró con fuerza de la cintura, cargándola en su espalda. Gritó para que la soltara y por primera vez desde que lo había conocido, no parecía estar muy dispuesto a obedecer órdenes.

—Juro que acabaré contigo.

—Una lástima... —fingió con pesar mientras Kendall luchaba por soltarse de sus brazos—. Si yo fuera tú, dejaría de hacer esfuerzos en vano...

La mantuvo en su espalda a medida que salían por la puerta. Observó la tela de sus pantalones desde atrás mientras se dirigía con paso firme hacia el hueco de unas escaleras. Una vez allí, contó mentalmente cuántos escalones

estaban ascendiendo, deseando que no estuviera meditando la idea de dejarla caer desde aquella altura. Después de lo que le parecieron cinco minutos eternos, consiguió tocar suelo de nuevo. Se apartó de él con la intención de atizarle aquel golpe que tanto merecía cuando comprendió dónde se encontraban.

—¡La zona oeste!

—Cerca del río. No imagino cómo podrías apañártelas para llegar hasta allí con dos torres de vigilancia y menos atravesar el curso medio sin que te arrastre la corriente.

La vista desde aquella azotea estaba permitiéndole una visión periférica de casi todo el Canal. Prestó especial atención al radial de casas que circundaban alrededor del mercado principal, pudiendo vislumbrar también la hilera de montañas al norte. Una sensación desgarradora la recorrió de lleno cuando observó las Cumbres a lo lejos.

—La zona este —continuó mientras Kendall intentaba adivinar por qué estaría mostrándole todo aquello—. Imaginando que pudieras burlar los controles de seguridad y llegar hasta los lindes de la ciudad, esa sería una zona interesante.

—¿Por qué me cuentas esto?

Callen se quedó en silencio, contemplando las vistas.

—¿Eres siempre tan desagradecida?

—¿Por qué no me respondes?

—¿Por qué no dejas de hacer preguntas? —Se burló molesto.

—No confío en ti.

—No pretendo que lo hagas.

Notó parte de verdad en sus palabras.

—¿Es que ahora te has convertido en un... traidor por mi causa?

Oyó su risa resonar en el silencio de aquel mirador como un rayo de electricidad que la recorría de pies a cabeza a pesar de que su pregunta no pretendía servir de divertimento. Observó entonces la arruga que se había formado cerca de la comisura de sus labios.

—Intenta que no te maten mañana.

—¿Por qué mañana?

—Montesini querrá conocerte —respondió, perdiéndose en las vistas.

Kendall observó por última vez la hondonada de terreno que se abría detrás de las murallas, casi escondida entre la maleza de selva que los cubría. Pensó en todo lo que debía perder para llegar hasta aquel lugar.

—Gracias.

Escuchó su propia voz distante y extraña, como si no le perteneciera. Tan inesperada como la lágrima que descendió por su mejilla. La limpió con un seco movimiento y supo que él la había presenciado. No hubo burla ni palabras de consuelo. Solo el entendimiento mutuo de alguien que entendía bien lo que estaba sintiendo.

—Ellos no podrán hacerte daño si no se lo permites. Recuérdalo.

—No me suena tu cara, soldado.

—Tengo una belleza insólita —respondió Alexey. Sezja reprimió las ganas de atizarle un golpe y luego ocultó su cara con el casco del soldado al que horas antes habían maniatado cerca de los límites y al que estaba suplantando—. Como mi bisabuelo Giovanni.

—¿Sir Giovanni, el escultor?

—El mismo... —le confirmó con una naturalidad absolutamente impropia de alguien que estaba inventándose la mayor parte de la historia.

—¡No puedo creerlo! —exclamó aquel soldado de nariz notablemente curvada. Tenía brechas por toda la cara y una mirada afable—. Soy nieto de Paolo. ¿No me recuerdas? Jugábamos juntos de pequeños... ¿y cómo es que te han destinado a esta base?

—El cambio de guardia está al caer y debemos estar atentos —dijo de pronto Sezja con voz grave. Le dedicó un seco vistazo a Alexey.

—Méritos propios...

—¿El patoso biznieto de Giovanni? Yo conocí a tu padre, granuja —se burló un soldado de mayor edad, abriéndose paso hasta ellos. Su expresión cambió cuando le echó un vistazo de frente—. Tú no eres Pietro.

Desenvainó la espada, sosteniéndola a escasos centímetros del corazón de Alexey.

—¿Quiénes sois vosotros?

—Pietro Segundo Espósito, primo de Espósito Primero y nieto de Sir Giovanni el escultor. ¿Tienes algo en contra de mi linaje? —Solo Sezja pudo apreciar el filo de burla en la voz de Alexey cuando habló—. Y este es Dionni Trovato, hermano de Marco Trovato y, a menos que no quieras quedarte sin manos, deberías dejar de apuntarme directamente con esa espada.

La seguridad en las palabras de Alexey o quizá la mirada aniquiladora que estaba lanzándole Sezja fueron suficientes para que bajara el arma medio

convencido. Los dos soldados se alejaron de ellos y solo entonces este se arrimó a su compañero.

—¿Dionni? —siseó—. ¿No se te ha ocurrido otro nombre?

—Eran mis galletas preferidas de pequeño —contestó Alexey que parecía ajeno a la tensión creada minutos antes.

Los soldados habían dado por válida la historia, dejándolos tranquilos. Seguidamente, decidieron ascender a la segunda torre de vigilancia.

—¡Pietro, Marco!

Giraron en redondo cuando vieron a un hombre de escasa estatura acercarse a ellos.

—Al menos ya has averiguado cómo te llamas... —susurró Alexey a su lado, apretando la empuñadura de la espada que había robado.

—¿Qué os pasa? ¡Venid aquí!

—No, puede reconocernos —alertó Sezja entre dientes cuando el hombre ya estaba a escasos metros de distancia—. Es un teniente.

—¿Y es menos guapo por eso? —bromeó Alexey.

—Significa que debe conocer a todos los soldados de su escuadrón.

—¿Dónde está Ranieri?

El teniente los evaluó en silencio y Sezja adivinó que debía estar refiriéndose al soldado al que habían hecho perder el conocimiento, ese mismo que habían depositado en el maletero de aquel vehículo.

—Se encuentra indispuerto, señor.

—Explíquese.

—Diarrea, señor —respondió Alexey sobre la marcha.

—No he pedido que sea tan explícito, soldado. —Desvió su atención, anotando algo en un cuaderno forrado a piel—. Presten atención. Se desplazarán de inmediato hasta el mercado y averiguarán qué ha ocurrido con la prisionera.

—¿Está refiriéndose a Ken...?

—A la chica Ivanova —terminó Alexey, devolviéndole una mirada de aviso.

—¿Es que están sordos? ¡Adelante! ¡Márchense de aquí!

Un pitido atronador resonó en su localizador.

—Esperen un momento —dijo mientras lo leía—. Les acompañará el hijo de Lady Rinaldi.

—¿Quién?

—Acoten las medidas de seguridad. Quiero al joven sano y salvo,

¿entendido?

—¿Quién demonios es Lady Rinaldi? —susurró Alexey, contrariado.

—Es la mano derecha de Marlon Montesini —explicó Sezja, haciendo una pausa y reconociendo el nombre de aquella mujer—. Y su amante.

Los ojos de Alexey se abrieron de golpe, divertidos.

—¿Por qué no me he criado en este lugar?

«Lo que se hace por amor
siempre está más allá del bien y el mal»

Beyond good and Evil de FRIEDRICH NIETZSCHE

XI

—¡Buenos días!

Kendall pestañeó dos veces seguidas antes de incorporarse en la cama. Llevaba largo rato despierta a pesar de que la entrada de aquella chica la había sobresaltado. Su voz risueña y enérgica era similar a la de su hermana Sonya.

—¡Sal de la cama Kendall!

—¿Es que tengo que ir a algún sitio?

—He convencido a mi padre para que nos deje desayunar juntas.

—Estoy secuestrada, Davina. —Le dedicó un gesto complacido al comprobar que recordaba su nombre—. Puede que incluso esté muerta al terminar el día.

—Nadie puede tocarte —le aseguró—. Todo el mundo sabe que me salvaste la vida y que mi padre está en deuda contigo.

—Tu padre puede matarme cuando le plazca.

—Mi padre no incumple sus promesas —dijo—. Y ahora vístete.

Más tarde contempló ensimismada toda aquella hilera de casas alineadas y pintadas de distintos colores por las que estaban caminando. Un pequeño canal partía la vía central en dos, intercomunicada por un puente que debía tener más años que sus propios antepasados. Siguió a Davina por las calles estrechas y antiguas hasta llegar a una especie de terraza desde donde observó el gran mercado abrirse a su paso. Kendall adivinó que estarían en la parte superior del *ghetto* y para su sorpresa pudo distinguir a lo lejos el balcón por donde Davina había caído el día anterior.

—Nos sentaremos aquí —les avisó a los dos guardias—. Podéis tomaros un descanso o lo que sea que hagáis en vuestro tiempo libre.

—¿No te importa que la gente te vea conmigo?

—Dejó de importarme lo que pensarán hace tiempo. Dudo que estar desayunando contigo sea menos extraño que tener a dos guardias día y noche. —Señaló a los dos soldados que estaban situados cerca de ellas, vigilantes y armados hasta los ojos. Kendall adivinó que las armas venían a cuenta propia.

—¿Siempre has llevado esa protección?

—Mi padre cree que voy a escapar el día menos pensado. Supongo que está asegurándose de que no me una a los salvajes.

—¿Pretendes hacerlo?

—Me matarían antes de que pudiera suplicarles que me acogieran, supongo.

La chica que estaba depositando el desayuno en la mesa las miró con extrañeza.

—¿Desea algo más, señorita Davina?

—Está todo bien, Ethel —respondió con amabilidad—. ¿Necesitas algo, Kendall?

Negó con la cabeza dándose cuenta de que Davina estaba observando a aquella chica. La joven, en cuanto hubo servido, se dio la vuelta y continuó de nuevo.

—Ethel solía venir a casa hace unos años —confesó de pronto—. Recuerdo que solíamos espiar a Dante porque... bueno... todas las chicas del Canal deseaban que mi hermano las retratara. Éramos amigas o al menos lo suficientemente cercanas para que no me viera como la hija del Sir. Luego todo cambió y ahora parece que apenas nos conocemos.

—¿Qué ocurrió?

—Mi padre creyó que mi amistad con Ethel no era apropiada. Me alejé de ella y, tal vez incluso, la amenazó con expulsarla del Canal si seguía viéndome... el caso es que me revelé. Intenté escaparme una noche y él me descubrió. Desde entonces soso número uno y soso número dos me persiguen allá donde voy.

—¿Has salido alguna vez de este lugar?

—Nunca he ido a la ciudad si es a eso a lo que te refieres.

—¿Nunca? —Kendall la miró alucinada mientras asentía.

—Estoy atrapada bajo las exigencias de mi encantador padre.

—Miró a Davina y vio reflejada en ella la misma trayectoria que la de su familia. Una parte de Kendall, la que no era desconfiada y reservada, la creyó. Y peor todavía, la comprendió. Podía ver el resentimiento en sus ojos como un espejo en el que reflejarse: rencor hacia una vida manipulada por los deseos de su padre.

—Veo que ya conoces a mi encantadora hermana. —Dante estaba de pie frente a ellas con una sonrisa jovial en su expresión despreocupada.

—Por parte de padre —satirizó Davina.

—Lástima que no haya heredado la simpatía de Juliana. —Cogió un panecillo antes de que pudieran decir nada y lo masticó. Se había sentado junto a Kendall que lo miraba con recelosa extrañeza—. Davina es hija de la segunda mujer de nuestro padre.

—¿Y Enzo?

—Lorenzo, Gian y Franco son los hijos de Eleonora —explicó él.

—Eleonora murió cuando mis hermanos eran muy pequeños —añadió Davina con cierta tristeza en el tono—. Era una mujer valiente o al menos así se la recuerda en el Canal. Decían que era la única que podía hacer frente al temperamento de nuestro padre y tal vez fuera cierto...

—Si Marlon tuvo dos matrimonios. ¿De quién...?

—No pasa nada, *ragazza*. No es un secreto que sea el bastardo de esta familia. —Kendall notó las mejillas ruborizadas, comprendiendo lo incómodo de la situación—. Soy el fruto placentero de una relación esporádica.

—Mejor ser fruto que no desecho —añadió Davina.

—En eso estoy de acuerdo, hermana —asintió, recuperando la normalidad. Masticaba animadamente un trozo de pastel que parecía estar disfrutando de lo lindo—. Hoy tienes un brillo distinto en la mirada, *ragazza*. ¿A qué se debe?

—Alergia.

—¿Tienes alergia? —Notó la preocupación en Davina.

—Contra los pesados.

—Debo ser el único vacunado contra ello.

Dante rio repentinamente interesado en aquella conversación. Había parado de comer para mirarla con curiosidad.

—Me caes bien, Kendall.

—Tú a mí no.

—El amor no siempre es correspondido —fingió él con cierto tono lastimero.

—Dante no ha superado su amor de infancia —dijo Davina burlescamente para luego agarrar la mano de Kendall—. Ven, te enseñaré una cosa. Al fin y al cabo, el glotón de mi hermano ya ha acabado con todo nuestro desayuno.

Recorrieron las escaleras por las que habían subido y Davina la instó a que la acompañara a uno de los puestos del mercado. Su risa era natural y relajada, lejana a los cuchicheos que la presencia de Kendall estaba levantando entre los aldeanos.

—No debería estar aquí.

—Ellos no te harán nada mientras esté contigo —la reconfortó y sostuvo entre sus brazos a un pequeño gato que pronto se acurrucó en su regazo—. Siempre he deseado tener uno. De pequeña solía esconderlos en mi

habitación para alimentarlos pero pronto mi madre descubrió lo que estaba haciendo. Tenía alergia y apenas podía acercarse a mí sin estornudar

Sonrió con nostalgia, recordando aquel tiempo pasado.

—Llevo cinco meses sin verla. Se marchó para seguir trabajando en lo que la hace feliz —acarició las orejas del animal con ternura—. En ocasiones desearía que se hubiera acordado de llevarme con ella.

Kendall también sabía lo que era tener un padre ausente. Vladik Ivanov pasaba más tiempo ocupándose de los negocios de la familia que viniendo a visitarlos. Solo en ocasiones puntuales volvía a casa y todo parecía volver a la normalidad. El suyo siempre había sido un padre afectuoso y comprensivo, a pesar de que habían aprendido a vivir sin él durante demasiados años. La relación con su madre, en cambio, no lo había sido tanto. Kendall todavía recordaba el día en que había ido a visitarla a la residencia, su padre se encontraba intentando exportar una de las obras de arte más antiguas de la familia Ivanov y había decidido pasar la tarde con ella. La había invitado a cenar y, una vez en el restaurante, le había confesado que su matrimonio con Katherine había llegado a su fin.

—¿La echas de menos?

—Hablamos dos o tres veces por semana —respondió—. Me cuenta las cosas que está logrando en cada uno de sus viajes y luego me recuerda que pronto estará de vuelta. Es la forma de no sentirse demasiado culpable por dejarme aquí sola. Desearía que me hubieras dejado caer por ese balcón...

—¿Y me lo dices ahora? —Escuchó su risa cantarina cuando presenció el tono burlón de ella.

Le devolvió una mirada cómplice contemplando un nuevo sentimiento formándose bajo aquellos bonitos ojos que parecían agradecidos de repente. El agradecimiento de alguien que comenzaba a valorar la presencia del otro. No obstante, el pensamiento se diluyó tan rápido como aquellos colmillos abalanzándose sobre ellas. Apartó de un tirón a Davina, inclinándose lo suficiente para notar muy cerca su hocico afilado. De pronto, el perro comenzó a aullar cayendo al suelo malherido. Alguien le había lanzado una flecha que ahora permanecía clavada en una de sus patas traseras.

—¿Estás bien? —Kendall ayudó a levantar a Davina estudiando los alrededores en busca de más posibles peligros. Estaba claro que habían intentado matarla arrojándole aquel perro—. Ya te avisé que no sería buena idea traerme aquí.

—Es uno de los perros de caza de mi padre.

—Está claro quién era su presa. —Dante hizo su aparición. Tenía los rizos revueltos a causa de la carrera y su gesto, aparentemente despreocupado, contrastaba con la inquietud que podía observarse en sus ojos azules—. Parece que este mercado tiene un problema contigo, *ragazza*.

—¿Quién ha sido? —Exigió saber Davina, adivinando la respuesta de inmediato en la expresión de su hermano—. ¿Es que se ha vuelto loco?

—Hace tiempo que perdí la esperanza en que recobrarla la inteligencia.

—¿Podría habernos matado!

Kendall alzó la vista hacia la terraza donde habían estado desayunando y vio a Callen recorrer el pequeño espacio que conducía a las escaleras del mercado. Lo siguió con la mirada hasta que desapareció y contempló el arco que sostenía en su mano. El mismo con el que la había salvado, nuevamente.

Horas después y de vuelta a su encarcelamiento, Kendall había decidido aprovisionarse por sus propios medios de un seguro de vida. Con un golpe seco, había destrozado el extremo de la mesa y afilado aquel trozo de madera con el que defenderse. Estaba convencida de que aparecerían para acabar el trabajo fallido en el mercado y aquella vez estaría preparada para el ataque.

Sin embargo... cuando la puerta se abrió, no esperó encontrar unos ojos que le devolvieron el gesto con asombro. Callen estaba de pie junto al umbral, visiblemente confundido. Al cabo de unos segundos, ella pudo notar cómo el mohín de una sonrisa se dibujaba lentamente en su semblante.

—¿Vas a atacarme con eso?

Kendall encontró insultante su pregunta y agarró con fuerza el trozo afilado.

—¿Quieres comprobarlo?

—Suelta el palo, anda.

Se dirigió hacia ella con paso firme y retrocedió de inmediato cuando ella blandió el listón de madera, trazando certeros movimientos en el aire. La mirada de Callen se endureció evaluándola en silencio. Sonrió misteriosamente y, con un infalible movimiento, atrapó el extremo tirando de él. La inercia hizo que su cuerpo saliera disparado y terminara chocando contra Callen, que ya la sujetaba por los brazos.

—¿Cuántas mesas has destrozado?

—Solo una. —Contempló la mueca divertida en él y el brillo aparente de una situación que tenía más que controlada—. ¿Por qué has venido?

—Davina ha creído oportuno que vigilara por si alguien decidía acabar

nuevamente contigo.

—No necesito que me protejas.

—Desde luego —insinuó señalando mordazmente el listón fabricado. Su brazo todavía la tenía sujeta con firmeza.

—Con esto podría partirme la pierna —le advirtió.

—No me cabe la menor duda —susurró. Entonces bajó el mentón para ocultar una sonrisa silenciosa. Kendall contuvo la respiración de pronto, su pulso se había disparado de golpe y una corriente electrizante, hasta el momento desconocida, estaba recorriéndola sin control. Supo que él ya se había percatado de ello—. Pero hoy, no será ese día.

Una claridad desbordante se expandió ante ella cuando los labios de él descendieron sobre los suyos, intensos y desmedidos. Luego ya no recordó más.

«Omnia vincit amor et nos cedamus amori»
«El amor todo lo vence, rindámonos también nosotros al amor»

Bucólicas de VIRGILIO

XII

—¿Qué ha sido ese ruido?

El chico Rinaldi permanecía en el asiento trasero del vehículo, en una postura confiada y dócil. Era alto, delgado y su cabello rubio brillaba como el sol naciente. Toqueteaba impaciente con el dedo la maleta que traía consigo mientras esperaba entrar en el *ghetto*. Pudo notar la mueca irónica de Alexey a su lado.

—¿Es que no lo oís? —insistió—. Parece que viene de... ¿qué hay en el maletero?

—Una persona —respondió Alexey.

El chico rio sin creerlo.

—¿Para qué querría mentirte? Hay una persona desmayada en el maletero que en cuestión de minutos despertará y comenzará a pegar gritos.

—Tienes un extraño sentido del humor, ¿no te lo habían dicho nunca? —expuso Rinaldi, agarrándose al manillar cuando el coche derrapó entre el sendero que los estaba conduciendo al *ghetto*.

Sezja estaba limitándose a seguir el único camino que se abría paso ante ellos.

—Lo de extraño es nuevo.

—¿Lleváis mucho tiempo aquí?

—Como si fuera ayer...

—Ah —dijo el chico, lanzándoles una mirada extrañada.

—Cierra el pico —siseó Sezja—. O comenzará a sospechar.

—Cuando el remilgado entre en shock, no digas que no te lo advertí.

—¿Por qué estáis murmurando?

Alexey respiró ruidosamente, perdiendo la paciencia de pronto.

—¿Dónde podemos encontrar a la chica Ivanova?

—¿A quién?

—A la chica secuestrada, ya sabes.

—No sé de qué estáis hablando.

Sezja frenó de golpe cuando el grito de auxilio procedente del interior del maletero se hizo patente por todo el interior del vehículo. Rinaldi los evaluó con una mezcla entre asombro y desconcierto.

—¿Quiénes sois?

—¡Quítalo de en medio!

—¡No, no, no! —suplicó el chico cuando Sezja alzó el puño en alto—. Puedo... puedo ayudaros a conseguir lo que sea que estéis buscando.

—Verás, Rinaldi... —Alexey agarró las solapas de su perfecta camisa planchada, ejerciendo la suficiente fuerza para que él prestara atención a sus palabras—. Si tuvieras secuestrado a alguien en este lugar, ¿dónde lo esconderías? Hipotéticamente hablando, claro.

—Sois de ellos, ¿verdad? ¿Cómo habéis logrado...? Está bien, no es asunto mío. El antiguo granero —reveló—. Deben haber metido a uno de los vuestros en una de las habitaciones de los criados. Reformaron el edificio hace unos años.

—¿Dónde está ese granero?

—Justo ahí.

Señaló uno de los cuatro edificios que se encontraban próximos a la callejuela donde se encontraban escondidos. Sezja contó mentalmente el número de hombres que permanecían armados de pies a cabeza, ocultándose justo cuando un grupo de soldados pasaron a escasos metros de ellos.

Volvió en sí cuando escuchó el eco de las pisadas y agarró al chico Rinaldi con toda su fuerza. Le hizo un gesto para que guardara silencio y, mientras, aquellos guardias volvieron a perderse en la lejanía.

—Si descubro que nos has mentido —le amenazó—. Te encontraré y...

—Confía un poco en el remilgado —intervino Alexey—. ¿Crees acaso que nos mentiría, sabiendo que podemos cortarlo en pedacitos?

—Kendall está en algún sitio de este maldito lugar. —Su corazón palpitó deprisa ante aquella posibilidad—. Y voy a encontrarla aunque sea lo último que haga.

—Pensaba que habíamos venido a visitarla —ironizó su compañero.

—¿Kendall?

El chico Rinaldi entrecerró los ojos de pronto.

—¿No decías que no sabías de qué estábamos hablando?

—No. —Agitó la cabeza de un lado a otro, recomponiéndose al instante—. No puede ser ella.

—Está bien... rarito —acentuó Alexey mirándole de reojo y dirigiéndose a Sezja después—. ¿Qué se supone que hacemos ahora?

—Entraremos ahí dentro y luego encontraremos a mi hermana.

—¿Y el remilgado?

—Ya sabes lo que debes hacer —le instó Sezja.

Cuando el chico Rinaldi fue a protestar, Alexey ya lo había dejado sin

conocimiento en el asiento.

—Es por tu bien —dijo con cierto pesar—. Estabas comenzándome a caer bien.

—Encuentra a Kendall. Tengo un plan.

Salieron del vehículo deprisa y cruzaron hasta el otro extremo de la calle. Los guardias seguían apostados en la entrada y Sezja había agarrado una de las antorchas que colgaban de los tiradores de aquel edificio en el que estaban escondidos.

—¿Es que vas a incendiar este lugar?

—Es exactamente lo que voy a hacer —contestó mientras una espesa capa de aire sólido barrió todo a su paso, envolviéndolos en una bruma densa y peligrosa.

Kendall se removió inquieta segundos antes de abrir los ojos, encontrándose en una habitación diferente. Se fijó en las armas colgadas de las paredes y comprendió al instante donde se encontraba, en la habitación de Callen, donde ya fue a parar la primera vez que intentó huir.

Un sentimiento candente nació en su interior cuando comprendió que este la había dejado encerrada. Se apresuró a levantarse para comprobar que sus suposiciones no iban del todo mal encaminadas y vislumbró el bote depositado detrás de la lámpara de aquella mesa. Leyó con atención el fármaco con el que la había sedado.

—Maldito seas, Callen...

—Supuse que sería la mejor forma de traerte hasta aquí.

Su silueta se apoyaba en la puerta del baño, observándola con detenimiento. Kendall lo fulminó con la mirada y se acercó a él propinándole un certero golpe en el pecho que ni siquiera pareció surtirle efecto.

—¿Quieres dejarlo ya?

—¿Cómo te atreves a...? —No llegó a pronunciar el resto.

La agarró por la cintura y la cargó sobre su espalda como un saco de verduras. Era la segunda vez que hacía aquello y Kendall no estaba dispuesta a consentir una tercera. Pataleó hasta que él volvió a soltarla de vuelta en la cama. Cuando quiso darse cuenta, ya estaban lo suficientemente cerca el uno del otro. Callen la tenía inmovilizada por las muñecas y su mirada estaba clavada sin contemplaciones sobre la suya. Se fijó en la curva de su mandíbula y en cómo su barba se amoldaba a su rostro. Le lanzó una sonrisa misteriosa

cuando comenzó a hablar.

—¿Te has calmado?

—Lo haré solo cuando encuentre la forma de borrarle esa estúpida sonrisa de la cara.

—Intento mantenerte con vida. —Kendall sintió sus ojos fijos y profundos, estudiándola con atención.

—¿Drogándome?

—Solo te he sedado —aclaró, restándole importancia—. No estabas segura en esa habitación. Cualquiera hubiera podido entrar en cualquier momento y...

—Y hubiera bastado con decirme que me traerías aquí. Sin más...

—Te recuerdo que quisiste atravesarme con ese palo. ¿Crees que habrías confiado en que estuviera diciéndote la verdad? No eres de las que se deja ayudar fácilmente.

—¿Y por qué querrías ayudarme? —Quiso saber entonces—. ¿Por qué tomarte tantas molestias para mantenerme con vida? Te vi en el mercado cuando disparaste a ese perro antes de que me alcanzara... ¿por qué?

—Porque me apenan las causas perdidas.

Soltó una carcajada cuando Kendall estuvo a punto de escaparse de sus manos para volver a pegarle. Callen parecía encontrar cómicos aquellos ataques. Había algo en él... en el modo en que fijaba aquellos inescrutables ojos sobre los suyos. Aquel roce de desafío, de instinto, de protección. Y de pronto notó sus labios aprisionándola de lleno, entrecerrando sus dedos con los suyos y liberándola. El calor se expandió por toda la habitación y, para cuando quiso ser consciente, ya estaba demasiado perdida entre sus besos. Ahogó un grito sordo cuando la mano de él traspasó la tela de su blusa y pudo notar el frío en su estómago. Acarició la cicatriz en forma de flecha que estaba grabada en su cuello, sin tiempo a pensar cómo debía habérsela hecho. «Seguramente luchando con algún pobre tipo al que terminó matando», se dijo.

Callen profirió un gemido, mitad gruñido, mitad canturreo, y Kendall hizo oídos sordos al punzante latido de su corazón que la inmovilizó por completo. Nunca escuchar un sonido había resultado tan gratificante.

—Kendall... —susurró entonces y ella sintió cómo todos los poros de su piel le respondieron.

Entremetió los dedos entre su melena y luego tiró hacia ella mientras sus piernas lo rodeaban por la cintura. Callen desabrochó los primeros botones contemplándola en silencio durante varios segundos. Pudo ver el

brillo de deseo en sus ojos antes de volver a besarla.

Un sonido familiar inundó toda la habitación, sobresaltándolos en el acto.

—Deben haber descubierto que me he escapado —murmuró ella.

—Eso es imposible...

Kendall se incorporó de golpe consciente de que él ya estaba de pie en el extremo de la cama, colocando una daga diminuta en el dobladillo de sus pantalones.

—Y pronto sabrán que me tienes retenida...

—¿Retenida? No parecías muy disgustada hace un instante —la cortó con cierto descaro antes de acercarse a ella.

—Vendrán a buscarme de todos modos.

—No te buscan a ti —fue lo único que dijo cuándo cargó su espada al hombro—. Quédate aquí.

Pero ella no estaba dispuesta a esperar. Agarró otra de las espadas de exhibición, colgadas en la habitación de Callen, y pensó que a ese paso lo dejaría sin adornos. Salió al pasillo y oyó el estruendo procedente del exterior; las voces de los soldados entremezclándose con un espeso humo que estaba filtrándose por las rendijas.

Miró a ambos lados adentrándose por una de las escaleras que se abrieron paso enfrente de ella. Las subió a toda prisa intentando pensar en un plan de escape. Llegó a la parte más alta del edificio y se encontró a sí misma escalando por los tejados como la primera vez que intentó huir. Las tejas se descolgaban a medida que avanzaba, cayendo al vacío y rompiéndose a su paso. Evitó mirar al suelo y comprobó esperanzada que se encontraba a escasa distancia de lo que parecía una terraza. Colocó un pie en el suelo, reconociendo aquel lugar de inmediato, y una mano la atrapó haciéndola retroceder hacia atrás y cubriendo su boca para que no pudiera gritar.

—Tranquilízate, princesa —susurró una voz familiar. Adivinó que podría reconocerla en cualquier parte del mundo. Dio media vuelta para abrazarle y las manos de Alexey la acunaron entre su pecho—. Ya estoy aquí, cálmate... estoy aquí.

—¿Cómo has logrado...? —balbuceo Kendall recibiendo una mueca divertida de él.

—Es una pregunta interesante. Pero creo que tenemos otras prioridades en este momento, ¿sabes salir de aquí?

—Hay una puerta principal —comenzó a decir pero Alexey negó con la

cabeza.

—Está repleta de guardias. —La sujetó contra él estudiando los alrededores—. Hemos tenido suerte de que todavía no nos hayan encontrado. A tu hermano se le ha ocurrido la brillante idea de incendiar uno de los edificios a modo de distracción.

—¿Sezja? —Notó su corazón acelerarse—. ¿Él está ahí fuera? ¡Podría estar en peligro! Debemos buscarlo.

—Eh, eh... —la tranquilizó Alexey reteniéndola en sus brazos—. No hace ni un minuto que te he encontrado, ¿ya quieres que te pierda de nuevo?

—Si lo capturan y descubren que es un Ivanov, lo matarán.

—No veo que eso haya sucedido contigo.

—Montesini cree que hemos secuestrado a uno de sus hijos. Incitaron a Sacha para que se reuniera en la vieja estación de tren para tenderle una emboscada y así secuestrarlo —explicó rápidamente—. Pero llegué a tiempo y me cogieron a mí en su lugar. No me han matado todavía porque creen que les indicaré el paradero y... bueno... salvé a Davina.

Alexey arrugó las cejas, confundido, sin entender demasiado toda la conversación.

—Es la hija de Montesini. —Kendall se encogió de hombros—. Por alguna razón ahora Marlon cree estar en deuda conmigo.

—¿Es que no podías limitarte a quedarte secuestrada?

—¡Como si lo hubiera planeado! —le espetó exasperada viendo el brillo de emoción en él. El mismo que se dibujaba en sus ojos ámbar cuando ella regresaba cada año a las Cumbres, después de meses sin verla.

La emoción de volver a verlo provocó que Kendall se arrojara en sus brazos nuevamente.

—Pensé que no volvería a verte, princesa —dijo—. Creí que no tendría la oportunidad de enmendar lo estúpido que fui aquella noche en el embarcadero.

—¿Lo fuiste?

—Soberanamente.

Pero la expresión de su rostro cambió y Kendall pronto se vio arrastrada hacia atrás. Alexey hizo un gesto para que guardara silencio y luego se colocó a un lado de la puerta entreabierta agarrando con fuerza la empuñadura de su espada. Alguien estaba subiendo las escaleras. Esperaron escondidos notando cómo los músculos de su piel se agarrotaron de pronto cuando aquella sombra apareció por el umbral.

—¡No!

Cuando sus ojos se encontraron supo que estaba furioso. Pudo ver la confusión en el rostro de Alexey, que volvió a ponerse en guardia cuando Callen se inclinó blandiendo la espada contra él.

—¡Parad!

—Lo haré cuando lo mate —contestó Alexey calmadamente.

—¡He dicho que paréis! —intervino de nuevo, interponiéndose entre ambos.

—El incendio no os ayudará a pasar desapercibidos por mucho tiempo. —La voz dura de Callen hizo reír a Alexey—. Ha sido una pésima idea venir esta noche.

—Para cuando intenten ponerme un dedo encima estarán muertos.

—Veo que la estupidez no es solo cosa de ella —puntualizó él con un leve movimiento de cabeza.

Kendall tardó medio segundo en reaccionar. Se colocó detrás de Callen y se impulsó sobre él, pillándolo desprevenido por la espalda en un ataque impulsivo.

—Apártate, Kendall —siseó, pero ella ya lo había hecho caer al suelo.

—¡Vete! —le ordenó a un Alexey claramente sorprendido.

—Debes haberte dado un buen golpe si piensas que voy a dejarte aquí.

—Él tiene razón —suspiró—. Si los guardias os alcanzan, os capturarán.

—Por eso deberíamos marcharnos cuanto antes.

—No lo entiendes —susurró Kendall consciente del miedo que se había apoderado de su cuerpo si aquello llegaba a ocurrir—. Marlon me liberará tarde o temprano por esa deuda que cree tener conmigo pero, si os captura esta noche, todos estaremos perdidos. Él no permitirá que salgamos de aquí sin pedirnos algo a cambio.

Alexey le devolvió una sonrisa mordaz escrutándola con los ojos.

—Si crees que he aguantado a tu hermano durante estos últimos días en vano, estás realmente equivocada, princesa. No voy a marcharme sin ti.

Una tercera silueta, que casi consiguió pasar inadvertida, apareció en la terraza de repente.

—Kendall —pronunció entonces la figura de aquel chico vestido de guardia y ella corrió hacia él reconociéndolo—. No vuelvas a hacerme esto.

Abrazó a su hermano con fuerza permitiéndose un segundo de tranquilidad a pesar del caos que los rodeaba. Lo estrechó fuertemente y notó

aquel beso en la nuca, como siempre desde que habían sido pequeños. Sezja estaba sano y salvo y ella volvía a respirar tranquila. Sonrió repleta de un amor desbordante cuando sus miradas se reencontraron.

—Siento interrumpir esta emotiva escena de hermanos —habló Alexey consiguiendo captar toda la atención—. Pero tu amigo ha escapado.

«Pero el amor nos crea y nos destruye.
Luego, nos transforma»

ANNA BAHENA

XIII

Dante corrió entre el tumulto de guardias que se encontraban en la calle, buscando a los dos sospechosos que se habían colado dentro de los muros del Canal. Sospechaba quiénes podían ser y eso solo complicaba las cosas mucho más. Habían venido a por ella.

—¿Dante? —Giró en redondo cuando escuchó una voz familiar.

—¿Gaston? —preguntó perplejo al ver al chico cubierto de sangre—. ¿Es la nueva moda en esa residencia a la que tu madre te envió?

—¿En serio? No he oído nada de eso... —bromeó y continuó hablando—. La última vez que nos vimos, estabas convencido de marcharte de este lugar.

—Preveo hacerlo pronto.

—Supongo que Marlon te necesita aquí. —Se rascó la cabeza en la herida y le lanzó una sonrisa a modo de disculpa—. Si te lo cuento, no me creerías. No hace ni una hora que he llegado y ya han intentado matarme.

—Para que luego digas que no somos originales con las bienvenidas. —Sonrió sarcástico.

Dante echó un vistazo a Gaston Rinaldi. No había cambiado mucho desde la última vez que lo había visto. Los músculos de sus brazos habían aumentado considerablemente a pesar de que todavía conservaba aquella fina complexión.

—Esos dos locos me han pegado un buen golpe.

—¿Locos? —Volvió en sí cuando le oyó decir aquello.

—Sí ya sabes... a esos dos que andan buscando. Han suplantado a dos guardias para colarse dentro de los muros. ¿Tenéis a alguien de los suyos secuestrado aquí?

—¿Sabes dónde están ahora?

—No lo sé... acabo de despertarme del golpe que uno de ellos me ha dado.

—¿Qué aspecto tienen?

—No lo recuerdo bien. —Dante vio que el chico parecía fatigado—. Uno era alto, moreno y tenía cara de pocos amigos... el otro era castaño y con un sentido del humor extraño. De hecho, ahora que lo pienso era bastante extraño.

Su voz se apagó cuando la figura de Callen los sorprendió.

—Rinaldi.

—Ah, eres tú —dijo con desdén para luego dirigirse a él—. Te veré por ahí, Dante.

—La han encontrado —señaló cuando el chico desapareció, dejándolos solos.

—¿Cuándo pensabas decirme que la *ragazza* estaba en tu habitación?

Callen alzó las cejas, sorprendido. No esperaba que Dante estuviera al corriente.

—A veces creo que olvidas quien soy. ¿Desde cuándo te tomas tantas molestias por alguien? —El cruce de acusaciones provocó que entrecerrara los ojos y lo acusara con la mirada—. No comparto las decisiones que toma mi padre pero si queremos salir de este lugar para siempre debemos medir bien los pasos y, por desgracia, tú no estás facilitándome ese trabajo.

—Quizá deberías marcharte pronto. —Con cierta facilidad, notó el tono de su voz frío—. Cada día que pasa, te conviertes un poco más en él.

Dante siempre había sabido emplear las palabras. Con el paso del tiempo se había vuelto experto en escudarse detrás de ellas, sabía lo que era causar daño tras una simple e inocente frase. Lo hacía a menudo con sus hermanos, especialmente con Enzo, con quien había descubierto el reconfortante placer de verlo enfurecer. Sin embargo, el chico que se encontraba justo en esos momentos frente a él, había sido lo cuidadosamente paciente como para descubrirlo y devolverle el ataque.

Kendall se replanteó su miedo a las alturas cuando volvió a colocarse en la cornisa de la terraza, echando un leve vistazo a la panorámica del lugar. Había ajetreo abajo, procedente del edificio que su propio hermano había incendiado. Caminó con cuidado para no caer al vacío, sintiendo la presencia de Sezja detrás de ella. Para entonces, medio Canal los estaría buscando.

—¿Sabe madre que estáis aquí?

—Dudo que sepa siquiera que estás secuestrada —comentó despreocupado Alexey mientras la ayudaba a bajar.

—¿No sabe que estoy secuestrada?

—No he creído necesario preocuparla —le informó Sezja.

—¿Me estás tomando el pelo?

—Deberías darle un respiro. —Ella apenas escuchó el tono jocoso con el que Alexey lo había pronunciado—. Tu hermano está esforzándose todo lo

que puede en mejorar ese humor tan seco que lo caracteriza...

—Si madre descubre que Marlon te ha tenido secuestrada iniciará la guerra y no estamos preparados para enfrentarnos a los Montesini. No en estos momentos, Kendall.

Descubrió que Sezja estaba ocultándole algo al respecto.

—¿Por qué?

—Confía en mí —le pidió, echando un último vistazo desde donde se encontraban.

Aquella azotea proporcionaba las vistas necesarias para hacer un mapa mental de la situación. Alexey silbó, señalando la parte oeste del Canal donde las luces parpadeaban sin cesar.

—Parece que no seremos bienvenidos por aquel lugar.

—De hecho, os matarán en cuanto os acerquéis.

Reconoció aquella voz al instante. Sus ojos no la perdieron de vista cuando se acercó a ellos y Kendall tuvo la sensación de que esa vez no iba a dejarlos escapar. Al lado de Callen, se encontraba Dante, visiblemente relajado y observándolos con curiosidad.

—No seas exagerado Callen —punzó Dante con gracia—. Mi familia se declaró en contra de la mutilación ya hace unos años... ahora solo decapita.

—¿Qué hacéis aquí?

—Lo cierto es que venimos a deteneros. Espero que no te hayas olvidado de nuestro trato.

—¿Quiénes son estos?

Alexey, que parecía perplejo, desenvainó la daga de forma amenazadora.

—Ya veo quién era el irónico... y quién el de las malas pulgas —contempló con descaro Dante, echando un breve vistazo a Sezja que parecía esculpido en una máscara de frialdad—. ¿Es tu hermano, *ragazza*?

—Esperemos que no tenga su humor —puntualizó mordazmente, Callen.

—Normalmente disfruto con este tipo de espectáculos, pero tenemos un largo camino de regreso a las Cumbres —anunció de pronto Alexey, perdiendo la poca paciencia que le quedaba.

Dio un paso al frente y descargó toda su fuerza en el primer impacto sin esperar que Callen lo estuviera esperando.

—Sal de aquí...

Sezja la apartó hacia un lado cuando Dante se dirigió hacia él. Algo en el modo de moverse lo hizo increíblemente familiar de repente. Tenía una

mirada inalterable, como si estuviera seguro de qué haría con Sezja cuando sus espadas se enfrentaran. Kendall había visto esa mirada antes en el rostro de una persona a la que conocía realmente bien, sin embargo, aquel pensamiento se desdibujó de su mente cuando la presencia del chico pasó a escasos centímetros de ella.

—Veamos qué puedes hacer, principito.

Se movió rápidamente para esquivar el asalto de Sezja, quien hubo de agacharse para no recibir un corte demasiado profundo. Dante agitó su cabeza apartándose los rizos oscuros que le cayeron sobre el semblante y volvió a atacar. Sezja evaluó todos sus movimientos y alzó la espada cuando encontró un resquicio en su costado, arañando la superficie de piel que cubría el uniforme.

—Debo reconocer que eres bueno, aunque la *ragazza* también lo es. Supongo que es hereditario, ¿verdad?

—Quédate dónde estás, Kendall —señaló su hermano sin perderla de vista cuando ella intentó intervenir.

Haciendo caso omiso, alzó nuevamente la espada pero Dante fue más rápido.

—¡No!

—No quiero hacerle daño, *ragazza*. —Vio la sangre en Sezja—. Incluso puedo ayudarles a escapar si se marchan ahora. Piénsalo bien... eres inteligente. Si mi padre los captura, jamás saldrán del Canal. Te prometí sacarte de aquí pero no podré hacerlo con ellos.

—¿Cómo sé que cumplirás tu palabra?

—No lo sabes —negó a pesar de que sus ojos parecían estar diciendo la verdad—, habrás de confiar en mí.

—¡Sezja! —gritó Alexey en el otro extremo—. ¡Están subiendo por las escaleras!

Sezja se interpuso entre ambos con la espada en alto, apuntándole directamente.

—Te mataré Montesini.

—Matarme solo hará que caves todavía más honda tu propia tumba. Márchate ahora...

—No voy a irme sin mi hermana.

—Está protegida por mi padre. —Le lanzó una dura mirada—. Vosotros no.

Fue la primera vez que distinguió en los ojos de Sezja un resquicio de

temor.

—Sezja...

—No me pidas que te deje aquí...

—Debemos irnos, ya —insistió Alexey. La miró esperando una reacción por su parte y fue entonces cuando pareció comprender la situación —. ¿Princesa?

—Es la única forma de que no os maten, Alexey. Debéis irnos.

Se produjo un silencio antes de que él lo interrumpiera de nuevo.

—Está bien —meditó Alexey, lanzándole una mirada de advertencia a Sezja—. Soy su guardián. Me quedaré junto a ella.

—¡No! —Notó su propia voz lejana y extraña—. ¡No eres mi guardián! ¡Dile que no tiene que hacerlo! —se dirigió a su hermano—. ¡Maldita sea, Sezja, díselo!

—Es mi decisión, princesa.

—¿Desde cuándo te acoges a ese maldito juramento, Alexander? —Enfadada se encaró hacia él.

—Debes irte, Ivanov.

Alexey ignoró por completo su pregunta, como si Kendall jamás la hubiera formulado.

—Sezja... por favor —suplicó.

Kendall no fue consciente de lo que estaba ocurriendo hasta que los guardias los alcanzaron, abriendo la puerta de aquella azotea con ferocidad.

—¡Mantente viva! —susurró.

Después todo transcurrió lentamente. Tan lento e irreal que apenas sintió el fugaz beso en la frente de su hermano cuando se alejó de ella arrojándose al vacío. Estuvo a punto de lanzarse tras él, si aquellas manos no la hubieran sacudido de pronto en mitad de todo aquel desconcierto. Gritó desolada notando cómo la desesperación más atroz la sacudía cuando su mirada se clavó en la figura de aquel chico maniatado, embestido por la atrocidad de aquellos guardias. Kendall no supo si llegó a pronunciar su nombre, solo vio el color castaño de su pelo alborotado cada vez más lejos... y cerró los ojos cuando aquella oscuridad la cegó por completo.

«La verdad se corrompe
tanto con la mentira
tanto con el silencio»

MARCO TULLIO CICERÓN

XIV

—¿Dónde está el otro?

—¿Qué otro? —preguntó Callen con voz calmada.

—No se haga el idiota conmigo. Han entrado dos sospechosos.

—No había nadie más en la azotea. Solo aquel... —señaló con un seco vistazo hacia el chico que se encontraba maniatado a la espera de la llegada de Marlon.

—Un soldado de nuestra guardia ha sido encontrado escondido en el maletero de uno de nuestros vehículos —les acusó el general Allegranti. Su aspecto malhumorado le hizo sentirse a gusto, la honestidad era una cosa que Dante siempre había apreciado en las personas a pesar de que no siempre resultase acogedora—. Gaston Rinaldi también nos ha confesado que fueron dos hombres los que le atacaron. De modo que, ¿dónde está el otro?

—Tal vez escapó cuando vio el poderoso ejército que posee, general... —bromeó Dante, haciéndole enfadar.

—No estoy para bromas, muchacho.

—¡Dante! —Su padre se dirigió a ellos. Su presencia bastó para acallar de inmediato al general que le dedicó un leve asentimiento de respeto—. ¿Dónde está la chica?

—Galtem se la ha llevado. Me temo que se ha desmayado.

Marlon lo evaluó con dureza.

—Interesante coincidencia, encontraros siempre en todos los líos.

—Significa que nuestra eficacia es inigualable, padre.

—Marchaos de aquí —les ordenó—. Tengo asuntos que resolver con el general.

—Desde luego, padre.

Dante les dedicó una sonrisa deslumbrante mientras se alejaba de ellos. Callen ya estaba descendiendo las escaleras sin pronunciar nada al respecto. Supo que algo lo inquietaba. Estuvo a punto de averiguarlo cuando la silueta de Davina los alcanzó a la salida. Su voz cantarina no tardó en llegar.

—¿Kendall está bien?

—Deberías no proclamar a gritos tu amor por la *ragazza*, Davina —le aconsejó Dante, acelerando el paso—. Alguien podría pensar que ahora te codeas con el enemigo.

—Como si a ti te importara lo que la gente piensa.

—No me tomes como ejemplo. Nuestro padre no podría soportarlo.

—¿Puedo verla?

—Deberías esperar hasta que despierte.

—Me habría encantado que hubiera escapado —confesó de pronto y luego se sorprendió de sus propias palabras. Un rubor incandescente cubrió sus mejillas.

—Tranquila, Davina. —Su hermano soltó una carcajada, acariciando tiernamente su cara—. No vamos a delatarte por pensar lo contrario, pero procura no decirlo cuando Lorenzo esté delante. Podrías herir su orgullo de Montesini.

—Suerte que nosotros no lo tenemos.

Sonrió entristecida y su dulce mirada se reflejó en la suya. Había soledad en ella, una profunda sensación de encierro que solo alguien como él podría entender. Pensó qué ocurriría con su hermana si conseguía finalmente escapar del Canal.

—¿Por qué estás mirándome de ese modo?

—No es nada.

—Andáis muy raritos últimamente —los escrudiñó sin éxito—. Iré a ver si puedo conseguir información acerca de ese chico al que han capturado. Cuando Kendall despierte, querrá saber qué tienen pensado hacer con él.

—No debería encariñarse con ella —objetó Callen, viéndola marchar—. No será bueno cuando la chica ya no esté.

—Dudo que haya sido la única que se ha encariñado. ¿Por qué no has sido honesto con el general Allegranti?

—La verdad a veces dista de ser justa, Dante.

—No te hagas el filósofo, compañero. Nuestra responsabilidad es para con la *ragazza*, no para con su árbol genealógico.

—Debemos encontrarlo.

—El principito no es responsabilidad nuestra.

—Le has mentado. —Sus ojos parecieron decepcionados—. Nunca has tenido intención de ayudarlo. Solo quieres retenerla para poder salir de aquí.

—En primer lugar, nunca habría conseguido salir —explicó Dante, notando cierto malestar en la mirada de Callen—. Y en segundo lugar, cumpliré mi promesa de sacarla de aquí. Hice un trato.

—¡Hiciste un trato porque sabías que no tendría más remedio que aceptarlo!

—Todos jugamos a este juego, Callen. La *ragazza* es inteligente, ¿por

qué crees que le ha pedido a su hermano que huyera? En el fondo confía en nosotros porque sabe que estamos al corriente de su mentira. Ni en sueños sabe dónde está Franco. Fuimos nosotros quienes le proporcionamos esa pista y ha sabido aprovecharla en su beneficio.

—Ella no cumplirá su parte del trato si capturan a su hermano. Hasta el más necio lo comprendería. Si no ayudamos a ese chico, olvídate de tu escape a Viena.

Cuando abrió los ojos se encontró observando a sí misma la desconchada pared de la habitación. Se incorporó de golpe llevándose la mano a la cabeza, mareada.

—No seas tan brusca, Kendall. Estás débil.

Galtem se encontraba inclinado frente a ella en el extremo de la cama. Su aspecto sereno contrastó con la mirada de alivio que le lanzó cuando la vio despertar.

—¿Lo habéis encontrado?

—No deberías angustiarte por eso ahora. —El hombre suspiró cuando Kendall clavó sus ojos en los suyos—. El chico Petrov está en prisión y tu hermano ha conseguido escapar pero me temo que por poco tiempo. Están buscándolo en estos momentos.

—¿Cómo sabe...?

—Sé muchas cosas acerca de tu familia, Kendall Ivanova.

—Y sin embargo, yo no sé nada de vosotros —musitó.

—Tu hermano sabrá arreglárselas solo. ¿No es así como siempre os ha protegido a ti y a tus hermanos?

No supo en qué momento se encontró estudiando a ese hombre con renovada desconfianza. Galtem sonrió, leyendo su pensamiento al instante.

—Tiempo atrás fui amigo de tu madre, Kendall.

—¿Usted? ¿Amigo de mi madre?

—La enemistad entre tu familia y los Montesini no siempre fue como lo es ahora. Tú, más que nadie, deberías entenderlo. Salvaste a Davina y, en cierto modo, sientes afecto hacia ella y los chicos.

—¿Los chicos? —preguntó alzando las cejas con sorpresa.

—Dante y Callen, naturalmente.

—No siento nada por ellos.

Y no estuvo del todo segura de aquello. Galtem cruzó las piernas en lo

que a ella le pareció un movimiento demasiado sutil para un hombre de aspecto fiero.

—Lo quieras reconocer o no, tienes más cosas en común con ellos que con cualquier otra persona que hayas conocido antes —explicó—. Y apuesto a que tú misma lo has comprobado con tus propios ojos. Fíjate en Davina o en Dante, aprisionados en su propio hogar decididos a aprovechar cualquier oportunidad para escapar... ahogados bajo las exigencias de Marlon, ¿no es así como te sientes cada vez que regresas a las Cumbres?

—Yo nunca he querido huir de mi familia.

—Pero lo has hecho de tu madre. —Lo miró preguntándose cuántas cosas acerca de su vida conocía aquel hombre misterioso—. De alguna manera, lo que creías era un castigo... ha resultado ser tu mayor salvación. Luego está Callen. —Rio, continuando con su discurso—. Condenado a este lugar por voluntad propia.

Kendall pegó un salto de la cama, intimidada.

—¿Cómo sabe todas esas cosas? —preguntó decidida a descubrir la verdad—. ¿Y por qué siento que trata de decirme algo con todo esto?

—Siempre has sido una chica audaz. —La puerta se abrió y Davina apareció ante ella—. Oh... la encantadora Davina viene a visitarte.

—¡No! ¡Espere! ¡Galtem!

El hombre dio media vuelta, lanzándole una sonrisa antes de salir por la puerta. En sus ojos pudo vislumbrarse una nostalgia, incapaz de ser expresada en palabras. Le guiñó un ojo, susurrando algo que no llegó a oír, y las dos chicas quedaron solas en la estancia.

—Es un hombre un tanto... reservado —murmuró Davina.

—¿Quién es?

Kendall no pudo ocultar la curiosidad que Galtem había despertado en ella, sobre todo ahora que había descubierto que sabía muchas más cosas acerca de su familia de lo que nunca hubiera imaginado.

—¿Galtem? —se cercioró Davina, Kendall asintió—. Es un buen amigo de nuestra familia. Siempre ha cuidado de nosotros... sobretodo de Dante. Es su padrino, ¿lo sabías? Tienen un vínculo especial. Como tú y...

—Alexey —pronunció en voz alta.

Davina asintió y le devolvió la mirada entristecida.

—Lo siento Kendall.

—No es culpa tuya.

—Pero sí de mi padre —dijo—. Él no hubiera entrado en el Canal de

no ser por la situación en la que te encuentras. Ese chico parece importarte, ¿no es cierto? Galtem dijo que se entregó porque era tu guardián.

—Es más que eso —declaró—. Siempre ha sido más que un guardián.

Kendall volvió a oír aquel ruido de nuevo. Era parecido al repiqueteo de una diminuta piedrecita chocando contra el cristal de la ventana, una y otra vez. Se levantó de la cama y se dirigió hacia ella. Asomó la cabeza y vio la figura de alguien en mitad de la noche. La luz azul parpadeó dos veces en la oscuridad. Abrió la ventana y esperó.

—¿Por qué has tardado tanto? Estaba congelándome ahí fuera —señaló Alexey cuando pisó el suelo de su habitación. Se acomodó en la cama, lanzándole una mirada sugerente. Su sonrisa pícaro no tardó en llegar—. ¿Todavía sigues poniéndote este pijama horrible?

—¿Y por qué no lo iba a hacer? —Cerró la ventana volviendo a la cama y se tapó hasta arriba con el edredón, percatándose de que Alexey también se había tendido—. ¿Puedes parar de moverte de una vez? Intento dormir, Alexander.

—¿Has vuelto a discutir con Katherine?

—¿Cómo lo adivinas siempre?

—Porque... —hizo una pausa, presumidamente—. Porque siempre que discutes con ella, me llamas Alexander. Si quieres puedo hacer que lo olvides rápido.

Kendall no pudo evitar aquella sonrisa traicionera. Adivinó que él la había sentido.

—¿Es que siempre estás pensando en lo mismo?

—No tengo mejor cosa que hacer. Además, mañana te marcharás de nuevo a esa condenada residencia y, volveré a aburrirme soberanamente en este lugar.

—Siempre puedes venir a verme.

Alexey se giró para mirarla en la oscuridad.

—¿Quieres que vaya a verte, princesa? Creía que no podías recibir visitas.

—Solo pongo una condición.

—¿Cuál?

—Que dejes de pronunciar princesa de esa forma —adivinó el modo en que estaría mirándola incluso, aunque no lo pudiera contemplar con claridad. Podría dibujar su rostro desvergonzado de memoria con una ceja

alzada y elevando la comisura de uno de los extremos de su boca—. Duérmete, anda.

—Lo haré. Pero soñaré contigo, princesa.

Dante caminó apresuradamente entre los jardines sin mirar atrás. La antigua villa Montesini era uno de los lugares más ostentosos del *ghetto*. Su padre la había heredado de sus antepasados. Pasó cerca de las mesas donde cada mañana sus hermanos y él desayunaban y entró por la puerta secundaria que lo conduciría directamente al salón principal. La casa estaba en silencio y adivinó, por la oscuridad de la noche, que todos permanecerían dormidos. Subió las escaleras y giró en sentido contrario a su habitación, caminó unos metros hasta el enorme busto perfilado a mano de su padre que adornaba el pasillo, y se detuvo en seco. Cuando giró el pomo de la puerta, Galtem ya lo estaba esperando sentado en su habitual escritorio de roble.

—Buenas noches, Dante.

—Lo he encontrado —reveló acercándose a la cama y sentándose en ella—. En la orilla del río. El guardia de seguridad no se ha percatado de la misteriosa sombra escondida entre los matorrales, no es de extrañar que puedan acceder al Canal con tanta facilidad.

—Dales un respiro —continuó Galtem escribiendo en aquel papel—. Han tenido una noche ajetreada.

—¿Por qué te interesa tanto que ese chico llegue a las Cumbres?

—No es buena idea tenerlo retenido aquí. Tu padre no es consciente del peligro al que nos expondría siuviéramos a dos Ivanov secuestrados en el Canal. —Hizo una pausa—. Y más cuando se trata del heredero.

—¿Es que es el principito de las Cumbres?

Dante se estiró apoyando las dos manos hacia atrás, soñoliento.

—Pronto aprenderás, querido Dante, que existen personas por las que será maravilloso ponerse en peligro una y otra vez. Incluso aunque seas la persona más egoísta del mundo

Dante pudo notar el tono burlón en las palabras de su padrino.

—¿Por qué todo el mundo me lo recuerda últimamente?

—Tal vez esperan que demuestres que no lo eres. —Le dedicó una sonrisa afectuosa y volvió a sumergirse en sus escritos—. Que descanses, hijo.

«Hay muchos hombres, dijo la Bella,
que son peores monstruos que tú,
y yo te prefiero a pesar de tu aspecto...»

LA BELLA Y LA BESTIA

XV

Kendall tuvo la impresión de que la vida tenía un agudo sentido del humor cuando caminó por aquellos jardines, custodiada por dos guardias. Se había vestido con la blusa que Davina había depositado en una silla antes de marcharse. Habían estado hablando durante horas hasta que ella se había quedado dormida en su cama.

—Buenos días, Kendall. —Se centró en aquel hombre robusto de ojos verdosos que la estudiaba con interés. El regocijo en su mirada hizo que ella apretara los dientes mucho más—. Siéntate, te traerán el desayuno enseguida. Espero que no te importe que Isabella esté presente en nuestra conversación.

Negó con la cabeza echando un fugaz vistazo a la mujer rubia cuyos labios estaban pintados de un color carmesí, la contemplaba también en silencio. Sus cejas parecieron dibujadas a mano y su sonrisa, protuberante, de pronto le resultó familiar.

—Vienes a proponerme algo, ¿no es cierto?

—Dejarás libre a Alexey.

—De modo que así es como se llama. Mis soldados no han conseguido sacárselo. —Marlon bebió un trago de alguna bebida que le pareció vino—. ¿Y por qué haría tal cosa? Después de todo, sois vosotros los que habéis traspasado mis terrenos.

—Tienes una deuda conmigo. —Sus ojos se posaron en los suyos, interesados de pronto—. Mi madre todavía no sabe que estoy secuestrada. Si ella llega a descubrirlo, no habrá soldados suficientes tras los que puedas esconderte.

—Katherine no es una amenaza para mí.

—¡Oh! Créeme... no deberías tentarla.

El semblante de Marlon se tornó serio, amenazador, dañino y directo.

—Vuestro ejército no será nada comparado con lo que ocurrirá si uno de vosotros vuelve a poner un solo pie en mis terrenos. Sin embargo, todavía te necesito aquí.

—¿Para qué?

—Estoy convencido de que pronto lo averiguarás. —Hizo un gesto para que comenzara a comer cuando una de las sirvientas trajo su plato—. Sírvete.

—¿Es por Franco? —preguntó Kendall masticando con cierto temor. Probablemente la comida estuviera envenenada.

—¡Kendall! —gritó de pronto una voz cargada de entusiasmo. Davina corrió hacia ella mientras su corta melena ondeaba con brío—. No ha hecho nada. ¿Están amenazándote?

—Muestra un poco más de respeto, Davina —amonestó Isabella con dureza.

—Tú no eres mi madre, ¿recuerdas?

—No veo que ella esté aquí para recordártelo.

—Y yo no veo por qué ocupas su asiento —pronunció fríamente Davina.

—Basta —cortó Marlon a ambas—. Siéntate y desayuna con nosotros.

—¡Kendall no tiene la culpa de que ese chico no quiera marcharse!

Ella agitó los brazos en alto, consciente de que todo el mundo estaba mirándolos.

—¿Cómo?

—¿No lo sabes? Mi padre le ha ofrecido la libertad a tu guardián y él no la ha aceptado. Dice que no se marchará de aquí sin ti.

—Lo cierto es que me bastó un comentario de Davina para saber que ese chico no regresaría a las Cumbres sin ti. Después de todo, no puedes reprocharme que no haya sido benevolente. Mi deuda ya ha sido saldada, Ivanova. Qué lástima que ya no tengas nada interesante que ofrecerme.

Kendall miró duramente a Davina que inclinó la cabeza culpablemente. No estaba segura de cómo sentirse al respecto, si furiosa con ella por haberla traicionado o consigo misma por haber sido tan ingenua. Él había jugado con ella sabiendo de antemano que Alexey había declinado su libertad. Ahora ya no contaba con una carta a su favor. Estaba igual que al principio: en peligro.

Kendall se levantó de su silla, incapaz de continuar un minuto más rodeada de todos ellos. Furiosa, dio media vuelta para volver sobre sus pasos a sabiendas de que Marlon Montesini no le había dado permiso para hacerlo. Ello no le importó lo más mínimo.

—¡Kendall espera...! —gritó Davina, cogiéndole la mano cuando ella se levantó de la mesa. Instintivamente, Kendall la apartó de forma brusca, tanto como si la hubiera quemado—. ¡No es lo que piensas, en serio! Mi intención no era otra que ayudarte.

—¿Sabes qué? ¡No lo hagas más!

—¡No, por favor, Kendall! —Sintió cómo las lágrimas comenzaban a asomar por sus ojos y miró hacia otro lado—. No sabía que todo esto era una trampa...

—No vuelvas a acercarte a mí.

—No hacía falta que lo dejaras fuera de juego. Ahora creerán que lo hemos torturado.

Ambos sostuvieron el cuerpo inmóvil de Sezja Ivanov, introduciéndolo con cuidado en el asiento trasero. Callen guardó la única daga que le quedaba en el bolsillo del uniforme, esperando no tener necesidad de utilizarla. Dante ya había encendido el motor y pisado el acelerador a toda prisa.

—Hubiese bastado con maniatarlo.

—Tiene el mismo carácter impetuoso que la chica —señaló Callen con irritación.

—¿Desde cuándo te has vuelto temeroso?

—Desde que conduces. —Soltó una carcajada cuando le vio agarrarse al manillar para mantener el equilibrio mientras el todoterreno avanzaba. El sol brillaba con fuerza aquella mañana—. ¿Cómo has averiguado dónde estaba escondido?

—Nuestra disputa de ayer me hizo reflexionar. Me colé en la torre de control y soborné a uno de los guardias. Te sorprenderías de lo que puedes llegar a enterarte rodeado de tanto soldado. ¿Sabías que Trovato había regresado? ¿No era el mismo que tenía atemorizado a Lorenzo hace unos años? —Dante encontró aquello divertido y vio la mueca burlona en Callen—. En fin... después de varias horas lo vi. Estaba escondido en la zona este del río, entre la maleza. Sabía que intentaría llegar hasta esta parte de control.

—¿Cuál es el plan?

—Estoy improvisando. Ya se nos ocurrirá algo.

—No confío en tus planes.

—Mis planes nunca fallan —le recordó—. Además, tenemos a Galtem que ya debe estar en camino. Me temo que no podremos salir de forma oficial, si no tenemos una coartada decente.

Dante giró hacia la derecha, introduciéndose en la apertura que daba entrada al último control de vigilancia que debían atravesar para salir del Canal. Una vez traspasados los límites, podrían dejar al chico Ivanov en alguna zona cercana a la ciudad.

—¿Qué ocurre, Montesini? —Detuvo el vehículo bajando el cristal cuando uno de los soldados se acercó a ellos.

—Callen y yo estaremos varias horas en la ciudad.

—No tenemos constancia de ello. El Sir no nos ha informado de vuestra salida.

—Mi padre es un hombre ocupado —reiteró—. Seguro que lo habrá olvidado. Debe ser la edad. Lástima que hayan tenido que cambiarle la medicación.

El perfilado humor de Dante Montesini era algo a lo que todos ya debían estar acostumbrados. Al menos eso creyó cuando el soldado arrugó el ceño y estudió el asiento trasero.

—¿Qué lleva en el asiento?

—Unos cuantos abrigos. —Callen puso los ojos en blanco al oírlo—. Queremos donarlos a los sin techo de la ciudad. El alcalde Steelson estará encantado.

—Nosotros podemos enviarlos. No es necesario que...

—Verás... Giovanni —leyó en su indicador—. Dudo que mi padre esté contento con el servicio si descubre cuánto tiempo has estado reteniéndonos aquí.

—Lo siento, joven Dante —titubeó nervioso—. Pero es nuestro deber supervisar las entradas y salidas del Canal.

—¡Qué pena que no supervisarais a los dos sospechosos...!

El soldado tuvo intención de justificar aquello cuando dos focos los alumbraron de repente. Galtem estaba saliendo de su vehículo y, con rapidez, se dirigió hasta ellos.

—Deme su nombre —ordenó y el soldado palideció de inmediato—. ¿Por qué razón está entreteniéndolos?

—Solo supervisaba, señor.

—¿Es que necesita supervisar al propio hijo del Sir?

—No señor... pero... —Su padrino hizo un leve gesto para que los dejara continuar. El soldado asintió con nerviosismo y se apartó de la vista de aquel hombre que lo evaluaba con seriedad.

—Cerca de la vieja estación de tren hay un desvío. —Galtem apretó el hombro de Dante con afecto—. Id con cuidado.

—No soy el que conduce —murmuró Callen malhumorado.

Dante vaticinó el puño antes incluso de vislumbrar la sombra que se cernió tras él. Se agachó con un rápido movimiento para esquivarlo, siendo consciente de que su compañero se encontraba detrás. Callen profirió un

insulto y fulminó al chico Ivanov con la mirada.

—Ha creído conveniente devolvértelo —puntualizó Dante.

—Su hermana tiene el mismo sentido del humor —dijo el agredido, masajeándose la mejilla.

—La *ragazza* es más divertida —objetó.

—¿Dónde estoy?

—A salvo, Ivanov. Solo necesitarás a alguien que venga a buscarte... No creo que quieras regresar a las Cumbres a pie. —Le ofreció el teléfono.

—¿Por qué estáis ayudándome?

—Lo creas o no, tenemos cierto afecto por la *ragazza*. Tiene un sentido del humor fantástico... al menos lo suficiente para cabrear a Callen. —Sonrió complacido, moviéndose de un lado a otro como si estuviera ensayando una obra de teatro—. Además... para cuando todo esto estalle, estaremos en Viena. De hecho, estaré sentado en una de las butacas de la *Staatsoper*^[4] acordándome de vosotros.

—¿Cómo sé que no estáis tendiéndome una trampa?

—Me considero una persona paciente, pero no me pongas a prueba. —Le hizo un breve gesto para que hiciera aquella llamada—. No quiero sorpresas, Ivanov. Si tienes la fabulosa idea de iniciar una emboscada, tu hermana estará muerta en menos tiempo de lo que tarde en pulsar este botón.

De reojo, observó la mirada curiosa de Callen. Le guiñó un ojo cuando el chico inclinó la cabeza y comenzó a teclear.

—No espero que lo entiendas, principito, pero no la habéis ayudado. La *ragazza* hizo un trato con nosotros... trato que casi se desmorona por vuestro absurdo intento de rescatarla. Ese guardián suyo complicará todo habiéndose quedado encarcelado y mi padre no es demasiado indulgente con aquellos que atraviesan sus terrenos.

—¿Qué le haréis a Alexey?

—Seguramente sea condenado a muerte.

—¿Qué?

—No te angusties. Esperemos que mi padre cambie de opinión antes...

—Si les hacéis algo... —les amenazó—, seré yo mismo quien eche este canal abajo.

Debieron pasar unos diez minutos después de que aquel vehículo derrapara a escasos metros. Dante entrecerró los ojos, intentando ver más allá de las luces que los alumbraban. La puerta se abrió y vislumbró la silueta de una chica. Se encontró a si mismo observándola caminar como un espejismo

en mitad del desierto. Tenía el cabello rojizo recogido y pecas por aquel rostro ovalado y perfecto. Era delgada y, por su expresión, no estaba nada contenta de verlos.

—¿Qué demonios? —Se paró en seco. Estudió el uniforme que llevaba puesto y lo escrutó—. ¿Por qué vas vestido así?

—Vuelve al coche —ordenó el principito pero pareció recapacitar al momento—. Espérame en él.

—¡No te atrevas a darme órdenes Sezja! —vociferó la chica—. No después de pedirme que viniera hasta aquí. Te recuerdo que tienes una esposa...

—Natasha no podría haber salido sin tener que dar explicaciones primero. No podía confiar en nadie más, Vera.

—¿Dónde está tu hermana?

Se produjo un silencio más que relevante. El ambiente cambió en aquella explanada y la chica se cruzó de brazos, reparando por primera vez en ellos desde que había llegado. Sus ojos parecieron comprender algo al instante. Lo necesario para dirigirse a Dante y abofetearlo.

—Vera, ¡basta! —pronunció de pronto Sezja mientras la retenía por la cintura.

—¿La tienen secuestrada? —Se apartó con brusquedad—. ¿Cómo has podido ocultármelo?

—Te lo explicaré luego.

—No vas a explicarme nada —expuso, volviéndose hacia Dante que permanecía observándola con cierta fascinación. Vio la osadía de alguien que estaba dispuesto a todo por un ser querido y se preguntó si alguna vez lograría sentirlo. Si tendría a alguien que llegara a importarle más que sí mismo—. ¿Qué es lo queréis?

—Me temo que no se trata de dinero, *bella*.

—¿Eres su hijo? —Clavó sus ojos en los suyos, reconociéndolo—. Sí... eres el hijo de Marlon Montesini. Tienes la misma actitud despiadada y carente de emoción que tuvo cuando mató a mis padres.

La chica se acercó un poco más a él desafiándolo.

—Algún día tendrá su merecido y cuando eso ocurra brindaré delante de vuestras narices.

«Cuando dos personas son una
en lo más profundo de su corazón,
quiebran incluso la fuerza del hierro o el bronce»

Princesa Mecánica de CASSANDRA CLARE

XVI

Kendall estaba tumbada en la cama con las sábanas enrolladas en las piernas. El atardecer podía intuirse tras las rendijas de las persianas. La noche pronto llegaría y el temor a quedarse dormida convertía sus sueños en interminables pesadillas que conseguían atormentarla. Sabía que en el momento en que su conciencia se pusiera en marcha, sucumbiría a la peor de las torturas recordando por qué todavía no podía darse por vencida. Fue entonces cuando oyó la cerradura de la puerta chirriar lentamente hasta abrirse. Era Callen.

Se quedó en silencio, observándola de pie, sin intención de acercarse. Kendall comprobó la hinchazón en su cara y reprimió el impulso de preguntarle qué había sucedido. Aquel no era asunto suyo. Él no era su asunto.

—Tu hermano está a salvo —dijo.

—¿Qué? —La esperanza se desvaneció ante aquella duda—. ¿Cómo sé que no estás mintiéndome y no lo habéis capturado también?

—¡Maldita sea! Eres peor que esa chica pelirroja, amiga tuya.

—¿Vera? —Se incorporó de un salto, estupefacta— ¿Has estado con ella?

—Tu hermano la llamó para que lo recogiera. Dante y yo...

—¿Ella lo ha visto? —Lo cortó nerviosa—. ¿Cómo ha reaccionado?

—Es la primera vez que he visto a Dante más interesado en las palabras de alguien que en las suyas propias —satirizó.

—No estoy refiriéndome a él. —Puso las manos en alto, perdiendo la paciencia—. Estoy hablando de Vera.

Kendall caminó hasta sentarse en una de las butacas y apoyó las dos manos en la cabeza, exhausta. No supo cuánto tiempo estuvo así. Solo alzó la vista cuando notó su presencia cerca, demasiado como para no reparar en su respiración. Sus ojos parecieron brillar en mitad de aquella lúgubre estancia.

—Marlon mató a sus padres —confesó al fin—. Vera era muy pequeña cuando ocurrió. Puedo adivinar lo que ha sido para ella ver a Dante. Es como si hubiera tenido que hacer frente a Marlon de repente. Había pensado que, después de todo este tiempo, habría conseguido olvidarlo... pero me temo que mi presencia aquí solo empeorará ese sentimiento.

—Ella estará bien.

—¿Cómo puedes estar seguro?

—Lo he visto —confesó, deshaciendo uno de sus rizos entre sus dedos.

Callen cerró los ojos susurrando demasiado bajo para que pudiera entenderle. Cuando su mirada se posó nuevamente en Kendall ya había un roce de desafío en ella. Sintió sus labios sobre los suyos, agarró un mechón de su cabello revuelto y tiró cuando el beso se hizo más urgente. Callen alcanzó su blusa y le ayudó a quitársela, tomándose un rato para observarla en silencio. Kendall pudo ver el brillo de deseo en sus ojos y supo que la deseaba lo suficiente como para seguir negándoselo a sí mismo. Su corazón pareció hincharse al descubrirlo, provocando en ella una risa inesperada.

—¿Qué sucede?

—Nada...

—No hagas eso conmigo, Kendall. —Se apartó un poco para mirarla, descubriendo el latido de su corazón al oír su nombre en sus labios—. Háblame... incluso aunque me hagas enfadar después.

—De modo que te enfurezco.

—Más veces de las que crees. —Volvió a besarla.

—¿Y por qué sigues besándome?

—Porque he descubierto que prefiero besarte a estar discutiendo con Dante. —Puso los ojos en blanco posando la mano en su ojo malherido y lo acarició delicadamente—. Tu hermano ha querido que lo recuerde por un tiempo.

—Estás ardiendo —dijo ella, palpándole la frente—. Tienes fiebre. Debería llamar...

Callen agarró su mano, reteniéndola.

—Diré que viniste para comprobar que no había huido otra vez... —lo tranquilizó ella.

—¿Vas a mentir para salvarme?

—Voy a avisar al guardia...

—No hay nadie ahí fuera —consiguió articular entre delirios. El sudor estaba extendiéndose por su cara—. Me ofrecí para hacer la guardia.

—Estás enfermo...

Él atrapó su mano y se la llevó al pecho, sosteniéndola.

—Solo quédate —susurró.

Lo observó dormir mientras reparaba en el colgante que colgaba de su cuello. Se había recostado junto a él, contemplando cómo su torso respiraba

con calma. Había algo hermoso en el modo en que el silencio se amoldaba a su respiración. Ella ni siquiera había podido expresar con palabras la forma en que él había buscado su mano en la penumbra de aquella habitación, sosteniéndola como si tuviera miedo de que desapareciera. Lo había contemplado agitarse en sueños y, solo cuando había sentido su presencia de nuevo, había logrado entrar en calma. Sus ojos se abrieron y ella los contempló ensimismada.

—¿Cuánto he dormido?

—No mucho —respondió cuando él se removió en la cama—. No dejabas de delirar...

—No estaba delirando. —Callen jugueteó con los dedos de su mano—. Son pesadillas, las tengo a menudo.

—¿Por qué?

—Los demonios de mi pasado vienen a visitarme cada noche.

—Eso es demasiado siniestro incluso viniendo de ti —dijo Kendall viendo cómo él inclinaba la cabeza, ocultando una sonrisa real.

Fue en ese momento cuando notó aquel dolor dulce que se había depositado momentáneamente en un recoveco de su propio corazón. Para ella, verlo sonreír era igual a contemplar algo puro y auténtico por primera vez.

—Todos tenemos demonios, Kendall. Algunos luchamos cada día para derrotarlos a pesar de que nunca podamos vencerlos del todo.

—Lo dices como si no pudieras escapar.

—Nunca podemos escapar de quienes somos en realidad. Siempre habrá un momento en que la verdad salga a la luz y todo lo que escondemos se desmorone como un castillo de arena.

Negó con la cabeza.

—La sangre no determina quienes somos.

—¿Ni siquiera el destino? Ví como trataste a tu guardián la otra noche. —Sus palabras la atravesaron de golpe—. Hablaste de un juramento al que no querías que se acogiera.

—Alexey es mi guardián. Los astros quisieron que fuera de ese modo, que nuestro destino estuviera vinculado para siempre. En las Cumbres se cree que no existe amor más puro que ese: el reencuentro de dos almas que están destinadas a estar juntas. En las ceremonias de boda contamos la historia de Alioth y Berenice: las estrellas de la eternidad. Se dice que su amor jamás se consume porque revive en cada vida que viven.

—¿Y tú lo crees?

—Creo que el amor nace y se consume, que es en el intervalo cuando amamos hasta consumirnos y que no hay nada más real que lo que sientes en vida. Todos morimos al final. Nada es eterno.

—Y sin embargo, vuestros sentimientos son reales.

—Lo son —reconoció en voz alta—. Alexey siempre será una parte de mí.

Un destello cruzó sus ojos y los cubrió de emoción.

—Puede que no esté a salvo.

Y supo en lo más profundo de su corazón que algo malo estaba sucediendo. Aquel incesante hormigueo le recorrió la piel y una brusca sacudida, parecida a una llamarada de fuego, la ahogó dejándola momentáneamente desamparada.

—¡Kendall! —Davina aporreó la puerta desde fuera con insistencia—. ¡Es Alexey!

La multitud rodeaba la plaza. Los gritos estaban sucediéndose cada vez más fuertes cuando Kendall se abrió paso entre aquella gente que clamaba triunfante. En mitad de aquel círculo pudo distinguir la silueta de Enzo Montesini. Tenía a alguien sujeto por los brazos y los puños ensangrentados. Distinguió el castaño en el pelo de la silueta que se encontraba en el suelo y para cuando oyó aquella voz desgarradora, Kendall ya había apartado a la muchedumbre estampando su furia contra Enzo. Se movió ágilmente esquivando los ataques y le propinó un golpe que lo derribó de pleno. Montesini había desenvainado el arma contra ella, saltando hacia adelante justo en el momento en que la manga de Kendall se rasgó descosiéndose por la mitad. Vio de reojo el hilo de sangre que estaba comenzando a brotar por su piel y contraatacó.

—Nos volvemos a encontrar Ivanova —siseó entre dientes mientras su expresión mostraba una máscara de profundo odio—. Debí haberte matado en aquella estación de tren. No has traído más que problemas...

—Dudo que lo hubieras conseguido. —Esquivó otra de sus investidas, oyendo de pronto un aullido amenazador.

Un lobo, tan hermoso y peligroso como su figura salvaje, corrió hacia ellos. Reconoció el pelaje blanco igual que la nieve que cubría las Cumbres en invierno y las dos manchas oscuras que ocultaban unos ojos amarillos. Era el mismo que habían salvado en la orilla del río. Se abalanzó sobre Enzo cuando la multitud comenzó a correr despavorida y el caos se apoderó del lugar.

—¡Matadlo! —gritó Gian, intentando ahuyentarlo.

Enzo estaba luchando contra los colmillos del animal, manteniendo firme la espada que los separaba. No por mucho tiempo, pensó, cuando el alarido del chico resonó por la plaza.

—¡Ayúdame, Gian!

—¡Resiste!

Gian Montesini había cogido una lanza, acercándose peligrosamente al animal que seguía interponiéndose entre él y su hermano.

—¡No podré retenerlo por más tiempo, Gian!

En ese preciso momento, un silbido desconocido provocó que el animal se retirase de Enzo. Vio aquel instinto cuando alzó el hocico, buscando de repente la procedencia de aquel sonido.

—¡Mátalo, ahora!

—¡No! —Se interpuso Davina—. ¡Déjalo marchar, Gian!

—Apártate —amenazó de pronto Enzo, respirando con dificultad y lanzando su afilada arma contra el animal.

La trayectoria de aquel tiro se desvió cuando otra cruzó veloz en el aire, interponiéndose entre ella. Kendall alcanzó a ver el perfil metalizado de algo puntiagudo cayendo al suelo junto a la daga de Enzo. Alguien la había disparado salvando al animal que huía para entonces, logrando así escapar de la muerte.

—Princesa...

El cuerpo de Alexey seguía tendido en el mismo lugar donde Enzo lo había dejado. Kendall corrió hacia él para sostenerlo entre sus brazos.

—Alexey —susurró y observó la sangre en su ropa—. Aguanta...

—¡Necesitamos ayuda! —exclamó de pronto Davina a su lado.

—Está sentenciado a muerte. Morirá sin remedio, tarde o temprano —anunció Enzo.

—Tú no eres un asesino. —El rostro de Davina se tornó inescrutable—. Si tu madre estuviera viva, moriría de nuevo al ver en lo que estás convirtiéndote.

—Lorenzo... —Gian había colocado una mano en el hombro de su hermano, asintiendo en conformidad con las palabras de Davina—. Nuestra hermana tiene razón.

—Hay que llevarlo al hospital —objetó ella agradecida cuando Enzo se hizo a un lado—. No podemos perder tiempo o... ¿Callen?

Se quedó callada cuando el vehículo derrapó muy cerca de ella, tan

cerca que dio un traspié hacia atrás evitando ser embestida. Callen salió a toda prisa del coche, inclinándose sobre el cuerpo malherido de Alexey.

—Sujétalo por los brazos con cuidado —le pidió. Kendall tuvo la impresión de que todo sucedía demasiado rápido. Sostuvieron el cuerpo magullado de Alexey y lo introdujeron en el asiento trasero—. Davina, sube delante.

—Aguenta —susurró de nuevo sin poder evitar la lágrima que descendió por su mejilla.

—Todo saldrá bien, Kendall —le aseguró Davina con cierto temblor en la voz.

Sin embargo, ella ya no prestaba atención. Estaba concentrada limpiando las hileras de sangre que recorrían el rostro de Alexey y consumiendo venenosamente el dolor que manaba de su interior al estar viéndolo de aquel modo.

—Kendall... —cerró los ojos escondiendo su mirada cuando él pronunció su nombre. Sintió su mirada sobre ella llamándola en silencio. Y como si una parte de su conciencia se hubiese metido en la suya, Callen pronunció lo que más había temido desde el día en que la secuestraron—. Tú no tienes la culpa de lo que le ha sucedido.

—Alexey está así por mi culpa...

—Es tu guardián —Esas tres palabras colmaron su paciencia.

—¡Él no es mi guardián! Él es...

Las palabras se detuvieron en su boca cuando Alexey atrapó un mechón de sus rizos y esbozó una sonrisa malherida en mitad de su inconsciencia. Supo que la había escuchado y su corazón dio un vuelco al saberlo.

—Eh, princesa... —Su voz sonó pastosa—. Siempre he pensado que estás increíble cuando te enfadas.

—Idiota... —Rio entre lágrimas y le acarició el flequillo revuelto mientras él inhalaba con fuerza.

—Y cuando sueltas tacos...

—Ya sabes que no tengo remedio.

—Nunca he querido que lo tuvieras —dijo, cerrando de nuevo los ojos.

Kendall apoyó su mano en el respaldo del asiento cuando Callen paró en seco delante de la fachada de un edificio prácticamente en ruinas. Abrió la puerta cargando en hombros a Alexey y entró en aquel hospital derruido. Kendall los siguió mientras miraba asombrada la cantidad de camillas y artilugios médicos de la que disponían. Estaban en un edificio abandonado a

las afueras del *ghetto* y, por lo que podía observarse a simple vista, no parecía un hospital al que recurrieran los Montesini a menudo. Subieron las escaleras y se dirigieron a una de las puertas del fondo.

—Ayudadme a tumbarlo —dijo, depositando el cuerpo de Alexey en una de las camillas y marchándose minutos después por la misma puerta por la que habían entrado—. Iré a por ayuda.

—Kendall...

—Gracias —Davina alzó la vista sorprendida al oírla y Kendall alcanzó su mano y la estrechó con afecto—. Por todo lo que has hecho.

—Sabes que jamás habría confesado nada que pudiera complicarte las cosas. Tú has sido la única que has sabido ver más allá de lo que soy.

—¿Qué ha ocurrido? —Galtem apareció por el umbral y su mirada se desvió al cuerpo inconsciente de Alexey. Callen llegó al segundo y le susurró algo al oído—. Está bien... lo haremos nosotros.

—No quieren ayudarlo, ¿verdad? —Comprendió de pronto.

—El odio es un sentimiento que se agranda con el tiempo si no sabemos curarlo a tiempo —respondió el hombre.

—Es la vida de una persona, ¿no debería ser suficiente? —Galtem la miró con una expresión distinta aquella vez, casi con esperanza—. ¿En qué nos hemos convertido?

—Puede que lo sepamos más pronto de lo que creemos.

—Galtem... —indicó Davina—. ¿Cómo vas a curarle?

—Con tu ayuda.

—Pero yo no...

—Sabes hacerlo, Davina. Posees el don de tu madre —Galtem dio media vuelta, escrutando a Callen—. Llévatela.

—No voy a separarme de él.

Kendall lanzó una mirada de aviso a Callen cuando se acercó con intención de sacarla de aquella habitación. Él puso los ojos en blanco, impaciente, y la agarró por la cintura cargándola por septuagésima vez en hombros.

—¡Suéltame, Callen!

—Cálmate.

—Acabará contigo —oyendo su carcajada... le amenazó inútilmente a medida que la conducía por uno de los pasillos, alejándola de Alexey.

—¿Sabes? Deberías guardar tus fuerzas para otro momento. —Escuchó el chirrido de una puerta y sintió un repentino olor a desinfectante. Cuando sus

pies tocaron el suelo nuevamente, comprendió que la había llevado a otra sala —. Dame tu brazo.

—Ni lo sueñes. —Le quitó el bote de las manos, rociándose ella misma el líquido.

El escozor no tardó en llegar.

—Me pregunto por qué, de entre todas las personas desquiciantes que existen en este mundo, habías de ser precisamente tú. —Disminuyó el volumen de su voz y, apoyándose en el filo de una de las mesas, cruzó los brazos. Kendall supo que la estaba observando y, por el gruñido que lanzó minutos después, adivinó que algo en ella lo estaba enfureciendo—. Lo estás derramando.

—¿Es que vais a cobrármelo?

Vio florecer en su semblante una mueca burlona que provocó que el bote volara intencionadamente hacia su cabeza. Callen lo esquivó a tiempo, atrapándolo en el aire.

—No te acerques —dijo cuando él dio un paso al frente.

—Tengo cierta adicción a los desafíos. —La agarró por la cintura.

«Y al fin declararon que los dioses
lo habían querido de este modo.
Así olvidaron los hombres
que todas las deidades residen en el corazón»

WILLIAM BLAKE

XVII

Giró recorriendo el mismo camino que el día pasado, adentrándose en el desvío de terreno que colindaba con el extremo sur de la ciudad. Paró el motor justo en el mismo lugar donde habían soltado al chico Ivanov y esperó a que ella hiciera su aparición. Cuando eso sucedió se vio a sí mismo observándola nuevamente caminar hacia él, la misma mirada retadora en aquel rostro pecoso y la certeza en sus ojos. Dante lanzó una sonrisa divertida cuando la chica abrió la puerta del coche devolviéndole una mirada letal. No hubo rastro de humor, solo una profunda y sedienta agonía.

—Debo reconocer que me vi un poco abrumado ante la insistencia de nuestro encuentro. Pero eso sí... debo decir que preferiría que la próxima vez estuviéramos en algún otro sitio más acogedor...

—No habrá próxima vez.

—Y yo que pensaba que esto era un acercamiento —fanfarroneó él descaradamente y la chica se limitó a devolverle una mirada cargada de odio—. ¿Puedo preguntar para qué querrías reunirte conmigo aquí?

—Quiero ver a Kendall.

—Me temo que eso es imposible, *bella*.

—Me llamo Vera.

—Vera... *bella*... —pronunció entonándola como si estuviera tarareándola—. ¿Qué importa cómo lo expresas cuando es igual de hermoso?

—Suenan repugnante viniendo de ti —respondió con desprecio. Unos finos y casi imperceptibles mechones rojizos se habían escapado de su desaliñado recogido, volviendo a su sitio cuando Dante alargó la mano velozmente arreglando esa pequeña imperfección. La chica ni siquiera tuvo tiempo de reaccionar ante aquello, se limitó a fulminarlo a medida que él sonreía con condescendencia—. No vuelvas a tocarme jamás.

—Es una pena...

—No sé qué es lo que ocurre contigo pero no estaría aquí si no necesitara desesperadamente tu ayuda. He de comprobar si Kendall se encuentra bien.

—¿Sabe el chico Ivanov que has venido a verme?

—Eso no te incumbe.

—Te equivocas. —Se estiró en su asiento llevándose las manos detrás de la cabeza relajadamente—. Tu enamorado vendrá a pedirme explicaciones.

—Sezja no es mi enamorado —contestó, sonrojándose de pronto.

Luego su tono de voz se volvió más duro y vio aflorar el dolor en sus ojos.

—Pero lo fue en el pasado... —reveló él, comprendiendo los sentimientos que aquella chica aletargaba por el principito.

—¿Qué es lo que te ocurre? —Se cruzó de brazos crispada antes de seguir con sus exigencias—. Estoy dispuesta a hacer un trato.

Dante alzó las cejas, expectante por oírla.

—Katherine Ivanova todavía no está al tanto de lo que está ocurriendo. La ausencia de Kendall está justificada por el momento pero pronto comenzarán a indagar. Si llegan a sospechar lo más mínimo del secuestro, no solo proclamarán abiertamente la guerra sino que encontrarán la forma de hacérselo pagar. —Hizo una pausa al ver que Dante seguía en silencio—. Estoy ofreciéndote la oportunidad de que salves a los tuyos.

—Me encantaría poder ayudarte, *bella*, pero tu trato no me supone beneficio alguno.

Dante se incorporó de golpe y giró las llaves con la intención de arrancar el motor. La chica alcanzó su brazo deteniéndolo al instante. En su mirada se pudo percibir la desesperación, arrasando cada resquicio de su cara por segunda vez. No supo por qué no pudo apartar la vista de ella. Había algo que la volvía vulnerablemente hermosa.

—Lo que quieras, pide lo que quieras... —Se mordió los labios, arrepintiéndose de sus bruscas palabras.

Dante la miró de reojo, asombrado por la forma en la que sus mejillas se habían sonrojado al pronunciar aquello.

—Una cita.

—¿Qué? —Su desconcierto le hizo reír. Sus ojos desconfiados provocaron en él una nueva y desconocida sensación de calidez que lo embriagó por dentro—. No voy a tener una cita contigo.

—¿Tienes miedo a descubrir lo equivocada que estás en tus profundas convicciones?

—Sé quién eres y lo que eres capaz de hacer.

—Me temo que no podrás ver a la *ragazza* entonces —fingió con pesar.

Las mejillas de la chica se tornaron de un color granate y Dante no pudo evitar sonreír con ternura, al verla apretar los puños con cierta fiereza adorable.

—Eres un miserable —murmuró y él arrancó nuevamente el motor. La

chica agarró el manillar de la puerta inhalando con fuerza en un intento por mantener la calma—. Está bien. Haré lo que quieras, solo llévame hasta Kendall.

Se inclinó hacia ella hasta estar lo suficientemente cerca como para oír su entrecortada respiración. Pudo oler entonces el fresco perfume a lavanda que desprendía.

—Estaré encantado de llevarte con la *ragazza* —dijo con un resquicio de humor—, pero eso será mañana, *bella*.

Kendall pudo sentir su respiración demasiado cerca. Notó cómo todos los músculos de su cuerpo se engarrotaban provocando una sensación dolorosamente asombrosa y tragó saliva posando su mirada en aquellos labios. Aquellos mismos que había besado. Callen era tan desconcertante como impredecible. Una parte de ella, un porcentaje elevado, se concienciaba de lo poco que conocía a aquel chico de ojos indestructibles y mirada impenetrable y, sin embargo, allí estaba frente a ella. Observándola con interés y haciéndola sentir extraña de una forma demasiado íntima como para negar que estaba aterrorizada. Si ella accedía a ser honesta con sus sentimientos, Callen tendría poder para destruirla.

Luego se encontraba Alexey, al otro extremo de aquella sala, moribundo y luchando por su propia vida. Vida que no hubiese estado en peligro de no ser por ella. La culpabilidad la atravesó de lleno y apreció una lágrima, descontrolada y repentina, que descendía por su mejilla. Kendall inclinó la cabeza para que él no la viera pero su inútil intento no hizo más que mostrarla vulnerable. Justo la cosa que menos deseaba parecer frente a él. Sus dedos la buscaron y de repente se encontró mirándolo de lleno. Callen sostuvo con delicadeza su mentón, atrapando una de sus lágrimas con cierta ternura y fragilidad.

—Tu guardián estará bien.

—¡Deja de llamarlo de ese modo!

—¿No es lo que es?

—¿Es eso Dante para ti? ¿Una obligación que tienes que proteger?

—No lo es.

—Claro que no lo es —afirmó Kendall—. Se trata de sentimientos, de poner tu vida en peligro porque así lo dicta tu corazón y no un estúpido juramento o lealtad absurda. Es luchar por aquella persona a la que amas.

Callen le lanzó una mirada fugaz.

—Y ahora, Alexey, está herido por mi culpa.

—Puede... —Alcanzó un rizo de su melena y lo enrolló entre sus dedos, provocando que el corazón de Kendall palpitara demasiado deprisa. Lanzó una sonrisa cargada de intención—. Pero fue él quien tomó esa decisión.

—Nadie debería tomar una decisión así.

—A veces no hay opciones, Kendall. No puedes culparlo por querer protegerte.

—Sí, cuando ha puesto su vida en peligro.

—¿Habría antepuesto Alioth su propia vida para salvar a Berenice?

—No es lo mismo. —Sonrió entristecida—. Alioth y Berenice no son más que leyendas astrales. Nosotros no somos estrellas, Callen.

—Y sin embargo... —Hizo una pausa y ella pudo notar la sonrisa oculta tras su infranqueable semblante—. Hoy te he visto brillar como una de ellas.

Inclinó su cabeza para besarla cuando alguien empujó la puerta desde el exterior, haciéndolos retroceder con brusquedad.

—Kendall. —En los ojos de Galtem había una incertidumbre demasiado demoledora. El miedo por Alexey volvió a desarmarla.

Sus pies se pusieron en marcha atravesando aquel pasillo hasta la sala donde estaba su cuerpo tumbado e inconsciente. Galtem la siguió de cerca. Kendall se aproximó a él muy despacio, el pecho de Alexey se encontraba descubierto mostrando la herida en su costado. Tocó temblorosamente la piel maltratada con miedo, pero él no pareció notarlo.

—Está sedado... despertará en unas horas —dijo Galtem.

—¿Se pondrá bien?

—La herida ha sido profunda —explicó entonces Davina con un brillo de excitación por haber ayudado a curarlo. Kendall pensó lo orgullosa que estaría su madre de poder verla en esos momentos—. La espada de Enzo estaba infectada y hemos tenido complicaciones, pero tu guardián es fuerte.

Asintió pausadamente.

—Callen debería llevaros de vuelta —anunció Galtem, escrutándola cuando comprendió lo que su expresión revelaba—. No puedes quedarte.

—No voy a irme.

—No es seguro para ti permanecer aquí —intervino Callen, apoyando la decisión.

—¡Me importa poco lo que sea seguro o no! —gritó llena de rabia.
—Estamos demasiado lejos del *ghetto*...
—No voy a escaparme si es lo que estás insinuando —interrumpió ella.
—Dudo que dejaras a tu guardián. —Galtem parecía visiblemente cansado cuando continuó hablando—. Es Marlon quien me preocupa. Si descubre que no estás en tu habitación...
—Celda —lo corrigió.
—No debes tensar la cuerda, Kendall.
—La cuerda ya está rota. —Dio un paso hacia adelante—. No dejaré a Alexey.

—Tengo un plan.

Davina estaba moviéndose alternativamente. Su melena dorada relucía en aquella lúgubre y nacarada pared de hospital. Todos la miraron a la espera de que se explicara.

—No podemos culparla por querer quedarse, Galtem. Le debemos al menos esto —objetó—. Mi padre no debe saberlo.

—¿Qué has pensado?

—Intercambiarme con Kendall. —Se encogió de hombros—. Callen me llevará hasta su habitación y dormiré en ella. Él puede custodiar la puerta por si algún guardia decide entrar y descubrirme. Buscaremos a Dante que distraerá a Enzo y Gian por si sospechan más de lo debido y... Kendall cuidará del chico, al menos esta noche. Mañana decidiremos qué hacer.

—Es demasiado arriesgado.

—No, si estamos juntos en esto.

Horas más tarde, la claridad fue aplacándose cuando anocheció por una de aquellas ventanas de aluminio. Kendall permanecía sentada en una butaca cerca de Alexey que se encontraba profundamente dormido. Se había desvelado varias veces y ella había tenido que agarrar su mano para tranquilizarlo. Nunca antes le había parecido tan vulnerable.

—Kendall...

Se inclinó sobresaltada cuando oyó su nombre. Minutos después comprendió que estaba soñando. Alexey solía hablar en sueños... como aquella noche en la que sus palabras habían cobrado significado para ella. Lo había oído deslizarse por la ventana como solía hacerlo cada vez que regresaba a casa, se había recostado junto a ella trayendo el fresco aroma a

tierra mojada y lo había escuchado respirar entrecortadamente después de susurrar su nombre. Le había suplicado en sueños que no se marchara y por un instante, Kendall, había comprendido lo difícil que era para Alexey decir aquello. La muerte de su hermano Kassian le había provocado una ausencia irreparable a la que ella había contribuido con el paso de los años.

—¡Despeja la sala!

Las voces desde el exterior se hicieron más pronunciadas al acercarse a la puerta. El pomo comenzó a vibrar con brusquedad de repente y una voz de mujer maldijo en alto.

—Esta sala está cerrada.

—¡Lo trasladaremos a la planta inferior! Hay que operarlo de urgencia. Avisa al doctor Leopol, Francesca.

—No se encuentra aquí...

—¡Pues llámalo! —Le gritó la recién llegada—. Se ha producido un desprendimiento y están trasladando a los heridos. Necesitamos al doctor cuanto antes.

—Ya van cinco esta semana. No damos abasto entre intoxicaciones, asfixias y ahora un desprendimiento. El Sir debería proporcionarnos más ayuda.

—El Sir no quiere que esto salga a la luz. —Las palabras de aquella mujer llamaron su atención—. ¿Por qué crees que todos estos heridos van a confinarse en este hospital?

—¿Kendall? —susurró Alexey de pronto sorprendiéndola.

Ella se encaminó hacia la camilla y se reclinó junto a él. Tenía el rostro empapado en sudor.

—¿Cómo te encuentras?

—He estado mejor. —Giró su cabeza para poder observarla—. He intentado recordar algunos detalles importantes de lo sucedido y siempre llego a la misma cuestión. ¿Había un lobo blanco intentando comerse a aquel idiota tatuado?

Kendall asintió.

—¿Es algo normal aquí?

—No hay nada normal en este lugar.

—¿Sabías que Montesini tiene una amante? —comentó con cierta picardía y la imagen de Isabella Rinaldi apareció ante ella con una claridad desbordante—. ¿Cuántas veces ha debido casarse? No me extraña nada que el Canal gane en población cada año... todos deben ser hijos suyos.

—Alexey... —Él captó su preocupación. Llevó su mano hasta uno de sus rizos y comenzó a jugar como hacía desde que la conocía. Un extraño sentimiento nubló su mente cuando comprendió que Callen también parecía fascinado con ello—. ¿Sabes si existen minas aquí?

—¿En el Canal? —Entrecerró los ojos, pensativo—. ¿Para qué querrían tenerlas? Dudo que los Montesini quieran vivir del carbón.

—Está sucediendo algo extraño —confesó—. Tengo un mal presentimiento.

—¿Es que acaso los recientes acontecimientos no suponen ya un mal presagio? —ironizó removiéndose con malestar—. No imaginaría qué podría ser peor que esta detestable camilla.

«El amor es una niebla
que se quema con el primer sol de la realidad»

CHARLES BUKOWSKI

XVIII

Sonya Ivanova deslizó cuidadosamente el algodón por su ojo hinchado. Su hermana era compasiva y templada como un mar en calma rompiendo contra la orilla, a diferencia de su gemela Irina, que no había aprendido a controlar sus impulsos. La preocupación por sanarle había desplazado momentáneamente el enojo que sentía hacia él.

—No sé a qué ha venido lo de esta mañana —dijo—. Tú nunca has actuado de esa forma, Sezja. ¿Qué está ocurriendo?

—No ocurre nada —la tranquilizó, pero ella no creyó ninguna de sus palabras. No la culpaba. Él también habría sospechado si hubiera presenciado aquella disputa...

Luda Petrov corría hacia él de forma elegante y decidida. El color castaño de su escaso cabello recortado por los extremos le hizo parecer más serio de lo que ya era. Sezja pensó lo distinto que era de su hermano Alexander, el mismo que en aquellos momentos permanecía encarcelado en el Canal.

—¿Dónde está Alexey? Sé que se marchó contigo y sé también que nuestra hermana Natasha os está encubriendo. Mis padres se han creído lo de esa misión especial pero conozco a mi hermano y jamás sería tan patriótico.

Los ojos del chico lo evaluaron en busca de respuestas.

—Tranquilízate, Luda, no es bueno para ti que...

—No me digas que me tranquilice. —Lo agarró del uniforme, estampándolo contra la pared. Sezja no luchó—. No voy a volver a repetirlo.

—Lo han apresado en el Canal.

—¿Qué? —Abrió los ojos de golpe.

Sezja sabía bien la preocupación que se cruzaba en su mirada en ese momento, él la sentía por Kendall también.

—Montesini tiene a mi hermana secuestrada en el Canal. Alexey y yo conseguimos adentrarnos y la encontramos justo a tiempo de que los guardias nos cogieran. Pudimos escapar pero tu hermano se acogió al juramento de guardián, aceptando que lo capturasen. —Luda se había quedado petrificado, escuchando las palabras de Sezja—. No pude hacer nada...

—¿Cómo te atreves? —Apretó con fuerza el puño, controlando la rabia repentina que lo invadía en su interior. Después de su accidente, el chico había tenido problemas para controlar aquellos ataques—. ¿Cómo te atreves a decirme que no pudiste hacer nada? La vida de mi hermano está en peligro por tu culpa.

Dio un paso al frente y le atizó un golpe en la cara. Sezja no se defendió.

—Alexey aceptó ayudarme. Tu hermano conocía los riesgos.

—Mi hermano ha arriesgado su propia vida por tu hermana —dijo de pronto como si estuviera concienciándose de algo.

Tenía la mirada perdida mientras sus ojos comenzaban a cubrirse por una oscura ira. Levantó el puño nuevamente cuando la voz de Sonya los alcanzó a tiempo.

—¿Qué creéis estar haciendo?

Su hermana se encontraba delante de ellos, lanzándoles una mirada furiosa. Junto a ella, estaba la silueta impasible de su madre. Inmediatamente notó su mirada inquisitiva puesta sobre él.

—¿Sezja?

—Estábamos... hablando, madre.

—¿Con los puños? —Lo aniquiló para luego dirigirse a Luda—. Tu padre estará profundamente decepcionado si se entera de esto. El heredero y el segundo capitán enfrentándose de este modo... deberíais guardar vuestras fuerzas para luchar contra el enemigo y no para fortalecerlo.

—No volverá a ocurrir.

—Cúrate esa herida —le ordenó su madre—. Y luego ven a verme a mi despacho.

Sonya suspiró ruidosamente.

—Vamos, llevas unos días actuando de forma muy rara —indagó—. ¿Tiene que ver con Kendall? Todavía no hemos sabido nada...

—Kendall está bien —mintió y el alivio se dibujó de inmediato en ella—. Estaba realmente enfadada por la boda y decidió marcharse esa misma noche.

—¿Por eso te has ausentado estos días? ¿Has ido a buscarla?

—No debes preocuparte por Kendall. —El nudo en su garganta se acrecentó. Sezja detestaba mentir a sus hermanos—. Regresará pronto.

—¿Entonces a qué ha venido lo de Luda?

—Ha tenido un mal día. —Se despreció a sí mismo por decir aquello—. Ya sabes que no es el mismo desde... el accidente. No controla su temperamento y a veces se vuelve inestable.

—La muerte de Kassian los ha marcado a todos —comentó apenada Sonya—. Los Petrov nunca se recuperarán de esa pérdida. ¿Cuándo acabará todo esto, Sezja?

—Esto nunca acabará.

La aparición de su gemela no pasó inadvertida para ambos. Irina tenía recogido su pelo azabache, resaltando todavía más aquella dura expresión. Sezja no había vuelto a verla sonreír desde lo sucedido tres años antes, cuando todo su mundo se había desmoronado ante sus ojos.

—¿Por qué no cuentas la verdad, Sezja?

Los ojos de Irina relucieron bajo un manto de audacia.

—Parece que preservar el legado de esta familia sigue siendo lo más importante después de todo —dijo—. Todo ha cambiado y nuestra madre ha contribuido a ello. Los salvajes nos acorralan cada día más y los Montesini tensan una cuerda que está cercana a romperse, aunque no les culpo, si yo fuera ellos... también estaría furiosa. Nuestra madre no ha hecho más que enfurecerlos durante estos últimos años.

—Debes dejar el pasado atrás, Irina.

—¿Lo mismo que has hecho tú casándote con una mujer a la que no amas?

Aquella pregunta sonó mortífera y certera.

—Tal vez cuando nuestra madre deje de tratarnos como ganado de mercancía y entienda al fin que no somos de su propiedad... que no puede disponer de nuestras vidas como le venga en gana... —Hizo una pausa y su silencio trajo consigo un profundo vacío cargado de reproches—. Tal vez entonces podamos hacer frente a lo que nos espera.

Alexey seguía dormido, ajeno a la mirada de reproche que Davina le dedicó tras aparecer en la sala. Había llegado cargada de ropa antes de que amaneciera. No pareció estar hablando en broma cuando le enseñó una vez más aquel vestido de época victoriana en el que pretendía que se embutiera. Era de un color rojo intenso, adornado con terciopelo en la parte alta del corsé y con una falda demasiado voluminosa como para caminar con ella. La máscara que debía llevar parecía sacada de una película de miedo... y eso sin

contar con la especie de abanico que lo acompañaba.

—Hoy se celebra el Carnaval —señaló con un brillo de emoción en la voz—. Digamos que es la única celebración de la que todos nos sentimos orgullosos. Incluso los planes de fuga por parte de Dante disminuyen de manera considerable en este día.

—¿Por qué quiere huir de aquí?

—Por la razón por la que lo haríamos todos, supongo.

—¿Siempre ha sido... así? —preguntó Kendall curiosa.

Davina rio divertida.

—La historia de Dante es complicada —explicó sentándose en una de aquellas incómodas sillas—. No es fácil crecer sabiendo que tu madre era una de las amantes de Marlon Montesini. Él no suele hablar de ello pero detrás de toda esa franqueza irónica se esconde un chico que no conoció a su madre. No sé mucho al respecto, solo que murió en el parto y que fue precisamente mi padre quien prohibió hablar del tema para siempre. Él siempre ha tenido amantes, Kendall. Tú misma habrás podido comprobarlo —asintió sabiendo que se refería a Lady Rinaldi—. Todo el mundo aquí lo sabe. Tampoco es que él haya hecho algo para esconderlo. Quizá sea el principal motivo del odio que existe contra Dante. Su presencia en el Canal no es más que la confirmación de las continuas infidelidades a las que mi padre nos tiene acostumbrados y...

—La razón por la que tus hermanos lo odian tanto —interrumpió.

—Mis hermanos —reiteró—, especialmente Enzo. Ellos creen que Dante heredará el Canal cuando nuestro padre muera. Piensan que el hecho de que el bastardo opte primero al testamento es ya bastante humillación. Lo que no saben es lo mucho que Dante detesta este lugar. Él jamás ha querido convertirse en heredero a pesar de que es el favorito.

—¿Por qué piensan que es el favorito?

—Porque mi padre siguió amando a su madre incluso después de su muerte.

—¿Es por lo que tu madre se marchó?

—El matrimonio de mis padres nunca fue real —respondió—. No recuerdo si han llegado alguna vez a estar enamorados, solo sé con seguridad que mi madre no pudo soportar por más tiempo la humillación. Cuando Lady Rinaldi fue presentada en sociedad como la nueva amante huyó refugiándose en su trabajo.

El ánimo de Davina decayó considerablemente.

—¿Entonces tengo que ponerme este vestido?

Kendall quiso cambiar rápidamente de conversación, evitando entristecerla.

—Mi padre quiere a toda costa que estés presente en el Carnaval y me temo que no podrás negarte. Es demasiado estricto con las costumbres, si apareces con esa ropa te fusilará al instante.

—¿Quién cuidará de Alexey?

—Haremos turnos —contestó teniéndolo todo pensado—. No te preocupes, nadie averiguará que está en este sitio. Hoy es Carnaval y la gente estará demasiado distraída como para pensar en esto.

—¿Es original? —preguntó refiriéndose al vestido.

—Es de mi madre, aunque siempre quiso quemarlo.

—No sé por qué pensaría tal cosa —ironizó con una media sonrisa en su rostro.

—Hoy haces honor a tu nombre... *bella*.

Dante la miró asombrado. Su larga melena pelirroja estaba recogida hacia un lado en forma de trenza y el blanco de su vestido realzaba unos pómulos sombreados. Se había trazado la línea de los ojos y, por una extraña razón, tuvo la necesidad de pedirle que se la borrara. Aquel rostro no necesitaba que lo mancharan de aquel modo, era como intentar refinar algo que ya era perfecto.

—Vamos... —insistió Vera sin prestarle atención.

Pasó delante, abrió la puerta del vehículo y se introdujo en él. Dante la siguió con una expresión juguetona en el semblante que no pudo ocultar por mucho más tiempo.

—Comienzo a sospechar que todas las chicas de las Cumbres sois igual de... testarudas. La *ragazza* tiene el mismo humor por las mañanas, aunque tú pareces tenerlo a todas horas.

—No estoy aquí para agradarte —comentó cruzada de brazos.

—En cierto modo lo estás.

Vera suspiró resignada para luego agitar la cabeza secamente.

—No soy simpática. Tú no me conoces en absoluto y yo no tengo la más mínima intención de que lo hagas. Odio a tu padre y odio a tu sádica familia...

—Así está mucho mejor. Las relaciones no avanzan si existen secretos.

Los ojos de ella lo observaron por un breve instante.

—¿Estás jugando conmigo?

—No estoy jugando a nada, *bella*, solo intento ayudarte. —Ella soltó una risa amarga—. Últimamente me han llamado tantas veces egoísta que he decidido averiguar hasta qué punto lo soy.

—Debes creer que soy estúpida. ¿De verdad piensas que voy a creerte?

—De hecho, que seas estúpida es lo último que opino de ti. No cuando estoy viéndote con ese vestido.

Vera masculó algo entre dientes justo en el momento en que sus mejillas parecieron sonrojarse. Al parecer, no pudo hacer nada para evitarlo.

—¿Eres siempre tan descarado?

—Solo con las personas que me interesan —se sinceró pero ella no lo tomó en serio. Dante la contempló de reojo—. ¿Ves el maletero que hay justo enfrente? Ábrelo y coge una caja que hay dentro.

Ella hizo lo que Dante le pidió.

—¿Qué es esto? —El tono desconfiado de su voz, le hizo reír.

—Eso, *bella*, es una máscara.

—Ya sé que es una máscara —repitió ella molesta—. ¿Para qué la quiero?

—No pensarías que ibas a entrar al Canal como si nada, ¿verdad? —Instintivamente, observó en la distancia el control de seguridad que debían pasar para acceder al *ghetto*—. Hoy es un día importante aquí. Se celebra el *Carnevale*, la fiesta de las máscaras. La que estás sosteniendo en tus manos es la tuya y el traje que tienes en el asiento trasero... tu oportunidad para pasar desapercibida entre los aldeanos.

—¿Y cómo vamos a encontrar a Kendall si todo el mundo está vestido así?

—Azar, *bella*. Confiemos en el azar.

«... Incluso si el mundo entero
se entrega a las salvajes sospechas
de que ella no era todo lo que ella debía ser.
La amo y ese es el principio de todo»

F. SCOTT FITZGERALD

XIX

Dante seguía contemplándola en silencio a medida que aquellos serios y disgustados ojos se entreabrían sorprendidos, incluso con la máscara puesta, supo que la había impresionado. La concurrida calle que se abría paso frente a ellos no permitió menos. Cientos de pinturas artísticas de todos los tamaños y estilos se amontonaban en cada resquicio de pared libre, como maniqués posando en los escaparates esperando a ser comprados. Los artistas callejeros retrataban a los viandantes que paseaban disfrazados aquel día, aprovechando la oportunidad para mostrar su talento. Dante solía venir a menudo y, a veces, se olvidaba por completo del tiempo contemplando los miles de cuadros que podían encontrarse en aquella estrecha callejuela.

—Desde Picasso hasta Renault —puntualizó señalando uno de sus cuadros favoritos—. Esta es, sin duda, una de las mejores copias que he visto: *El Sol Naciente* de Monet.

—¿Todos estos cuadros están a la venta?

—Están todos comprados. —Con cuidado Dante palpó el óleo, ensimismado con la textura de la pintura—. Los compré yo mismo.

—¿Todos?

Vera lo observó con perplejidad a través de aquella máscara.

—Pensé que si invertía parte de mi herencia en comprar esta calle, podría seguir viniendo siempre que quisiese.

—¿Y por qué siguen aquí?

—¿Y privar a mis conciudadanos de algo tan hermoso? Todos y cada uno de estos cuadros nos transmiten algo, incluso aquel hombre de allí que pinta la silueta de aquella mujer regordeta y vestida con una cabeza de jabalí. Incluso él está aportando su diminuto grano de arena para embellecer este lugar.

—¿Cómo es que sabes tanto de arte?

—Los Montesini somos cultos por naturaleza —se jactó él.

—Y psicópatas —añadió ella.

—Es cuestión de perspectiva, *bella*.

—No hubo perspectiva cuando mataron a mis padres.

—No estoy justificando que la hubiese. —Se echó el rizo hacia atrás y la volvió a mirar consciente de que lo había observado al hacerlo—. De hecho, creo que estás en tu derecho a vengarte por lo sucedido.

Vera permaneció callada por un segundo, intentando ver más allá del disfraz. Dante había sido honesto con ella, a pesar de comprender que no le creería.

—¿Cuándo veré a Kendall?

—Tranquila, *bella*. —Se acercó a ella y deslizó una mano fugazmente por su espalda, indicándole que continuara caminando a través del desfile—. Todo a su debido tiempo.

—¡Dante! —exclamó entonces la voz de su hermana detrás de ellos—. ¿Dónde te has metido?

—He estado disfrutando de las vistas, querida.

Davina le dedicó una mueca de disgusto y sus ojos, los mismos que los de Lady Juliana, se posaron fugazmente en los de Vera. Seguramente preguntándose quién era aquella misteriosa pelirroja que lo acompañaba.

—Padre me ha recordado que no podemos faltar al banquete —le recordó sin un ápice de entusiasmo—. Quiere que Kendall esté presente.

—Hablando de la *ragazza*... ¿dónde se encuentra?

Davina se vio interrumpida por la llegada de Galtem.

—He estado buscándote, hijo.

—Esperaba que no hubieras percibido que te he robado la máscara —confesó con sorna.

—Necesito que me acompañes a un lugar.

—Lo haría encantado, si no tuviera compañía.

Los ojos de Galtem siguieron la dirección de los suyos e inmediatamente su semblante cambió. Su mandíbula se tensó y el color de su piel se tornó blanquecino, casi enfermizo. Dante se encontró observando a un Galtem envejecido, sin emoción, como si hubiesen llenado de vacío todas las partes de su cuerpo.

—Olivia —susurró de pronto, atrapando el brazo de Vera y aprisionándola entre sus dedos.

La chica lo esquivó inútilmente, zafándose de su extraño comportamiento.

—Siento decirte que estás asustándola.

—Suéltame —amenazó Vera.

Dante colocó la mano en el hombro de Galtem que no apartaba la vista de ella.

—¿Galtem? —Dante alzó las cejas.

El hombre los miró a ambos, confundido, mientras lanzaba una última

mirada a Vera.

—Perdona —pronunció finalmente, aclarándose la voz—. Te he confundido con otra persona. ¿Qué hace ella aquí? —Se dirigió a Dante.

Este sonrió.

—Si te lo contara no me creerías.

Estaba atrapada en una de aquellas películas de terror que veía de pequeña con sus hermanos. La plaza principal del *ghetto*, por donde estaba circulando el desfile de carnaval, se encontraba atestado de máscaras. ¡Todas aquellas caretas grotescas deslizándose entre la multitud! Ni en su peor pesadilla hubiese imaginado nada igual. Por si fuera poco, aquel vestido estaba acabando con la poca circulación que Davina le había dejado al apretar el corsé con todas sus fuerzas. Estaba segura de poder desmayarse de un momento a otro si no conseguía desabrocharlo pronto.

—¿Necesitas ayuda? —preguntó entonces alguien detrás de ella. Se giró y tuvo la sensación de que un payaso demente la estaba saludando sin contemplaciones. Aquella máscara podría aterrorizar a cualquiera, se dijo—. Con tu corsé.

—Estoy bien.

—Déjame ayudarte si lo necesitas —insistió.

—No la necesito —le respondió secamente.

—Ya lo has oído, Rinaldi. —La aparición de otra máscara los sobresaltó a ambos—. Déjala en paz.

Aquel chico de antifaz dorado tenía unos hermosos ojos del color del tizón. En el borde de la máscara, cosido a mano, había una tira de terciopelo negra con una letra inscrita. Le ocultaba la mayor parte de la nariz y de la frente, e incluso su cabello recogido parecía confeccionado al milímetro. Lucía traje de época y una mirada desmedida, sin embargo y a pesar de todo, Kendall no tardó en reconocerlo. Era Callen.

—¿Cómo es que no llevas una de esas feas máscaras en forma de cuervo que tan de moda parecen estar aquí?

—Los Montesini han acabado con ellas —dijo con cierto tono presuntuoso.

—Creí que necesitabas ayuda antes de que Rinaldi apareciera para incordiarte —expuso Callen, viendo cómo el chico de la máscara de payaso se había alejado de ellos.

Kendall se llevó ambas manos a la cintura inhalando aire por los pulmones.

—¿Quién es Rinaldi?

—Gaston Rinaldi —explicó—. No... nadie de especial interés.

Colocó la mano en su espalda y Kendall notó cómo el bello de su piel se erizaba sin control. Los dedos de Callen estaban recorriendo lentamente cada botón del corsé cuando desabrochó el último causando el alivio en su estómago. Ella apenas se percató de estar aguantando la respiración cuando él acercó los labios a su oído. La mano de él había ascendido hasta llegar a la curvatura del cuello, apartando los rizos delicadamente y deslizándolos entre su piel.

—¿Quieres bailar?

La guio hasta el centro donde se estaba formando un círculo de máscaras. Estaban danzando en redondo y realizando movimientos elegantes y coordinados. Callen la sujetó por la cintura mientras entrecerraba sus dedos con los suyos.

—No lo estás haciendo nada mal —musitó haciéndola girar sobre él y aguantando todo el peso de aquel giro.

—No sabía que supieras bailar.

—Hay muchas cosas que no sabes de mí, Kendall.

—¿Crees que todo esto cambiará algún día?

—Creo que ya está cambiando.

De repente, notó el cuerpo demasiado pesado. Un calor repentino la abrasó. Tan intenso y desbordante como aquella mirada clavada en lo más profundo de su interior. Clavó las uñas en el hombro de Callen intentando no perder el equilibrio y distinguió una neblina rodeándola tan atrayentemente seductora que sus párpados cedieron al encanto. Callen la sostuvo entre sus brazos y ella se dejó ir, concentrándose en el sonido de su respiración. Juró que nunca había oído algo tan hermoso.

—Todo parece tan distinto —sus palabras fluyeron tranquilas—. He crecido creyendo que este lugar no era más que una fantasía aterradora. Veo a todas estas personas y pienso que no son tan diferentes a las que viven en las Cumbres. Celebran sus fiestas como nosotros las nuestras. Incluso veo a Marlon y su retorcida manera de proteger lo que es suyo —hizo una pausa—. ¿Cuándo hemos olvidado ser humanos?

Callen la miró sin vacilaciones y ella contuvo la respiración, casi entumecida por el modo en que dejó su rostro al descubierto y se inclinó para

posar sus labios sobre los de ella.

—¿Qué ocurre? —Kendall arrugó la frente.

—Tienes la culpa de la mayoría de las cosas que me ocurren. Desde el momento en que me apuntaste directamente con aquella espada de coleccionismo supe que no serías más que una incesante preocupación.

—Nunca te he pedido que...

—¿Es que no lo comprendes? —escuchó el enojo en su voz. Un enojo sincero e insondable. Notó sus ojos barriéndola por dentro—. No puedo evitar hacerlo. El día en que casi escapaste... no pude evitar sentir que dejándote marchar estaba cometiendo el peor error de todos. Hay algo en ti... —Su dedo atrapó suavemente la punta de uno de sus oscuros rizos—. Algo que no he visto antes en nadie y que resulta fascinante. Tu coraje es admirable a pesar de lo temerario que resulta en la mayoría de las ocasiones. Te hace brillar de una forma distinta al resto.

—¿Por qué me dices todo esto?

—Quizá me he cansado de que pienses lo contrario. —Pareció ver el recelo en su mirada. Esbozó una sonrisa cansada y se acercó nuevamente a su frente, susurrándole al oído—. Eres tan testaruda.

—Tú eres indescifrable.

—Y contestona. —La estrechó con fuerza—. Y ahora te llevaré dentro para que puedas quitarte ese corsé.

Kendall cerró los ojos embriagándose por completo de aquella maravillosa sensación que estaba ocurriendo entre ambos. Se sintió segura en sus brazos y comenzó a notar cómo su corazón parecía encontrar un lugar donde estar completamente a salvo.

Respiró sosegadamente cuando el vestido blanco de terciopelo se ajustó a su cuerpo armoniosamente. Había dejado el grotesco vestido rojo en la habitación de Davina con la esperanza de que lo arrojase a las cenizas en cuanto pudiera. Se colocó nuevamente la máscara y se dirigió hacia la puerta para adentrarse nuevamente en el desfile de carnaval que se celebraba en el *ghetto*. Callen debía estar esperándola fuera. Caminó por el pasillo de la segunda planta donde se encontraban las habitaciones y paró en seco cuando uno de los criados hizo una breve inclinación con la cabeza al pasar junto a ella.

—Lady Juliana. —El hombre ataviado con el uniforme de la guardia personal le dedicó un breve gesto de asentimiento—. Que pase un buen día.

Su mente se puso en funcionamiento de inmediato y para cuando quiso

darse cuenta ya se encontraba bajando las escaleras a toda prisa, consciente del peligro al que se expondría si la encontraban husmeando en la mansión. Se dirigió al extremo opuesto, pasando por uno de los salones principales y adentrándose en el pasillo que le daría acceso al despacho personal de Marlon. Era la única habitación que se encontraba apartada del resto y la única que estaba custodiada.

—Lady Juliana, ¿desea algo?

—He... olvidado algo dentro.

—Pero el Sir no...

—El Sir no deseará tener que prescindir de tus servicios.

El guardia se apartó, cediéndole el paso y apartándose para que pudiera entrar. Ella le dedicó un breve asentimiento, inclinando el mentón desafiante.

—¡Busca, Kendall! ¡Busca! —se dijo a sí misma, una vez dentro.

Recorrió visualmente las estanterías llenas de libros que se amontonaban en cada una de las paredes. Le recordó a una biblioteca, solo que más pequeña y personalizada. La sobriedad en la decoración era palpable en cada resquicio de la sala: los antiguos sillones tapizados a mano, el escritorio perfectamente ordenado... hasta la tinta para escribir relucía nítidamente en el interior del tintero de cristal. Abrió el primer cajón y comenzó a buscar cualquier información relevante que pudiera servir de ayuda.

Miles de documentos se agolpaban en el interior de aquel despacho. Estaban apilados en viejas carpetas a pesar de que ninguna mostraba nada extraño. Alzó la vista en dirección a la estantería que se encontraba más próxima y buscó entre los tomos. Sacó varias ediciones literarias y rebuscó entre las páginas. Debía encontrar alguna prueba que demostrara lo que había oído en el hospital. Algo estaba sucediendo en el Canal.

Justo como en aquel instante, visible e irreal llamándola a gritos, reconoció de inmediato la imagen de aquel cuadro al fondo. La nube centelleante en forma de ola que se estrellaba contra el cielo nocturno de Van Gogh. El óleo de la imagen formaba relieve contra sus dedos y Kendall recordó el olor a pintura que solía esparcirse por toda la habitación de su madre. Era el único recuerdo que poseía de una Katherine maternal y relajada, pintando exactamente la misma obra que estaba tocando en esos momentos.

De repente, el cuadro se inclinó lo suficiente para dejar ver un trozo de panel metálico en su interior. Lo apartó estudiando aquella caja fuerte incrustada en la pared, giró la rueda metálica que había justo en el centro y

oyó el breve sonido de un clic inundando el silencio de aquella habitación.

«La falsedad tiene alas y vuela,
y la verdad la sigue arrastrándose,
de modo que cuando las gentes se dan cuenta del engaño
ya es demasiado tarde»

MIGUEL DE CERVANTES

XX

Se encontró cruzando los jardines que la conducirían hasta el banquete. Notaba la cólera quemando cada resquicio de piel, consumiéndola y corrompiéndola oscuramente. A esas alturas los guardias ya estarían detrás de sus pasos por la forma despavorida en la que había huido del despacho. Para entonces, habrían descubierto ya todos aquellos documentos esparcidos por el suelo y la caja fuerte abierta, pero nada de aquello le importaba. Pensó una última vez en su familia, a kilómetros de aquel lugar, creyendo que estaría en cualquier estúpido viaje enfurruñada como una niña pequeña. Sonrió agrídicamente al imaginar el rostro de su madre, la indestructible Katherine Ivanova, y evitó pensar en los años en los que no había estado ahí. Todas aquellas noches en las que había deseado que algo en ella cambiara. La venganza y el odio la habían consumido tanto que apenas podía distinguirse ya un ápice de lo que había sido.

Caminó a toda prisa por la hierba recién cortada de la mansión y bajó la amplia ladera que la llevaría hasta el jardín trasero donde había desayunado una mañana. Un fugaz estallido hizo que pensara en Davina e incluso en Dante, aquel inalterable chico de aspecto burlón que tan familiar le resultaba en ocasiones. Los había conocido el tiempo suficiente como para saber que estaban igual de atrapados que ella, que sus vidas no eran tan distintas al fin y al cabo. Aceleró el paso cuando oyó el eco de la cubertería preparándose a escasos metros y se permitió pensar por un instante en él. El miedo atroz y salvaje que notaba cuando Callen la tocaba. Memorizó la palma de su mano sobre su mejilla y se dejó empapar por aquel recuerdo, lo suficientemente grandioso como para anestésicarla por dentro. Caminó a través del florido seto y cuando sus ojos lo encontraron, ataviado con aquel elegante traje del siglo pasado, recordó la razón por la que sostenía aquella espada.

Se centró en la firma que había visto minutos antes sellada en aquel documento y que provocaría la muerte de centenares de personas en las Cumbres. Seguidamente... se dirigió a él, consciente de las miradas curiosas de los invitados que pensarían que la esposa del Sir habría regresado de su expedición médica. Mantuvo la espada en sus manos sin tiempo a que la confusión se apoderara de la muchedumbre y rasgó con el filo de la punta, sabiendo que lo había herido. Cuando Marlon cayó al suelo, arrodillado frente a ella, vio por primera vez aquellos ojos pardos estudiándola con fría

sorpresa.

—Juliana.

—Kendall —aclaró, punzando lentamente el filo de aquella espada en su garganta y desenmascarándose frente a todos. Un murmullo aterrador se expandió por los invitados que poco a poco comenzaron a comprender la situación.

—Vaya, Ivanova... esperaba que te unieras a este banquete sin sobresaltos.

Marlon había alzado la palma de la mano, impidiendo que sus soldados los interrumpieran.

—Eres un asesino —confesó entonces Kendall—. Sé lo de esa mina subterránea que estás construyendo para destruir las Cumbres, pero eso no ocurrirá...

—Incluso si me matas —le advirtió Marlon—, esa mina estará terminada en cuestión de días. Y mis órdenes prevalecerán después de muerto.

—Voy a acabar contigo —susurró y la espada se movió velozmente entre sus dedos, rasgando una parte de piel.

La pierna de Marlon se quebró debido a la inestabilidad de la herida y cayó hacia adelante. Kendall volvió a apuntarle directamente a la garganta, ignorando el ruido a su alrededor.

—¡Kendall, no! —un grito familiar la detuvo—. Estás cometiendo un grave error.

Galtem se acercaba a ambos con una expresión insondable.

—No te acerques más —le avisó y entonces notó la presencia de Callen, abriéndose entre la desconcertada multitud que los rodeaba.

—¡Kendall!

Había reducido a uno de los guardias que se había apresurado a ponerse en pie para llegar hasta ella. Un terror distinto a lo acostumbrado se dibujó en su mirada. Aquellos ojos azabaches, suplicantes y desgarradores, parecieron temerosos por lo que pudiera llegar a sucederle si fallaba y por la muerte inminente a la que se enfrentaría si Marlon tomaba represalias contra ella.

—No es necesario que lo hagas —la apaciguó Callen.

—Detente, Kendall —corroboró muy de cerca Galtem.

—¿Por qué? —Quiso saber llena de rabia y consumida por la venganza y la preocupación por los suyos. Aquel hombre no merecía compasión—. ¿Por qué debería salvarlo? Si no lo detengo, las Cumbres serán polvo y cenizas.

Todo este tiempo ha estado planeando cómo dinamitarnos a todos y apuesto a que la desaparición de Franco no ha sido más que una distracción. Quería mantenernos ocupados para terminarla.

—Vosotros habéis secuestrado a mi hijo.

—Te mataré, aunque sea lo último que haga.

—No lo harás —intervino Galtem, alzando las manos e indicándole con la mirada que apartase la espada. Vio la preocupación en sus ojos y la oscura verdad que escondían preparada para ser desvelada—. No puedes matarlo, Kendall.

—¿Por qué? ¿Por qué no puedo hacerlo, Galtem?

—Porque es tu padre.

La confusión nubló el entendimiento de Kendall.

—¿Qué diablos estás diciendo, Galtem?

Todo el mundo estaba observando la escena sin dar crédito a las palabras de su padrino. La confesión que estaban presenciando los había paralizado a todos. Dante apenas se había movido del sitio. Mantenía una de sus manos sujetando a Vera, en un intento por evitar que se arrojara contra los guardias para defender a la joven.

—Tranquila, *bella*.

—No me digas que me tranquilice cuando ese asesino está a punto de matarla.

—Dudo que mi padre tenga la sartén por el mango en estos momentos.

—Piénsalo, Kendall —continuó Galtem—. ¿Nunca te has preguntado por qué tu madre permitió que te marcharas lejos durante estos años?

—No me marché —contradijo—. Solo me interné en una residencia.

—¿Y por qué no lo hizo con tus hermanos?

Kendall lo escrutó en silencio y luego miró a Marlon. Su padre permanecía callado, tan ausente como irreales parecían las palabras de su padrino.

—Siempre te has hecho esa pregunta, ¿verdad? Tu madre te internó para que no descubrieras la verdad. Quedándote solo incrementaba las posibilidades de que todo saliera a la luz.

—Ella no pudo haberlo ocultado... —musitó Marlon, hablando para sí mismo.

—Mi madre jamás estaría con alguien como él.

—Te sorprenderías lo poco que puedes llegar a conocer a Katherine —
reveló Galtem con cierto tono entristecido para luego volverse hacia Marlon
—. Ella debe conocer la verdad.

—¿Qué verdad? —preguntó, mirándolos a ambos.

—Tiempo atrás fuimos amigos, Kendall. Conocimos a tu madre en un
pequeño pueblo escocés y pronto supimos que no era más que una mujer que
huía de su pasado. Se hizo llamar Alexandra y pronto comenzamos a confiar en
ella. Vivimos durante un breve tiempo en aquel lugar e incluso estuvo
dispuesta a empezar una nueva vida con...

—No.

—Estaba enamorada. Sé que no puedes creerlo pero lo estuvo, sin
embargo, el amor se desvanece. Se esfuma como el humo y, con el tiempo, lo
que creíamos perdurable... acaba consumiéndose lentamente. Así,
desapareció un día sin dejar rastro. Intentamos encontrarla pero todo lo que la
relacionaba, todo lo que nos había contado era falso. Varios meses después,
volvimos al Canal. Las disputas con tu familia estaban acrecentándose como la
pólvora, y la guerra parecía más real que nunca. Marlon iba a convertirse en el
heredero y debía llegar a un acuerdo con tu abuelo Nikolay. —Galtem soltó
una risa amarga tras aquello—. Nunca imaginamos que aquella reunión
cambiaría en el último momento, que finalmente estaríamos reuniéndonos con
la futura heredera. Fue allí cuando descubrimos que la misteriosa Alexandra
no era más que Katherine Ivanova. Nos contó que se había casado y que
esperaba un hijo... tú.

—Esto no tiene sentido. —Kendall agitó la cabeza, negando aquellas
palabras.

—Dimos por sentado que tu madre había regresado a las Cumbres
para casarse con el que ha sido tu padre todos estos años.

—¡Eso es mentira!

—Naciste poco después de su regreso y por lo que pudimos averiguar
después, Katherine ya estaba comprometida y con un hijo cuando nos conoció.

—¿Y por qué estás tan seguro ahora?

—No eres como tus hermanos. El modo en que Katherine ha estado
ocultándote tan recelosamente.

Alargó su brazo para apartar la espada de Marlon.

—Lamento no haber ido más allá y haberlo supuesto antes.

—¿Y cómo ibas a saberlo?

—Por la pequeña marca de nacimiento que tienes en tu muñeca.

La chica se apartó bruscamente de ambos con una expresión horrorizada en el rostro. Alzó la manga derecha de su vestido y clavó sus ojos azules en un punto de su muñeca. Fue entonces cuando Marlon se puso en pie trabajosamente, agrandando su mirada y contemplándola como si la viera por primera vez. Dante, totalmente asombrado, lo vio caminar hacia ella, lenta y cuidadosamente.

—Hija...

—Tú no eres mi padre.

Las lágrimas brotaron deliberadamente.

Dante recordó lo que había pensado al verla por primera vez. La había comparado con un pequeño león valiente y desafiante, con aquella melena rizada y voluminosa que le confería un aspecto bellamente salvaje. Como aquel lobo que ella había amaestrado para su propio asombro y el de Callen. En silencio la observó alejarse de Marlon mientras secaba unas lágrimas que parecían ahogarla por dentro.

Inmediatamente, comenzó a correr.

—Dejadla —ordenó su padre de inmediato—. Volverá tarde o temprano.

—¿Qué hacemos con ella ahora?

—Nadie la tocará, ¿entendido? —sentenció—. Es mi hija.

Vera le atizó a Dante un golpe en el costado.

—Debemos encontrarla —musitó con la vista fija en la dirección en la que había huido.

—No es seguro seguirla en estos momentos —le indicó, sujetándola por la cintura y guiándola hasta el extremo opuesto de los jardines.

—Hicimos un trato.

—Y sigue en marcha. —Vera intentó liberarse—. No es un buen momento, no después de todo lo que ha ocurrido. Ni siquiera sé hacia dónde ha ido y, aunque lo supiese, no tendríamos tiempo. El banquete acaba de cancelarse y no estoy seguro de que mi padre quiera reunirnos a todos para explicarnos lo sucedido.

—Hiciste una promesa.

—Exacto, *bella*. —La detuvo de repente, comprobando que la máscara le cubriera todo el rostro. Dante sonrió cuando ella lo apartó con desconfianza—. Prometí sacarte de aquí sana y salva.

«El mundo nos rompe a todos, más después,
algunos se vuelven fuertes en los lugares rotos»

ERNEST HEMINGWAY

XXI

Kendall sintió el repentino estallido cuando su pie tropezó con una de las ramas que crecían en la superficie de aquella selva salvaje y cayó estrepitosamente. Su rodilla izquierda se hundió en la seca tierra ocasionando un corte certero y profundo. Ni siquiera notó el dolor pero la sangre comenzó a manar de su piel a medida que se obligaba a continuar. Estaba atardeciendo y no estaba segura de hacia dónde parecía dirigirse. Inspiró con fuerza, llevándose las manos a la cintura y echando un vistazo a su alrededor. Las enredaderas de los árboles se entrecruzaban con el matorral que crecía descontroladamente de las raíces, dificultando la visión. Caminó arrastrando la pierna herida y adentrándose en aquella jungla donde quedaría atrapada hasta que alguien viniera a capturarla nuevamente. Vislumbró a lo lejos un destello y precisó entrecerrar los ojos, a escasos metros de ella había un refugio abandonado demasiado deteriorado como para mantenerse en pie. Se dirigió hacia él sin pensarlo dos veces.

El interior era incluso peor. Una vieja chimenea de piedra ocupaba la mayor parte de la estancia, en su mayoría vacía y desprovista de cualquier acomodación. Se tumbó en el suelo acurrucándose y protegiéndose la rodilla con uno de sus brazos y no supo cuánto tiempo permaneció en aquella posición. Tan solo reaccionó cuando oyó el traqueteo de la puerta de madera. Se dio la vuelta y lo encontró en el umbral como uno de esos ángeles vengadores que había pintado siglos atrás Miguel Ángel en la capilla Sixtina. De aspecto fiero y temible, hermoso y letal. Callen se encontraba frente a ella respirando agitadamente, aliviado por haberla encontrado.

—Kendall... —Cerró los ojos, intentando que no percibiera el escalofrío que su voz producía siempre en ella.

Las lágrimas volvieron a aparecer sin que pudiera hacer nada para ocultarlas. Él dio dos pasos al frente ofreciéndole su mano. Kendall retrocedió instantáneamente.

—No por favor... no te acerques.

—Kendall... —dijo con mayor insistencia.

—Esto no está pasando. —Se llevó las manos a la cabeza, hundiendo los dedos entre sus rizos—. Esto no puede ser verdad.

Las palabras de Galtem se repetían sin cesar en su cabeza. La verdad había caído de manera fulminante como el agua helada de las Cumbres

cayendo desde las cascadas hasta el lago. Mortífera, letal y clarificadora sobre ella. Kendall intentó inútilmente moverse hasta la puerta pero el peso de su rodilla la empujó hacia el suelo. Sus manos no llegaron a tocar la fría madera a pesar de que la sangre de su pierna indicara todo lo contrario. Callen la había agarrado justo a tiempo.

—No me lleves con él.

—No voy a hacerlo. —Vio la certeza en sus ojos cuando la dejó de nuevo en el suelo con cuidado. Luego se quitó la chaqueta y la cubrió, dándose la vuelta en dirección a la puerta.

—Callen —musitó, pero su voz se perdió.

—No voy a marcharme.

Notó sus ojos sinceros y leales cuando cerró la puerta y volvió junto a ella.

—Deja que mire esa herida. —Lo ayudó estirando la venda que sostenía con delicadeza sobre su piel. La dureza en sus movimientos la hizo reír entre sollozos, provocando que él alzara la vista—. ¿Qué ocurre?

—Estás haciéndome daño.

—Lo siento —dijo—. A veces olvido que también puedes ser frágil.

La miró de lleno atrapando su mano en el aire. Hizo que se recostara junto a él, aguantando el peso de sus piernas y hundiendo su mirada en ella.

—Te sacaré de aquí —prometió entonces y Kendall derramó otra lágrima. Callen la prendió, apartándola de su mejilla, y acarició su nariz con ternura.

—Si algo he comprendido hoy es que siempre estaré atrapada —explicó—. Si vuelvo a las Cumbres mi madre no dejará que me marche de nuevo. Me mantendrá retenida y me obligará a aceptar la vida que siempre ha querido y, si decido escapar de aquí, no podría aunque quisiera.

—¿Por qué?

—Por Alexey.

—Tu padre lo dejará en libertad ahora que sabe quién eres.

—No lo lames así. —Los dedos de Callen trazaron un círculo cerca de su mentón—. Él no es mi padre.

—Si la historia de Galtem es cierta, lo es.

—No puede ser cierta.

—Kendall...

—No me trates como si no supiera lo que todo esto significa. Mi madre me ha ocultado la verdad, haciéndome creer que era una desagradecida por no

seguir sus normas. Dejé que decidiera con quien debía Sezja pasar el resto de su vida mientras veía cómo mi mejor amiga se consumía al perder al único hombre al que siempre había amado, incluso acepté que Alexey fuera nombrado mi guardián... y que sus arcaicas leyes al final recayesen sobre mí. Y ahora... ahora descubro que ese hombre es mi padre, que su sangre corre por mis venas.

—Tú no eres él.

—Hoy he deseado matarlo.

—Has deseado hacerle daño —reafirmó—. Si hubieras querido matarlo no habrías vacilado ni tan siquiera un segundo. No eres Marlon, ni tampoco Katherine. Eres Kendall, la que seguirá decidiendo quien quiere ser. Siempre serás tú misma. Es una elección que nadie podrá arrebatarte nunca.

—Ya no sé quién soy.

—Yo sí sé quién eres. —Acortó la distancia entre sus labios—. Lo único real que existe en este lugar.

Callen la atrajo hacia él, colocando ambas manos en su cintura en el silencio de aquel refugio. No supo cuánto tiempo había pasado desde lo sucedido, solo podía prestar atención a la única cosa que la hizo sentir viva en aquellos momentos. Ella atrapó el elástico de su pelo, deshaciendo aquella melena y respirando entrecortadamente cuando cayó sobre sus dedos. Él cerró los ojos rodeándola con firmeza, con la misma solidez con la que su cuerpo lo necesitaba. Lo besó con urgencia, con cada resquicio de su piel y con cada aliento de su corazón.

—Kendall...

—No, por favor... ayúdame... —Su propia voz se quebró.

—¿Cómo?

—Solo bésame.

Y la besó. A pesar de las lágrimas que de nuevo brotaban, de los secretos que habían causado tanto daño y de la devastadora verdad que lo había asolado todo; incluso a pesar de los sentimientos y de lo perdida que se encontraba. Callen lograba calmarla de un modo inexplicable y aquello era lo único que ella necesitaba. Se removió colocando su torso sobre ella, decidido a salvarla de aquella oscuridad. Desnudó su torso lentamente y, cuando se apartó para admirarlo, pudo ver la tinta del tatuaje oscurecerse como una enredadera escalando desde la muñeca hasta la parte superior del brazo. Lo tocó maravillada queriendo descifrar cada pequeño detalle. Tenía un barco anclado y sin velas bajo un cielo oscuro y funesto que ocupaba el mayor

espacio y una calavera con una marca redondeada en la frente. La silueta de aquel perro alado atrajo su atención.

—¿Qué significa?

—¿No querías que te besara?

—He cambiado de opinión —dijo, palpando hipnotizada el símbolo de aquel tatuaje.

Callen se apoyó en el otro brazo, recostándose a medio costado y observándola.

—Es el mensajero de la muerte —explicó—. Mitad sabueso, mitad lobo. Muchos afirman que como mensajero aúlla para avisarte de su presencia. Todo aquel que lo haya visto, se encontrará irremediablemente marcado por la muerte.

—¿Cómo se llama?

—*Cù Sith*.

—¿Por qué es tan importante?

—Para recordarme la razón por la que sobreviví.

Volvió a estudiar su brazo. A Kendall siempre le había fascinado el arte. Su madre le había enseñado a pintar desde muy pequeña y en cada lienzo había dibujado el mismo lugar, en todos los colores, tamaños y tonos posibles. Se trataba de la imagen de un sitio irreconocible en su mente: un lago calmado y casi irreal, cubierto por un manto de niebla donde apenas podía distinguirse la montaña que se encontraba a lo lejos. En el agua cristalina siempre había dibujado un surco expandiéndose en círculos cada vez más grandes, como si alguien estuviera lanzando piedras y formando ecos en la superficie.

—Es fascinante.

Kendall no fue consciente de que había hablado en voz alta. Buscó sus ojos en el repentino silencio que sus palabras habían provocado y lo encontró contemplándola con aquella mirada cargada de misterio. Descifrándola y llegando hasta ella lentamente. Vio en él la calidez y se dejó embriagar por completo de aquella ilusión. Callen se adelantó a sus pensamientos, subiendo el dobladillo del vestido y dejando las piernas al descubierto. Su cuerpo experimentó una sacudida cuando el torso desnudo de él se dejó caer suavemente contra su estómago. La besó descansando su mano en la cintura y deslizándose sensualmente hacia su ombligo. Kendall introdujo sus dedos entre la melena y Callen ahogó un respiro entrecortado.

—Callen... —Él la miró, maravillado por cómo aquel nombre había sonado en sus labios. Tiró del vestido para deshacerse de él, fijando su

atención en cada zona del cuerpo y notando su piel arder, lo rodeó entre sus piernas.

—¡Maldita sea! —Resopló y reconoció el brillo de deseo en su semblante.

Se apartó de ella sentándose a un lado y dejando caer su cuerpo derrotado.

—No puedo —confesó de repente—. No cuando eres su hija.

Y no hubo confesión más demoledora. Se retiró de él, incapaz de pronunciar nada al respecto. Entonces advirtió el sonido estridente, acallando sus propios pensamientos, una alarma de aviso que ella conocía realmente bien. ¡Salvajes!

Kendall esquivó la maleza que la succionaba a medida que corría dolorida a través de la selva. Callen tiraba con fuerza de ella, escrutando cada zona con atención en busca de peligro.

—Iríamos más rápidos si me dejaras cargarte.

—Ni lo sueñes.

—No es momento para que tu testarudez salga a flote —advirtió enfadado—. Esto es peligroso. Los salvajes han entrado en el Canal.

—Podrías comunicarte con ellos —dijo Kendall. Callen desvió su atención hacia ella—. De salvaje a salvaje... ya sabes... —se burló con desdén.

—Continúa.

Kendall esbozó una sonrisa grosera poco disimulada y, antes de acabar, ya se encontraba estrujada contra la corteza del árbol más cercano. Callen la tenía agarrada por la cintura lanzándole una sonrisa demasiado tentadora. Estrechó su cuerpo al suyo consciente del suspiro entrecortado que luchaba por salir de su garganta.

—¿Quieres decirme algo? —Se encontró cercana a su boca. Sus labios estaban provocándola, sedientos e hipnotizadores. Se retiró segundos después cuando escrutó un punto fijo de aquel lugar. Alerta ante un peligro que ella no parecía estar percibiendo. De manera instantánea volvió a la postura en la que había estado sobre ella—. Están rodeándonos. Debemos llegar al *ghetto* cuanto antes.

—Callen...

—Muévete y no mires atrás.

—Ya están aquí —dijo señalando la sombra que se alzó sobre ellos a lo lejos.

Nunca antes había visto a un salvaje, pero se encontró a sí misma observando a aquel hombre con sorpresa. De no ser por las dos líneas de pintura que adornaban su rostro, lo habría confundido con cualquier aldeano corriente. Su semblante era sombrío y por la forma en la que miró a Kendall supo que no estaba contento de verla. Seguramente habría reconocido que era la hija de Katherine Ivanova. La estudió en silencio antes de lanzarle una daga al cuello que ella esquivó, consciente de lo poco que había faltado para alcanzarla. Callen gritó algo a su lado cuando el salvaje se dirigió a ellos. Corrió tirándose al suelo y haciéndola caer abruptamente. Ni siquiera reparó en la sangre que volvió a brotar de su rodilla.

—¡Corre! —gritó entonces Callen recibiendo la investida de aquel salvaje.

«Qué saben el invierno o el otoño
o la primavera o el verano del recuerdo.
No saben nada del recuerdo.
Saben que pasan y que vuelven.
Saben que son estaciones.
Saben que son el tiempo.
Y saben afirmarse. Y saben imponerse. Y saben sostenerse»

El Imperio de los Sueños de GIANNINA BRASCHI

«Y como no podrás ser mi esposa, serás mi árbol sagrado»

Dafne y Apolo de MITOS GRIEGOS

XXII

MESES DESPUÉS...

Alexey seguía tendido en la cama y apoyaba las manos alrededor de la nuca cuando Kendall terminó de hablar. Sus ojos estaban llenándose de una sorpresa abrumadora y su expresión parecía estar cambiando a cada segundo. Volvía a tener el aspecto saludable de siempre y aquel brillo de picardía en su expresión que tan familiar le resultaba.

—¿Me explicas de nuevo cómo hemos llegado a esta situación?

—Ya te lo he explicado, Alexander —le respondió enfadada—. Ahora somos invitados de Marlon.

—¿Ahora lo llamas por su nombre?

—Es mejor que llamarlo padre.

—¿Lo habrías imaginado alguna vez? —Su socarronería salió a flote—. ¿Katherine y Marlon? Será la historia de terror que contarán a los niños antes de ir a la cama... yo todavía tengo pesadillas.

—No dejo de preguntarme si mi madre lo habría confesado alguna vez.

—Teniendo en cuenta que ha estado mintiéndote todos estos años... estoy casi convencido de que aguantaría otros cien años más. Aunque hay algo en toda esta historia que no me convence. —Entrecerró el ceño buscando respuestas—. ¿No te parece extraño que ese Galtem supiera toda la historia y, sin embargo, Montesini nunca hubiera sospechado que eras su hija? Sabiendo que Katherine esperaba un hijo y justo meses antes de que desapareciera...

—Mi madre escapó de las Cumbres antes de ser nombrada heredera. Quiso comenzar una nueva vida lejos de todo lo que se esperaba de ella y conoció a Marlon. Galtem dijo que estuvieron enamorados y que luego desapareció sin más. Imagino que huyó en cuanto supo que estaba embarazada y regresó haciéndoles creer a todos que yo era hija de Vladik. Por eso, cuando Galtem y Marlon volvieron a verla, pensaron que la razón por la que había huido era por el compromiso al que estaba sometida.

—¿Crees que tu padre aceptó criarte como a su hija sabiendo que no lo eras?

—Ya no estoy segura de nada. Mi madre nos ha engañado a todos. —Alexey la miró consciente por primera vez del verdadero significado de aquellas palabras—. De haber sabido que mi cautiverio en esa residencia se

debía principalmente a mantenerme alejada del Canal... de él... de toda la verdad.

—¿Qué habría cambiado si hubieras sabido la verdad?

—Habría cambiado todo.

—No imagino a Katherine enviándote de vacaciones a este sitio. —La miró seriamente—. Ellos habrían comenzado una guerra por ti.

—Me privó de la verdad, Alexey —sentenció Kendall—. De lo que realmente soy y de las personas a las que debo querer.

—Tú no deseas querer a esos rubios ceñudos —reiteró—. No son tus hermanos.

—Tenemos la misma sangre. —Hizo una pausa, conteniendo el aire para luego soltarlo con resignación—. Soy una... Montesini.

—No lo eres.

—¿Y cómo estás tan seguro de que no lo soy?

En el titubeo de Kendall se mostró el miedo más irracional de todos. Miedo a descubrir lo que realmente era.

—Tú no eres como ellos. —Alexey se acercó a ella acogiéndola entre sus brazos. La estrechó con fuerza y apoyó el mentón en su melena—. Tú nunca has sido como el resto de tus hermanos, siempre lo he sabido. La forma en la que siempre te has diferenciado de ellos... Tu desobediencia te ha salvado todos estos años, como si alejarte de todo lo que te oprimía, te despertara. No vas a dejar que esta verdad acabe contigo, ¿me oyes?

—¿Y si ya lo ha hecho? —susurró mientras las manos de Alexey la devolvían a la realidad. Él la miró, esbozando una sonrisa cariñosa.

—No dejaré que eso pase, princesa.

Kendall comprendió, por la forma en la que estaba acercándose a ella, lo que ocurriría. Los labios de Alexey estaban aproximándose peligrosamente a los suyos. Se retiró delicadamente y supo que aquella separación lo había herido. Lo conocía lo suficiente como para saber que él no lo reconocería en alto. Alexey ocultaba los sentimientos bajo una máscara de divertimento y astucia, siempre haciendo creer que sus emociones no eran relevantes. A pesar de que ambos sabían muy bien lo que sentían el uno hacia el otro: cuanto más había querido ella de Alexey, menos había obtenido a cambio; y cuanto más desilusión sentía al respecto, más se esforzaba él para volverla a reconstruir. Igual que un hilo invisible que se tensaba entre ambos pero nunca se rompía.

No obstante... las cosas habían cambiado y por mucho que hubiese deseado tiempo atrás besarlo, ahora comprendía que no estaría siendo justa. Si

permitía ese beso, no estaría más que mintiéndose a sí misma y utilizando esa oportunidad para descubrir sus propios y caóticos sentimientos. Ella que siempre había sido sincera con Alexey. Sabía que las emociones que él había anidado en ella no desaparecerían, estaban ancladas dentro de Kendall con una firmeza inamovible, por eso, en aquellos últimos meses no había dejado de temer al día en que sus sentimientos vinieran a reclamarle el verdadero puesto que Callen había estado ganándose en su corazón.

—Lo siento.

—No tienes que sentirlo —anunció con un agrio y seco comentario al separarse de ella y elevando la voz considerablemente—. Volveré a mi lujosa habitación de invitados.

—Alexey, espera —le pidió acercándose a él cuando abrió la puerta—. ¡Quédate!

Davina permanecía en el exterior, a la espera. Entró silenciosamente en la habitación que Marlon había dispuesto para ella tras descubrirse la verdad y se situó cerca de Alexey. Se produjo un fugaz silencio cuando ambos guiñaron un ojo y Kendall salió haciendo el menor ruido posible. Alexey la contempló por unos breves segundos, antes de volver a cerrar la puerta, y permaneció dentro con Davina para seguir con el plan establecido. Kendall recorrió el pasillo apresurando el paso a medida que cubría sus rizos oscuros, estudiando cada rincón y consciente de la figura de Callen al fondo. Él ya estaba esperándola.

Dante registró el aviso de Callen, notando de reojo aquella mirada impaciente. Tenía el pelo recogido escondiendo el carmesí de su intensa melena y su boca se entreabría nerviosa, a la espera del reencuentro.

—Llegarán pronto, *bella*.

—Tardan demasiado —expresó inquieta.

—Como todas las veces en estos últimos meses.

—¿Por qué estás tan tranquilo?

—Todo marcha bien —respondió con seguridad—. Si mi padre nos hubiera descubierto, ya estaríamos bajo tierra... sepultados en los calabozos y encarcelados hasta que algún buen samaritano viniera a rescatarnos.

—Eso no me tranquiliza.

—¿Qué es esto? —Señaló el colgante en forma de estrella que ella tenía colgado en su cuello—. Me resulta familiar.

—Lo llevo conmigo siempre —aclaró—. Era de mi madre.

—¿Es importante? —Vera asintió en silencio y él se colocó detrás, notando la repentina tirantez en su cuerpo cuando estuvo próximo a ella.

—¿Qué estás haciendo?

—Intento desabrocharlo —confesó y ella se dio la vuelta sorprendida—. No me mires de ese modo, *bella*, he cumplido mi parte del trato. Has estado reuniéndote con la *ragazza* durante estos meses y, por el contrario, todavía no he obtenido nada tuyo. Solo aseguro nuestra cita hasta que tengamos oportunidad de llevarla a cabo.

—¿Y para qué querrías mi colgante?

—Has dicho que es importante. —Se encogió de hombros—. Lo tomaré prestado hasta entonces.

—No voy a dártelo.

—Entonces me temo que hoy no verás a la *ragazza*.

Dante fingió hacer una llamada rápida pero ella lo detuvo.

—¡Está bien! —dijo—. Pero si lo pierdes... juro que acabaré contigo.

—Estaré deseándolo entonces. —Sonrió justo en el instante en que aquel vehículo los alumbró a escasos metros.

De repente, se encontró estudiándola con atención, con la misma brocha con la que los artistas restauraban una obra de arte. Si rascaba sobre ella, podría ver lo que la hacía única: los rizos oscuros que caían salvajemente, los ojos azules desafiantes, la piel blanquecina... ahora todo parecía indicar la semejanza que había entre él y la chica. Dante ignoró la pequeña punzada que le produjo descubrirla de aquella forma.

—Kendall... —pronunció Vera con alivio. Se dirigió hacia ella, abrazándola en mitad de aquella explanada que había servido de escondite demasiadas veces—. ¿Por qué habéis tardado tanto?

—Me temo que Alexey está cansándose del plan. No comprende por qué tiene que permanecer encerrado en la habitación mientras nosotros nos reunimos aquí.

—No es ninguna novedad.

Todos caminaron hacia dentro de aquella vieja finca familiar que colindaba con los límites de la ciudad y el Canal. Para Dante no era un lugar desconocido, él mismo había ayudado a construirla. Recordó haber ayudado a Galtem a clavar las astillas y luego los dos habían permanecidos sentados, escrutando el infinito cielo a medida que su padrino narraba algunas leyendas astrales que rodeaban a los Ivanov. Aquella había sido la manera en que había

aprendido a saber de ellos, y aquellas mismas historias lo habían salvado del odio y del rencor

—¿Cómo están mis hermanos? —preguntó Kendall, centrando toda su atención en su mejor amiga.

—Veamos... —pronunció Vera, inclinándose sobre la deteriorada mesa de madera—. Sezja está reteniéndolos temporalmente en la mansión. Ha permitido que Sacha comience con los entrenamientos ya que parece ser el único modo que tiene de mantenerlo vigilado. Tavisha se niega a creer que te hayas marchado y Sonya está tratando de apaciguar su estado de ánimo.

—¿Y qué ocurre con Irina?

—Irina... —Se mantuvo en silencio unos segundos—. Ella es la que está más decidida a averiguar lo que Sezja oculta. Cree que existe relación entre tu desaparición y la de esos soldados...

—Debe dejar atrás el pasado —musitó con tono afligido.

—¿Lo harías si se tratara de Alexey?

Dante no estaba siguiendo el hilo de la conversación pero vislumbró el visible rubor en las mejillas de Kendall. A su lado, Callen la observó sin perder de vista aquella reacción. Hubo una calidez impropia en él, el modo en que su semblante se apaciguó sin que ella estuviera percatándose de ello.

—Nos encantaría participar en vuestra conversación —intervino Dante—. De modo que omitiré lo innecesario e iré a lo importante.

—¿Y qué es lo importante, según tú?

—Nuestro plan, por supuesto —le respondió a Vera con una sonrisa—. Desde la última vez que los salvajes entraron al Canal, las cosas han cambiado para bien. No me malinterpretes compañero...

Le guiñó un ojo a Callen cuando este tuvo intención de hablar.

—Me alegra que mi costilla rota te ponga de buen humor.

—Tuviste suerte de que no fueran las dos. Después de ver a ese salvaje envistiéndote, cualquiera diría que volviste a nacer. El caso es que mi padre ha estado distraído, dándoles caza de nuevo, lo que nos ha permitido reunirnos aquí sin muchas dificultades. Sin embargo, no creo que sea por mucho tiempo más.

—¿Qué insinúas?

—Que pronto sabrá que estamos al corriente de los micrófonos. Mi padre no seguirá creyendo que la *ragazza* ha cambiado de opinión a menos que lo demuestre. Es por esa razón por la que la espía —explicó— espera que confiese el paradero de Franco, y lo espera pronto.

—Tiene razón, Vera —afirmó ella—. El día en que aquel salvaje nos atacó, comprendí que nunca volvería a estar a salvo. Mi madre me recluyó en aquella residencia para que Marlon nunca pudiera encontrarme, ahora puedo comprenderlo todo con claridad.

—¿Qué tratas de decirme, Kendall? —Vera no apartó la vista de su amiga.

—Soy la mecha que incendiará esta guerra —reveló entonces—. Ellos siempre querrán algo de mí y lo utilizarán para destruirse mutuamente. Hice un trato con Marlon cuando regresé a la villa Montesini aquel día. Prometí confesarle el paradero de Franco a menos que detuviera la detonación de las Cumbres, liberó a Alexey porque accedí a quedarme y sé que si decido negociar... conseguiré atarme a este lugar para siempre.

—Estamos juntas en esto.

—Todos lo estamos —recordó Dante—. Por eso nuestro plan saldrá a la perfección.

—No confío en tus planes —dijo mordazmente Callen.

—Sí que lo haces. Por eso siempre me permites llevarlos a cabo.

—No tengo más remedio.

Dante sonrió entretenido.

—Como iba diciendo —continuó de nuevo—, Marlon puso esos micrófonos en la habitación con la esperanza de que la *ragazza* terminara revelando el paradero de Franco. Por suerte, nosotros ya sabíamos de su existencia y hemos sabido medir las palabras dentro de esas cuatro paredes. Le has hecho creer a Marlon que ya no confías en Katherine y él terminará creyéndote cuanto más lo repitas. Mañana a estas horas creerá que la lealtad que profesas a tu madre está destruida para siempre, cuando aceptes ser quien eres frente a todo el Canal.

—¿Qué ocurre mañana?

—Mi padre quiere presentar a la *ragazza* en sociedad. Es un hombre de tradiciones, incluso ya entonces tuvo la valentía de presentarme como al vástago de la familia. Mis hermanos no lo tomaron demasiado bien, creyeron que mi presencia era un insulto a la memoria de Lady Eleonora. Por lo que tengo entendido, contigo hará un trabajo realmente exquisito. Ha invitado a las familias más ricas para que presencién cómo te has rendido a sus encantos.

—Ella no se ha rendido a sus encantos.

—Es una forma de hablar, *bella*. —Luego clavó su mirada en la *ragazza*—. Solo trato de explicar que mañana será la oportunidad perfecta

para confesar el paradero de Franco. Él no dudará de ti.

—Ni siquiera sabemos dónde está —reparó Vera, exasperada—. Katherine no ha ordenado ningún secuestro. ¿Cómo pretendes encontrarlo si...?

Se detuvo, comprendiéndolo al instante.

—¿Contabas con que Kendall mintiera?

—Así es, *bella*. La *ragazza* dará un paradero falso que nos servirá para ganar tiempo. Conozco a alguien que nos puede ayudar a salir de esta isla sin ser reconocidos.

—¿Qué sacas tú de todo esto? —Lo escrutó sin reparos—. ¿Y por qué seguís ayudándonos cuando conocéis la verdad acerca de Franco?

—Lo cierto es que también deseo salir de este lugar. Siempre supe que la *ragazza* estaba utilizando la pista de Franco para asegurar su propia supervivencia, de forma que ya esperaba que nos guiara hacia un falso paradero —manifestó finalmente—. Supongo que nos hemos beneficiado mutuamente. Además es mi hermana....

—Medio hermana —reiteró Vera, cruzada de brazos.

—Ya es más de lo que ha sido Enzo en toda mi vida.

«... en esta historia solo yo me muero
y moriré de amor porque te quiero,
porque te quiero, amor, a sangre y fuego»

LXVI de PABLO NERUDA

XXIII

—¿Vas a decirme dónde vamos?

—Preguntas demasiado. —Oyó la queja en Callen como un susurro que no hubiera esperado confesar en alto.

A pesar de todo parecía relajado, la expresión de su rostro cuando giró su cabeza hacia Kendall así lo aseguraba. Callen le mostró el enorme establo de aquella finca. Se habían quedado solos en aquel lugar después de que Dante hubiera llevado a Vera de regreso a los límites.

—¿Vamos a montar a caballo?

Los ojos de ella se abrieron de par en par. La sonrisa entusiasmada no tardó en llegar y, para cuando quiso darse cuenta, Callen ya estaba observándola con aquella mirada cálida y a la vez indescifrable. Él se aproximó, colocando uno de sus rizos, tras su oreja. Juntos se acercaron a los caballos.

—Nunca te había visto sonreír. —Sostuvo su mano—. ¿Estás nerviosa?

—No, ya he montado antes.

Callen lanzó una sonrisa indiscreta.

—Me refiero a hacerlo conmigo.

—¿Qué?

La agarró, ayudándola a montar, sin que lo esperara. Kendall sujetó las riendas con firmeza mientras él se situaba detrás con un ágil movimiento. Pasó las manos por el hueco de su cintura, y estrechó con seguridad las cuerdas que ambos tenían agarradas.

—Intenta no presionarlo —insinuó y su piel se erizó de repente. Lo oyó inhalar con fuerza como si aquella cercanía también resultara difícil para él y agitó la pierna con suavidad haciendo que el animal comenzara a galopar—. A veces olvidamos que somos nosotros los que debemos confiar en ellos.

—¿Crees que todo saldrá bien?

—Creo que el plan de Dante no es tan descabellado después de todo.

Kendall notó su aliento en la nuca.

—¿Debo confiar en que esto no será una trampa?

—¿Confías en mí?

«¿Lo hacía?» Asintió, meditando en silencio lo que aquello supondría.

—Este lugar me recuerda a la ladera que había junto a mi casa — confesó y notó aquellas palabras profundas y reales acrecentando un

sentimiento cada vez más confuso. Una leve brisa la recorrió cuando Callen continuó hablando—. Mi padre solía dejar libre al ganado los días de verano. Recuerdo que el sol quemaba hasta endurecer la piel y el pasto nunca conseguía estar fresco del todo.

Se detuvieron en medio de la gran explanada verde, Kendall ya se había acostumbrado a este nuevo color vivo y cálido a la vez, como si el blanco y el frío de las Cumbres hubiera quedado en un lejano recuerdo. Echaba de menos su hogar, pero no podía olvidar que en realidad siempre quiso huir de allí, o más bien de Katherine. Callen acarició las crines del animal y luego se tumbó en la hierba.

—Tenía una hermana, Gillian. Murió junto a mis padres en un incendio.

—Callen... —Su voz se detuvo cuando él quiso continuar.

Adoptaba una expresión taciturna cuando los recuerdos de su familia vinieron a atormentarlo.

—Recuerdo cada hora de aquel día. Había discutido con mi padre aquella noche, me había marchado de casa enfadado y había merodeado por el bosque sin saber demasiado bien hacia dónde ir. Debieron pasar horas hasta que decidí volver y cuando lo hice ya todo estaba calcinado, incluso ellos. — Callen mostró el colgante que tenía colgado al cuello, el que ella había visto cuando estaba dormido. Era una diminuta llave requemada por el borde pero resplandeciente como la mirada que estaba lanzando al verla—. Es el único recuerdo que me queda de Gillian.

—¿Qué ocurrió después?

—Cuando la policía halló la casa calcinada dieron por sentado que todos habíamos muerto quemados. Después de todo, vivíamos apartados de la ciudad, a las afueras de un pequeño pueblo. Nadie vio nada la noche del incendio y todo el mundo creyó que había sido por alguna imprudencia. Sabía que si la policía me encontraba no tendría más opciones que pasar un tiempo en un orfanato, al menos hasta que tuviera edad suficiente para arreglármelas solo. No quería estar encerrado así que escapé. Estuve varios días sobreviviendo en la calle, mendigando, consiguiendo el suficiente dinero para ganarme un trozo de pan. Seguramente habría muerto de hambre de no ser por Dante.

—¿Él te encontró? —Lo miró comprendiendo en ese momento el profundo vínculo que los unía.

—Esperaba a que el cocinero vaciara la comida sobrante cuando aquel chico de aspecto engreído me señaló con descaro. Tenía esa mirada decidida

cuando estiró la mano para llamar la atención del hombre que lo acompañaba.

—Galtem —adivinó Kendall y él asintió.

—Se acercó a mí y me pidió que me uniera a ellos. No hizo preguntas hasta que estuve servido de comida y, cuando terminé de contarles mi historia, supe que ya habían tomado una decisión al respecto. Me defendió incluso cuando Marlon amenazó con encerrarlo en los calabozos si no me marchaba de aquí.

—Apuesto a que te acogió para enfurecerlo.

—¿No habrías hecho lo mismo con Katherine? —Por primera vez, Kendall, meditó aquella pregunta sabiendo que Callen tenía razón—. No sois tan distintos al fin y al cabo.

—Debe ser porque llevamos la misma sangre.

—No imagino a nadie mejor que Dante para confiar mi vida. —Vio la sinceridad en sus ojos.

—¿Por qué sigues arriesgándote?

—¿Ya vuelves a desconfiar de nuevo?

—No, no lo hago —respondió con rotundidad y percibió el destello de luz iluminando aquellos oscuros ojos que la cautivaban de repente. Se obligó a continuar pensando una respuesta—. Pero sé cómo acabará todo esto. Si mañana conseguimos escapar de aquí, todo cuanto hemos conocido cambiará. Acabaré dañando a aquellos que quiero y no quiero que tú seas uno de ellos.

—Kendall —pronunció y ella puso el dedo en su boca, silenciándolo.

—No quiero que sientas que tienes alguna responsabilidad conmigo. —Introdujo sus dedos en la melena de Callen, maravillada ante la belleza que suponía verlo de aquella forma pura y natural—. Porque no la tienes.

Pero Callen percibió la mentira que se escondía en su mirada. Claro que la tenía. Él la había protegido a pesar de las circunstancias y ella se había encontrado libre en sus brazos, en sus caricias, en cada mirada. Sus manos la atraparon con fuerza. Se recostó sobre ella, apoyando el peso de su cuerpo en el brazo derecho. La besó recorriendo cada zona de su piel y se embriagó de cada suspiro. Kendall respiró entrecortadamente cuando sus largos dedos descendieron hasta los botones de su pantalón.

—Prométeme que escaparás de aquí —le pidió él, viendo el brillo de deseo en sus ojos. Quiso responder pero no pudo. Estaba demasiado ocupada intentando ahogar el grito que parecía querer escapar de su pecho—. Prométeme que escaparás y que encontrarás un lugar donde sentirte libre. Pase lo que pase mañana, buscarás el modo de hacerlo.

—¿Por qué?

—Porque si Marlon te encuentra de nuevo, jamás volverás a ser libre.

De pronto un pitido tronó de su muñeca. Callen cerró los ojos inspirando antes de ponerse en pie. Debían regresar al *ghetto*.

—Es hora de volver —anunció—. Dante ya debe haber despedido a tu amiga. Además, no es buena idea dejar sola a Davina demasiado tiempo.

—Alexey no le hará daño.

—Claro que no lo hará —repuso distinguiendo aquella broma privada que no estaba compartiendo con ella—. La dulzura de Davina ya es suficiente tormento para él.

—Alexey ha sufrido mucho estos últimos años. Es insolente e imprevisible y, la mayoría de las veces, demasiado respondón pero eso no cambia el hecho de que sea una persona en la que se puede confiar.

—¿Confías porque es tu guardián?

—Confío porque no imagino vivir una vida en la que él no esté para fastidiarme.

Diez minutos después Callen detuvo el vehículo sin desviar la vista de los aparcamientos. La villa Montesini estaba a escasos metros, insólita y refinada. Tan distinta de la mansión Ivanov que, por un breve y fugaz segundo, imaginó su vida en ella. La mano de Callen se detuvo en su espalda guiándola hasta una puerta trasera que conducía a la primera planta, la del servicio. Pronto el ruido de las copas llegó con nitidez hasta ellos. Cruzaron por la cocina atestada de criados que fregaban, cortaban y aliñaban los múltiples platos que estaban preparándose de manera frenética.

—Parece que hay una fiesta arriba —se detuvo en seco.

—La cena de mi presentación en sociedad es mañana —recordó Kendall que estaba observando cómo Callen había guardado silencio de forma abrupta.

—No puede ser... —se escuchó.

—¿Qué está ocurriendo?

Sin embargo, aquellas palabras sonaron lejanas cuando la voz de Alexey retumbó por la estancia dejándola completamente helada. Subió las escaleras a toda prisa y comprobó la elegante fiesta que estaba celebrándose. La música empañaba un ambiente distendido y alegre a medida que las voces de los invitados cubrían toda la estancia. Distinguió el murmullo de aquellas chicas esbeltas y curiosas que reían discretamente, intentando llamar la atención de algo que les causaba especial divertimento. Siguió la dirección de

sus miradas, encontrándose con un Alexey que estaba sosteniendo una botella en la mano mientras vertía todo el líquido fuera del vaso. Reparó en la cantidad de copas de brindis que había vacías a su lado.

—¡Oh, no...! —musitó preocupada.

—Realmente parece estar pasándolo en grande —comentó Callen despreocupadamente.

—Solo bebe cuando le ocurre algo.

Salió del hueco de aquella escalera, consciente de que pronto su presencia llamaría la atención. Durante el tiempo que había permanecido en el Canal, Kendall había sido objeto de comentarios por parte de los aldeanos. Convertirse en la reciente hija de Marlon Montesini había causado más revuelo que comprensión y, a pesar de que todos allí deseaban saber más acerca de ella, nadie quería ser el primero en resolver las dudas. Caminó directamente hasta Alexey llamando su atención y rogándole con señas que soltara las copas. Los ojos de él se iluminaron perversamente.

—Princesa...

—¿Qué estás haciendo, Alexander?

—Me gusta cómo suena en tu boca. —Bebió un sorbo—. No tienes nada de qué preocuparte, ahora somos invitados de tu padre.

—Debías estar en mi habitación con Davina.

—Esa chica habla demasiado.

—¿Dónde está?

—Haciendo cosas de chicas. —Soltó una risita adulatora.

—¿Alguien ha averiguado que Kendall no se encontraba en la habitación?

—¡Vaya...! —le expuso a Callen con tono burlón—. Pareces tener el don de la omnipresencia. Últimamente te veo en todos los sitios, ¿a qué te dedicas exactamente? ¿No debías estar siguiendo al de los rizos?

—¿Estás borracho?

—Oh vamos... Estoy feliz, princesa. —Hipó y ella percibió las miradas curiosas de la gente a su alrededor—. ¿Sabes por qué? Por esto. —Señaló la botella con el dedo—. ¿Sabías que tu reciente padre tiene miles y miles de bodegas de... esto?

Alexey volvió a hipar.

—¡Maldita sea, Alexander! ¿Cuánto has bebido?

—Unas cuantas botellas de esta. —Señaló el barril de vino colocado a su lado—. Y... unos sorbitos de este.

No tuvo tiempo de seguir hablando. Callen le atizó un puñetazo, agarrándolo a tiempo, antes de que su cuerpo inconsciente se desmayara contra el suelo.

—¿Pero qué demonios haces? —Elevó la voz, espantada.

—No encuentro un método más rápido. A no ser que quieras que esta gente comience a hablar sobre cómo ha acabado con la reserva natural de vinos de los Montesini.

—¡Acabas de dejarle un ojo morado!

Callen lo cargó en su hombro y se dirigió hacia las escaleras, subiéndolas con una velocidad impropia de alguien que sostenía un cuerpo inerte. Kendall se adelantó para abrir la puerta, encontrándose la habitación vacía, y él dejó a un inconsciente Alexey sobre la cama a medida que ella sujetaba su cabeza con la almohada. Lo arropó con las sábanas y, cuando hizo intención de marcharse, él atrapó su mano.

—No te vayas.

—Estoy aquí, Alexey.

—No te alejes... no... no me dejes.

Kendall comprendió que estaba delirando en sueños. Se acercó al extremo de la cama, tendiéndose a su lado y hundiéndose en el hueco de su cuello. Acarició su flequillo alborotado mientras Alexey cerraba los ojos, tranquilo al tenerla junto a él. Volvió a susurrar su nombre, sabiendo que su propio corazón se había resquebrajado al oírle. Había un profundo pozo de desconsuelo en su voz, tan amargo como solitario. Apretó los ojos con fuerza intentando ahuyentar el sentimiento que la estaba mortificando por dentro y, cuando los abrió de nuevo, supo que Callen ya no estaría en aquella habitación.

Sezja caminó dirección al pequeño apartamento situado en la plaza central del *ghetto*, en uno de los edificios más antiguos. Saludó al portero con una leve inclinación de cabeza y se dirigió al ascensor. Pulsó el botón que lo conducía a la planta más alta y recordó la infinidad de veces que había recorrido aquel trayecto en los últimos años, antes de que todo cambiara para siempre. Llamó a la puerta y esperó.

—¿Qué haces aquí? —preguntó Vera soñolienta.

Evitó sonreír al presenciar cómo aquella camiseta holgada que todavía utilizaba para dormir dejaba a la vista unas piernas esbeltas.

—¿Puedo pasar?

—¿Para qué?

Alzó las cejas y ella se apartó, resignada. Era la primera vez que regresaba a aquel apartamento. Había recuerdos enclaustrados en el interior de aquellas paredes, momentos felices que ambos habían compartido y que jamás regresarían de nuevo.

—¿Dónde has estado hoy?

—¿Disculpa?

—Dos soldados han visto tu coche cerca de la vieja estación. Cuando se acercaron no estabas en él. —Vera se cruzó de brazos al oírle—. Afirman que volviste después de varias horas y que lo hiciste acompañada. No sé qué crees estar haciendo pero vas a dejarlo estar.

—¿O qué? —Preguntó enfurecida—. ¿Vas a arrestarme?

—Si eso evita que te pongas en peligro, lo haré.

—¿Si me hubieras contado desde un principio todo lo que sabías acerca de Kendall, no tendría que haber recurrido a... —por un instante dudó si debía continuar

Para entonces ya era tarde y el impacto de aquello provocó que Sezja diera un paso al frente. La inquietud estaba corroyendo todo a su paso cuando la agarró del brazo, obligándola a hablar.

—¿Qué has hecho qué?

—Era la única oportunidad para ver a Kendall.

—¿Cómo te has puesto en contacto con él?

—Me llamaste desde su teléfono, ¿recuerdas? Volví a llamarlo días después para hacer un trato. Él ha sido quien me ha llevado hasta tu hermana.

—¿Has visto a Kendall?

Vera asintió y el corazón de Sezja dio un vuelco.

—Está bien, o al menos todo lo bien que podría estar alguien en ese lugar. —Hizo una pausa meditando las consecuencias de sus palabras—. Hay varias personas que están dispuestas a ayudarla a escapar.

—Maldita sea Vera —rugió de pronto al imaginar lo que podría haber sucedido si la hubieran descubierto—. Esto es peligroso. Ya te lo dije. Si los Montesini descubren que has estado paseándote por sus terrenos.

—He estado haciéndolo durante dos meses, Sezja.

—¿Cómo?

—Lo que oyes. Y mañana a estas horas ese hombre la presentará en sociedad.

—¿Por qué haría tal cosa?

—Sezja. —Su voz se apagó de pronto. Vera evitó mirarlo pero él descubrió en sus ojos, aquellos que tantas veces lo habían atormentado en sueños, el oscuro secreto que parecía haber estado guardando todo ese tiempo —. Han ocurrido varias cosas en estos meses... creo que es mejor que te sientes.

«No está en mi naturaleza ocultar nada.
No puedo cerrar mis labios cuando he abierto mi corazón»

CHARLES DICKENS

XXIV

—Tienes que aceptar que tu madre no es la persona que crees — admitió Vera con dureza.

La historia que acababa de contar sonaba tan irreal en su mente que no pudo pensar con claridad. Sezja estaba sentado en la silla del salón sosteniendo una verdad que bien podría destruir todo en lo que había creído siempre.

—No —negó—. Ella no ha podido ocultar una cosa así durante todos estos años.

—Lo ha hecho. Igual que hizo contigo.

Sezja alzó la vista. Vera estaba sentada en la butaca junto a las cristaleras, observando más allá de ellas con una expresión entristecida.

—La decisión de casarme con Natasha fue mía, Vera. —No la miró a los ojos cuando dijo aquello—. Si Kendall es en realidad su hija, ¿por qué Montesini no ha intentado buscarla?

—Porque no lo sabía —explicó y vio que sus ojos habían olvidado momentáneamente la vieja herida que él había reavivado—. Además, tu madre la ha enviado a esa residencia todos estos años para que no sospechara nada. Aquel hombre... —Hizo una pausa intentando recordar el nombre—. Galtem. Dijo que tiempo atrás fueron muy amigos. Que Katherine había escapado de las Cumbres antes de convertirse en heredera y que, por aquel entonces, utilizaba el nombre de Alexandra.

Él se llevó las manos a la cara, devastado.

—Sezja —llamó su atención—. ¿Sabes qué significa esto?

—No lo digas. —Apretó el puño con fuerza.

—Kendall no podrá retener por más tiempo a Marlon, no sin que nos dinamite a todos. Ese hombre nos hubiera volado por los aires de no ser porque ella descubrió la verdad a tiempo, sin embargo, no podemos confiar en que cumpla su palabra —dijo—. En estos momentos debe estar odiando demasiado a Katherine y...

—Esto no puede salir de aquí. —La cortó viendo en esos momentos la confusión en Vera—. Antes de que secuestraran a Kendall escuchamos rumores de posibles amotinamientos en varios lugares del *ghetto*. Así es como comenzó la última vez: salvajes infiltrados secretamente entre los nuestros, reuniones clandestinas, revueltas y casas quemadas. Los salvajes están

sembrando de nuevo las sospechas entre los aldeanos, justo como ocurrió hace tres años. La muerte de Kassian Petrov no es más que un recordatorio de lo que pueden llegar a hacer de nuevo. Si esto sale a la luz, todos nuestros enemigos nos someterán al mismo tiempo.

—¿Por eso os infiltrasteis Alexey y tú en el Canal?

—Teníamos que traer de vuelta a Kendall sin que mi madre lo sospechara. Si ella descubre que Montesini conoce la verdad, no dudará en comenzar una guerra y no estoy dispuesto a que gente inocente pague las consecuencias.

—Debiste contármelo —sentenció Vera de pronto, suavizando el tono de voz. La miró. Su belleza no era comparable a nada que Sezja hubiese visto antes—. Tiempo atrás solíamos contárnoslo todo.

—Si te hubiera contado que Kendall estaba retenida en el Canal, inmediatamente habría que haberte amarrado a esa silla para que no fueras tras ella.

—Podría haberte ayudado. —se quejó y sus mejillas se sonrojaron. — No, no lo habrías hecho. Te habrías lanzado de cabeza contra el muro del Canal consiguiendo que Montesini te secuestrara a ti también y no podía permitir que eso pasara. Ya has visto lo que ha sucedido con Alexey. —Los remordimientos vinieron a atormentarlo nuevamente cuando pensó en el chico—. Luda Petrov me odia y no le culpo. Cree que he entregado en bandeja a su hermano.

—Alexey se entregó para estar junto a Kendall.

—¿Qué importa la razón que lo llevara a hacerlo? Era mi responsabilidad.

—No puedes responsabilizarte de todos, Sezja.

—Soy el futuro heredero y es lo que se espera que haga. Todos cuantos viven aquí, están sujetos a mi protección. De modo que dejarás que me encargue yo de todo esto a partir de ahora. No volverás a ver a ese Montesini, ¿está claro? Es muy peligroso lo que estás haciendo.

—No voy a hacerlo. —La cara de Vera se tornó enfadada—. Él es el único medio que tengo para saber cómo se encuentra Kendall y no voy a desaprovecharlo.

—¿Y cómo sabes que no te delatará? Es un Montesini —rugió Sezja ignorando aquel repentino fogonazo a que le ocurriera algo, más oscuro que el miedo. El hecho de saber que Vera había estado reuniéndose durante varios meses con aquel chico lo estaba atormentando.

—Si hubiera querido tendernos una trampa ya habría tenido oportunidad de hacerlo.

—Siempre has sido desconfiada, ¿por qué no lo eres ahora?

—No siempre lo fui.

Sezja desvió la mirada, consciente de la intención en sus palabras.

—Esto no tiene nada que ver con nosotros.

—Todo tiene que ver con nosotros, Sezja. Decidiste acabar con todo lo que una vez tuvimos por conseguir la aprobación de tu madre. Permitiste que me enamorara de ti aun sabiendo que tu matrimonio con Natasha ya estaba en marcha... ¿crees que podré confiar en alguien después de lo que hiciste? No podré hacerlo.

—¿Y por qué continúas con esto?

—Porque Kendall es lo más importante. Y si tengo que confiar en él para sacarla de aquel horrible lugar, lo haré.

Sezja se había puesto en pie a medida que se acercaba a Vera y sostenía sus manos con delicadeza. Notó cómo ella calló de repente, abrumada por la proximidad.

—Acepto que me odies. Sé que odiarme hace las cosas más fáciles. — Notó su aliento demasiado cerca—. No puedo reparar el daño que te hice y todavía me levanto pensando cómo puedo recompensarte por ello. Pero no me pidas que mire hacia otro lado cuando estás poniéndote en peligro. Mientras sigas viviendo, yo no podré dejar de intentar salvarte porque te amo... siempre lo he hecho, Vera.

Apreció las lágrimas que brotaron de sus ojos y se odió por lo que diría a continuación.

—Sé que no comprendes la razón que me llevó a casarme y sé también que Natasha conoce cuáles son mis sentimientos. La elegí y debo seguir eligiéndola todos los días de mi vida, pero no podré seguir haciéndolo si no dejas de ponerte en peligro.

Algo en su mirada se quebró. Una emoción que la desbordaba hasta ahogarla.

—Por favor, haz lo que te pido.

—No —desveló al fin, apartándose de él.

Despertó en mitad de la oscuridad tras oír unos extraños ruidos que procedían del exterior. Caminó con sigilo hasta la puerta haciendo el menor

sonido. Alexey dormía plácidamente y no deseaba despertarlo. El pasillo estaba desértico a pesar de haber oído voces. Seguramente de los invitados a la fiesta que se celebraba en la planta inferior. Marlon no había venido a invitarla por lo que entendía, que su presencia en ella, no era requerida. Lo agradeció.

—Kendall.

—Estoy aquí —susurró a media voz, alzando la cabeza y pestañeando repetidamente. Se dirigió a la cama recostándose junto a él.

—Me duele la cabeza.

—Te has tomado todas las botellas de vino. —Alexey alzó sus ojos, buscándola en la oscuridad de la habitación—. No sé qué demonios creías estar haciendo...

—No pensaba —la cortó palpándose la sien e incorporándose en la cama para sostener una de las sillas. Comenzó a arrastrarla de un lado a otro, causando un ruido chirriante. Kendall comprendió lo que estaba haciendo. Evitaba que sus palabras fueran interceptadas por los micrófonos—. Ahora que lo recuerdo, alguien vino a buscarte. Decía conocerte y no era ninguno de esos dos. La chica comenzó a ponerse nerviosa y, por un instante, pensé que podía haber descubierto el plan... que de algún modo el chico había sospechado que Davina estaba suplantándote. Los oí discutir en el pasillo durante varios minutos y luego se marcharon juntos.

—¿Él?

—Rubio, un tanto engreído, y parecía encontrar cierto deleite cada vez que se contemplaba en el espejo —se burló todavía susurrando aquella conversación.

—Alexander —lo increpó—. No conozco a nadie más, aparte de Dante y Callen.

Se encogió de hombros y detuvo el ruido.

—No me extraña que hagan fiestas todos los días —insinuó fingidamente, desviando la conversación anterior por si alguien estaba escuchándolos en esos momentos—. Con la cantidad de vino que tienen por beber.... ¿sabías que tenías un tatarabuelo que murió bebiendo? El pobre hombre quiso acabar con las reservas y murió en el intento. Una lástima.

Reprimió la sonrisa con grandes esfuerzos. Alexey siempre la hacía reír en los peores momentos.

—Eres idiota.

—Hacía tiempo que no sonreías.

—No he tenido motivos para hacerlo.

—Deberías sonreír más. —Se acercó y jugueteó con sus rizos sin apartar la vista de ella—. Estás increíble cuando lo haces, princesa.

—Deja de coquetear y duerme.

Kendall puso los ojos en blanco cuando Alexey regresó a la cama con una sonrisa insolente en su cara. Cerró los ojos y lo contempló en la distancia. Se había quedado pensando en sus palabras, en las del chico misterioso que había venido a buscarla. No conocía a nadie más en el Canal. ¿Pero podría alguien conocerla a ella? Las voces de Dante y Callen la sacaron de su ensimismamiento.

—¿Sabes lo que siempre me ha fascinado? Tu retorcida forma de ocultar lo que verdaderamente te importa. —Los contempló cuando abrió la puerta de golpe, haciéndoles retroceder en el acto—. *Ragazza*.

—Despertaréis a Alexey. ¿Qué ocurre?

—Él es lo que ocurre —protestó Callen perdiendo el control repentinamente. Apretaba los dientes con fuerza y cuando alzó la mirada hacia aquel rostro partido en miles de fragmentos indescifrables, comprendió que algo lo perturbaba—. Cuando despierte, dáselas. No sabrá donde meter la cabeza.

Colocó varias pastillas en la palma de su mano con rudeza y se marchó sin volver la vista atrás.

—Es... demasiado hermético, me temo —satirizó Dante, observando de reojo la figura de su amigo mientras se perdía por el pasillo—. Una vez incluso lo echaron de uno de los museos de la ciudad. Los responsables dijeron que su cara estaba espantando a todos los turistas.

Pareció encontrar aquel recuerdo divertido.

—Me han dicho que ha bebido suficiente vino como para dejarnos sin reservas. —Alzó una ceja, inquisitivo—. Lástima que no me hubiera avisado, me habría unido encantado. Lo cierto es que la comida y el vino son las únicas cosas que echaré en falta cuando esté en Viena. He venido para agradecerte que hayas decidido finalmente traer a mi querido hermano de regreso.

Le guiñó un ojo. Kendall supo qué debía hacer a continuación.

—Marlon prometió no detonar las Cumbres si confesaba el paradero de Franco. Hago esto para proteger a mis hermanos.

—Todos salimos ganando, *ragazza*. ¿Cuándo nos dirás dónde está escondido?

—Mañana —mintió, sabiendo que su promesa sería escuchada—. Lo

haré mañana.

—¿Por qué no celebramos este trato? Cuando no puedo dormir, siempre preparo un vaso de leche fría —dijo—. ¿Te apetece acompañarme?

Dante preparó dos vasos de leche mientras Kendall esperaba sentada en el taburete de la cocina, apoyando los codos sobre el mármol. En el tiempo que había conocido a aquel chico, había aprendido que su extrañeza lo había salvado durante ese tiempo.

—Nunca has contado nada acerca de tus hermanos —preguntó lanzándole una sonrisa misteriosa—. Solo he tenido el placer de conocer al principito. Me recuerda demasiado a Gian, tan protector con algunos y tan desconsiderado con otros.

—¿Por qué lo dices?

—Mis hermanos... ahora también son los tuyos. —Rio animadamente ante aquello—. Siempre han sido rigurosos en cuanto a aceptarme en su hermandad. El amor puede ser desconsiderado a veces. ¿No es por esa razón por la que tu amiga sufre?

—¿Vera te lo ha contado?

—Soy bastante observador, *ragazza*. Un corazón roto no es difícil de ocultar.

—Mi hermano y Vera estuvieron enamorados, todavía siguen estándolo supongo.

—¿Por qué rompieron? —preguntó encogiéndose de hombros—. Simple curiosidad.

—Mi madre obligó a Sezja a casarse con Natasha. Nada mejor que los Petrov para cumplir con las absurdas tradiciones milenarias a las que nos somete. —Dante se colocó frente a ella, interesado por la historia—. Vera ha sufrido mucho desde entonces. Tal vez la traición sea algo de lo que no podremos escapar nunca. Somos quienes somos y debemos estar preparados para asumir los riesgos.

—¿Qué hay de tus otros hermanos?

—Sezja es el primogénito —explicó sin saber muy bien por qué estaba contándole aquello. Quizá el brillo de expectación en sus ojos azules la animó a continuar—. Luego están las gemelas, Sonya e Irina... la prudencia y la osadía hechas persona. Es complicado encontrar a alguien más compasivo que Sonya y más terco que Irina. Son como dos gotas de agua totalmente distintas y, sin embargo, la una no sería nada sin la otra. Después está Tavisha que es la más inteligente a pesar de ser la más pequeña y, por último, Sacha. Si lo

hubierais secuestrado aquella noche, os habría puesto a prueba más veces de las que lo he hecho yo. —Esbozó una sonrisa al imaginarlo, un gesto que no pasó desapercibido para él.

—Al menos uno de nosotros ha tenido suerte por lo que intuyo.

—¿Qué significa eso?

—Significa que no habrías corrido con la misma fortuna aquí.

Dante la miró con atención viéndose reflejado en sus ojos azul eléctrico. La misma electricidad que veía en los suyos.

—*Mía ragazza* —pronunció entonces y alargó su mano deteniéndola en su mejilla. La acarició con suavidad, comprobando maravillado cómo ella abría los ojos sorprendida por aquel contacto. Sonrió débilmente, casi entristecido y supo que había afecto en su mirada. Un afecto real y sincero—. Deberíamos descansar. Mañana será un día largo y me temo que no saldremos vivos de él.

—¿Crees que Marlon desconfiará?

—Marlon desconfía de su propia sombra —dijo—. Pero hay dos cosas a las que nuestro padre nunca renunciará: una es castigar a Katherine y la otra salvar a los suyos. Ahora tú te has convertido en las dos caras de esa balanza.

«Los recuerdos que uno entierra en el silencio
son los que nunca dejan de perseguirle»

El laberinto de los espíritus de CARLOS RUÍZ ZAFÓN

XXV

Kendall se encontró mirándose nuevamente al espejo admirando el trabajo que Davina había realizado en ella. El chiffon se ajustaba livianamente a su silueta, realzando las cuentas de cristal que adornaban el escote de aquel vestido y el color blanco de la tela exaltaba el color azabache que había heredado de Katherine. Davina no había querido pintar la línea de los ojos, permitiendo que toda la sombra de tonalidades claras parecieran naturales en su cara. Volvió a girar sobre sí misma pensando por última vez lo que aquella fiesta supondría. Debía convencer a Marlon Montesini de que su lealtad había cambiado estos meses a menos que quisiera ver a su propia familia muerta.

—¡Estás increíble! —comentó Davina maravillada.

—¿Dónde estuviste ayer? —musitó ella golpeando las botas con fuerza contra el suelo, impidiendo que los micrófonos interceptaran la conversación.

—Aquí no —advirtió con cierta inquietud en la voz—. Pueden oírnos.

—Davina...

—Confía en mí.

—¿Por qué razón ha de estar aquí? —preguntó disgustado Alexey. Davina le echó un vistazo y calló de inmediato.

—Tú eres el que no deberías estar en mi cama.

—Todavía puedes comprobar que los viejos tiempos siguen presentes.

Vislumbró en el espejo su sonrisa traviesa.

—Te recuerdo que acabaste con toda la reserva de vinos y que has hablado durante toda la noche en sueños.

—¡Oh, vamos princesa! Ahora son tu familia y yo su invitado —ironizó—. Puedo echarte la culpa y fingir que no he sido. Como aquella vez en la que asesiné a aquel arbusto en forma de cisne que tantos problemas visuales me causaba.

—¿Fuiste tú? —Alexey rio divertido ante la acusación—. Tavisha estuvo una semana sin hablarme. Creyó que había sido yo quién lo había destrozado.

—Ahora tenéis unos en forma de avestruces, igual de molestos.

Lo fulminó mientras se desperezaba en la cama con elegancia y altanería.

—¡Eh, rubia! ¿Sabes si habrá vino en la fiesta? —Oyó la burla de Alexey.

—Me llamo Davina, y no. No habrá vino suficiente para ti. Es un baile formal no una reunión de moteros en una taberna de mala muerte.

—Menudo aburrimiento —sostuvo él.

—Marlon ha reunido a los miembros más importantes del *ghetto* para presentarte como a su hija legítima —explicó a pesar de que Kendall ya lo sabía—. Ya sé que todo esto es demasiado repentino pero mi padre... nuestro padre... está intentando que te sientas lo más cómoda posible con todo esto.

—¿Reuniendo a todo el Canal para que la acribillen?

—La gente comienza a aceptarla —le respondió Davina con seriedad.

—Esta chica es incluso más ilusa de lo que pensaba.

—Es una Montesini —espetó—. Lo aceptes o no.

—Verás, rubia. —Alexey se había levantado de la cama, dirigiéndose a ambas y acusando con la mirada a Davina, que lo escrutaba fuera de toda interpretación—. Voy a dejarte una cosa clara. Ella no es una de vosotros. Incluso, aunque tu padre organice unas olimpiadas para dejarlo claro. Podrías comunicárselo la próxima vez que vayas a delatarla.

—¡Yo nunca la he delatado! —Estalló ante las duras palabras que él había lanzado—. Nunca haría nada para perjudicarla.

—No veo que hicieras nada para sacarla de aquí cuando estaba secuestrada.

—¡Alexey!

—¿Qué podía hacer?

—¿Pretendes que nos creamos que la hija de Montesini no pudo hacer nada más? —El humor se había esfumado en el talante de Alexey. Notó como sus ojos ardían de ira contra Davina.

—No pretendo que creas nada —musitó dolida.

—¡Alexander! —Kendall estiró la mano hacia su mejilla posándola en su tenso mentón. Tenía los puños cerrados con fuerza y, cuando sus ojos volvieron a posarse en los suyos, vio en ellos la claridad que tantas veces la había envuelto. Toda la intensidad de aquellos ojos ámbar sobre ella... hermosos y perspicaces—. Cálmate.

—No soporto que te trate como a uno de ellos.

—Pero soy uno de ellos. —En lo más profundo de su corazón supo que aquellas palabras eran reales—. Ya nunca más seré Kendall Ivanova.

—¿Es que prefieres Kendall Montesini? —Se burló amargamente de ella.

—Seré Kendall a secas.

—Bien, Kendall a secas. —Hubo firmeza en sus ojos—. No voy a perderte porque un sádico diga que es tu verdadero padre y quiera presentarte en sociedad.

—Alexey —le rogó cubriendo la cara entre sus manos. Él la rodeó con sus brazos introduciendo su rostro en la melena recién peinada.

—No tienes que arriesgarte a esto. —Su voz se apagó entre susurros—. Podemos encontrar otro modo de salir de aquí.

Caminó hacia la puerta sosteniendo con cuidado la tela del vestido para no tropezar. Escuchó la música en el piso de abajo e inhaló con fuerza antes de abrirla. Comprobó con cierta desilusión que nadie la esperaba. Quizá esperó que unos ojos oscuros la recibieran con aquella mirada cargada de intensidad, que sus manos la agarraran firmemente e indicaran la dirección que debía tomar... al parecer, eso no sucedería. Callen no había vuelto a aparecer después de la noche anterior, cuando se marchó de aquel modo. Davina había comentado que se encontraba en la ciudad y que seguramente no estaría en el baile de su presentación en sociedad. Kendall notó la sequedad en su boca, cerró los ojos y se armó de valor. Haría aquello sin él, incluso aunque no tuviera motivos para sentirse de aquella forma... hundida en un sentimiento de ahogo. Bajaría las escaleras, como lo estaba haciendo en esos momentos a pesar de todas aquellas miradas indiscretas puestas sobre ella; ignoraría cada estúpido susurro de aquella gente que apenas la conocía; y, una vez que hubiera bajado el último escalón, olvidaría por completo buscarlo entre la multitud. Alzó el mentón levantando los ojos hasta aquel hombre que caminaba lentamente hacia ella, tendiéndole la mano para que confiara en él y para que aceptara ser su hija.

—Estás deslumbrante —dijo, guiándola hasta el centro de la sala donde los invitados estaban abriéndose hueco, expectantes por aquel baile que se llevaba a cabo—. Tu madre llevó uno parecido el día en que le propuse matrimonio.

—¿Le propusiste matrimonio? —Su propio asombro lo hizo reír.

Detuvo la mano detrás de su espalda, entrelazando los dedos con los suyos y comenzando a danzar. Sus ojos pardos la evaluaron silenciosamente. Igual que en aquellos últimos meses en los que su presencia se había vuelto cercana, próxima a ser tolerada. No obstante, sabían bien que ninguno confiaba lo necesario para creer que toda aquella cortesía no estaría cargada de recelo y desconfianza.

—Estábamos enamorados, Kendall. Cuando uno ama a alguien más que

a sí mismo, olvida por completo que la otra persona tiene el arma para destruirlo. Tu madre aceptó para luego huir para siempre. Tienes la misma pasión que había en ella. —Kendall no pudo evitar mirarlo. Hasta el momento, él nunca había hablado de su madre utilizando aquel tono cargado de nostalgia—. Recuerdo los lienzos que tiró cada vez que pintaba algo que no salía como había imaginado. Estuve profundamente enamorado de ella. La amé con todo lo que tuve y cuando desapareció no encontré consuelo en nadie más. Tu madre tenía esa fuerza, la misma que vi en ti aquel día que quisiste escapar. Pero debes comprender que te alejó de mí, me traicionó transformando ese sentimiento en algo oscuro y lleno de ira.

—Prometiste no hacerles daño —le recordó.

—Me basta con que sepa que conoces la verdad. Katherine no soportará que elijas a esta familia. —Vislumbró el brillo de triunfo en aquella mirada—. Sé que es tarde para recuperar los años que estuvimos separados... si hubiera sabido que estabas tan cerca, habría hecho todo para traerte conmigo.

Kendall lo supo con exactitud antes de que él lo sentenciara en alto.

—Katherine te ha alejado de mí durante demasiados años. No es algo que pueda olvidar con facilidad.

—¡Oh, por fin te encuentro!

Davina estaba frente a ellos con una sonrisa tensa. El vestido dorado cubría todo su bonito cuerpo, dejando a la vista unos zapatos de pedrería. Su corta y fina melena rubia resplandecía entre la multitud volviéndola sutil y misteriosa. Estaba preciosa.

—Davina, ¿no debías estar junto a Gaston? Isabella está descontenta con el trato que le has ofrecido a su hijo después de que regresara. Tenía entendido que os gustabais. —Las mejillas de ella se sonrojaron inesperadamente—. Estamos celebrando esta fiesta en honor a Kendall. La tuya ya se celebró.

—¿Cómo olvidarlo si no deja de recordarlo, padre?

—¿Estás bien? —preguntó Kendall consciente de que Davina estaba buscándola con la mirada. Algo estaba ocurriendo.

—Es... este vestido. No puedo respirar con él.

—Avisa a una de las criadas, Davina.

—Están todas sirviendo a tus invitados. —La sostuvo del brazo—. Será un momento.

—Está bien —cedió finalmente Marlon—, pero te disculparás con

Isabella.

—Es lo primero que haré cuando pueda respirar, padre.

—¿Vas a disculparte con Isabella? —preguntó Kendall curiosa.

Estaba conduciéndola a través de los jardines a un ritmo apresurado. La música resonaba a su espalda cautivadoramente y el tintineo de las copas y las risas de los invitados hicieron que recordara las fiestas que su madre organizaba en las Cumbres.

—Claro que no voy a hacerlo —contestó—. No consentiré que humille de ese modo a mi madre. Ya tengo suficiente con verla todos los días desayunando en mi propia casa.

—¿Dónde me llevas? Se suponía que deberías estar cumpliendo con el plan.

Caminaron hacia el empedrado laberinto de hortensias que daba la bienvenida a la villa y cruzaron deprisa el sendero que las conduciría hasta una hilera de casas pequeñas y discretas. Davina apartó la valla subiendo las escaleras de una de ellas y encendió la luz de la entrada esperando a que alguien más hiciera su aparición en aquel lugar.

—¿A quién estamos esperando, Davina?

La confianza era una cualidad que se ganaba con el tiempo. Dante siempre había pensado que para ello se debía dar toda la sinceridad que se tuviera al alcance depositándola en las personas que más se apreciaba. Él se consideraba una persona honesta, a pesar de ser un tanto deslenguado y mordaz en ocasiones. Había aprendido a ocultar la preocupación que sentía por los suyos de una forma casi hiriente. Galtem era la única persona que lo conocía lo suficiente como para castigarlo por ello. Su padrino siempre lo había cuidado, incluso cuando sus hermanos le habían recordado durante años lo distinto que era entre los propios Montesini. Siempre había intercedido por él, a pesar de que los últimos acontecimientos habían provocado cicatrices que tardarían largo tiempo en sanar.

Pudo percibir su silueta de pie junto al convite. Siguió la dirección de su mirada y se percató de que Galtem lo observaba con discreción. La misma moderación que lo había caracterizado durante aquellos años de mentiras ocultas y verdades a medias.

—Pensé que habías dejado de espíarme —se jactó cuando cruzó la sala para reunirse junto a él.

Su padrino lucía su habitual traje de gala mientras esbozaba una sonrisa tranquila y llena de un afecto desmesurado.

—No tendría que hacerlo si me mantuvieras informado de lo que haces. —Sostuvo entre sus dedos el colgante de Vera, el que debía estar guardado en su escritorio, y lo devolvió con sutileza a su bolsillo—. ¿De dónde lo has sacado?

—¿Ahora me registras? —bromeó.

—Dante. —Vio la súplica en sus ojos—, ¿cómo ha llegado esto a ti?

—¿Recuerdas la chica a la que asustaste el día del Carnaval? Ya sabes... pelirroja, pecosa, cara de malas pulgas. Pues es de ella.

Dante se percató del cambio en su expresión.

—No es posible —susurró con un tono ahogado.

—¿Por qué tengo la impresión de que me ocultas un gran secreto? La última vez que lo hiciste, acabaste confesando delante de todos que la *ragazza* era mi hermana. ¿Es que esa chica también lo es? ¿Cuántos hermanos me faltan por conocer todavía?

—¿Qué sabes acerca de ella?

—No funciona así, viejo —canturreó él—. Debes confiar y ser confiado.

—Conocí a su madre —desveló—. Aquel día en el Carnaval cuando la vi... supe que no había duda, que era su hija. Es un milagro que esté viva. Si tu padre la hubiera descubierto...

—La hubiera matado como hizo con sus padres, como hizo con Olivia, ¿verdad? —inquirió Dante, recordando el nombre de aquella mujer y vislumbrando el confuso semblante de su padrino.

—Tu padre nunca habría dañado a Olivia.

—La chica me contó que sus padres fueron asesinados. Que este colgante era el único recuerdo que tenía de su madre. ¿Por qué iba alguien a mentirle de ese modo? —El gesto de Galtem se aclaró, iluminado por un pensamiento que no compartiría.

—Hijo —posó la mano en su hombro, recobrando la expresión—. No espero que confíes en mí después de lo que tengo que contarte, pero existen demasiados secretos que nos aprisionan entre estos muros. La verdad nunca será aceptada, no cuando hay gente que quiere corromperla. Debes cuidar de Kendall y de esa chica, porque es el único modo de que la verdad sea recompensada. Confía solo en aquellos que puedan merecerlo y no dejes que tu padre te aprisione de nuevo.

Dicho esto, se marchó dejándolo solo ante aquella calma disfrazada de inquietudes y respuestas. Vislumbró a lo lejos las luces del *ghetto*, que se apagaban paulatinamente a medida que la noche avanzaba. Contempló la sombra de Galtem adentrándose en la oscuridad de los jardines, veloz y segura, barriendo de incertidumbre todo cuanto su padrino le había enseñado alguna vez. Sus sentidos se pusieron alerta cuando dos siluetas encapuchadas se adentraron por el mismo hueco por el que segundos antes había desaparecido. Sin tiempo a pensar nada más, se adentró él también por el hueco de los rosales. El sigilo en sus pasos facilitó oír todo cuanto sucedía a pocos metros de distancia. Galtem estaba de pie, parecía esperar a alguien y no se percató de las dos sombras que aparecieron detrás de él de repente. Dante se puso en movimiento. Corrió hacia ellos sosteniendo el puño de la daga en alto y los sorprendió.

—¡Galtem!

—¿Dante? —Una emoción desconocida inundó la voz de su padrino cuando lo vio aparecer. «Miedo» pensó. Terror por lo que aquellos encapuchados pudieran hacerle—. Márchate de aquí.

—No me iré de aquí sin ti.

—¡Dejadlo! —Los encapuchados se detuvieron al instante. Dante observó el brillo de una serpiente dorada en uno de los escudos—. Haz lo que te ordeno.

—¿Dónde te llevan?

—Eso no es asunto tuyo —contestó entonces uno de ellos con voz grave. Era alto y sus ojos marrones lo observaban con cautela—. Nos ocuparemos de él.

—No podéis tocarlo —advirtió Galtem y depositó un beso fugaz en su frente.

Cuando su mirada se posó en la suya... vio la sombra del arrepentimiento en ella, como si fuera demasiado tarde.

«Es necesario haber deseado morir
para saber lo bueno que es vivir»

El conde de Monte Cristo de ALEXANDRE DUMAS

XXVI

Dante dio un paso atrás, calculando la distancia contra la que impactaría la daga en una de las ruedas del vehículo que acababa de ponerse en marcha. Entrecerró los ojos maldiciendo en alto cuando un segundo todoterreno le cortó el paso y bloqueó el tiro. En su interior había un hombre. Tenía una barba trenzada que cubría todo el mentón junto a unas marcas horizontales que adornaban un rostro sombrío. No imaginó cómo debía haber entrado en el Canal. Alguien debía estar ayudándolo.

—¡Dante! —Reconoció la silueta de Callen a escasa distancia e inmediatamente se abrió paso entre la maleza. Ya estaba desenvainando la espada cuando comprendió lo que ocurría.

—No te muevas —advirtió—. Es un salvaje.

—Detesto que tus planes nunca salgan bien.

—El plan habría salido bien si no hubieras decidido marcharte justo el día en que comenzábamos a ejecutarlo —objetó, oyendo el estallido del motor—. ¿Cómo ha logrado internarse en el Canal sin que nadie lo descubra?

—Infiltrados —reveló y percibió el profundo corte que le atravesaba el arco de la ceja por la mitad.

—Deben estar informándoles. Este es el mismo que nos atacó en la selva —dijo un Callen demacrado.

—No parece dispuesto a cooperar. —Una espesa bruma de humo brotó de la parte trasera del vehículo cuando se puso en movimiento. La puerta delantera se abrió de una sacudida y el salvaje salió disparado hacia la linde de la maleza sin tiempo a que pudieran alcanzarlo—. ¿Es que nos ha dejado prestado el coche?

—Olvídate de él. Debemos encontrar a Galtem. —Sus ojos se posaron en los de su compañero—. He estado en la ciudad y he descubierto cierta información que no beneficiará a tu padre. Creíamos haberlo engañado pero él siempre irá un paso más adelantado que nosotros.

—¿Qué has descubierto?

—La mina que puso en marcha para dinamitar las Cumbres en realidad es un proyecto encubierto. Tu padre hizo un trato con una empresa de la ciudad para construir esa mina. Todos los mineros que han estado trabajando en ella habían sido contratados por esa empresa privada y todos responden ante un mismo encargado. Se llama Rafael. —Dante arrugó el ceño—. Ese debe ser el

aliado del que hablaban tus hermanos la noche en la que secuestraron a Kendall.

—¿Por qué querría ese tal Rafael dinamitar las Cumbres?

—Tal vez quiera esos terrenos. Piénsalo —dijo cuando él ya lo estaba haciendo—. Vuestro ejército no podía hacer frente al de las Cumbres, si Marlon decidía comenzar una guerra por Franco, de modo que buscó ayuda en la ciudad. Ambos construyeron la mina: uno por venganza y el otro por codicia.

—Mi padre prometió no dinamitarlas cuando descubrió que la *ragazza* era su hija.

—¿Y lo creíste? —Dante evitó la duda que comenzó a corroerlo—. ¿Por eso puso micrófonos en la habitación, porque confiaba en ella? Si esta historia es cierta, tu padre no podrá impedir que Rafael cobre su parte del trato.

—Explícate.

—Vi su nombre en la lista de invitados al banquete del Carnaval. Marlon debió invitarlo. Hasta ese mismo día no se supo que Kendall era su verdadera hija, por lo que Rafael debía estar allí para hablar sobre el progreso de la mina. —Hizo una pausa adivinando sus palabras—. ¿Quién nos asegura que no está finalizada ya?

—Súbete al coche —le instó de pronto mientras rodeaba el vehículo—. Yo conduzco.

—Tenemos que encontrar a Galtem. Él es el único que puede averiguar la verdad.

—Es precisamente eso mismo lo que vamos a hacer, compañero. —Arrancó el motor pisando el pedal del acelerador—. Pero antes debemos evitar que lo secuestren.

El vehículo estaba detenido en una hondonada próxima al muro del Canal. Dante había conducido todo lo rápido que Callen le había permitido y ahora se encontraban parados y contemplando cómo uno de los encapuchados bajaba del coche. Por la forma en la que estudiaba con atención el terreno, parecía que la espera había llegado a su fin.

—Podemos reducirlos —aseguró Callen.

—Hemos llegado a tiempo. Están esperando a que alguien llegue... —calló repentinamente cuando la entrada de otro vehículo hizo su presencia en aquel lugar. Las luces de los faros delanteros se apagaron y la puerta del asiento trasero se abrió dejando paso a una silueta femenina. Dante la

reconoció enseguida—. Katherine.

—¿Qué hace aquí?

—Debí imaginar que recurriría a ella. —Sintió la mirada inquisitiva de Callen—. Galtem no está a salvo en el Canal y él es consciente de ello. Después de que confesara la verdad acerca de quién era la *ragazza*, mi padre lo ha seguido muy de cerca. Fue él quien me confesó que Marlon había puesto micrófonos en las habitaciones para espiarla y tal vez esta noche haya querido contarme el resto.

—¿Y por qué cree que Katherine puede mantenerlo a salvo?

—Porque tiempo atrás fueron amigos.

Miró a su compañero y vio la sombra de la duda florecer en sus ojos negros.

—¿Recuerdas cuándo insinué que llegaría el momento en que tendrías que vivir tu propia vida? Pues ha llegado el momento. Necesito que te quedes en el Canal y averigües lo que trama mi padre. Has sido mi sombra durante tanto tiempo... que ya he olvidado donde comienzan y terminan tus propias creencias. No te pediré que me acompañes esta vez. Por primera vez, sé que no puedes hacerlo.

—Dante...

—Ella es mucho más de lo que te niegas a ti mismo. —Callen alzó la vista al frente justo cuando escuchó aquello—. Y deseo que siga siendo así, siempre que eso haga que la mantengas a salvo.

—¿Dónde irás?

—Galtem no es el único que necesita respuestas. —Sacó del bolsillo de su esmoquin el teléfono y marcó aquel número que se había aprendido de memoria—. Y ahora es un buen momento para que alguien me devuelva un favor.

—La gente no sabe qué hacer con tantísimo sol. —Dejó caer Aston a su lado—. Son como lagartijas que salen para tostarse.

Su único amigo de residencia estaba tumbado boca arriba en el césped, con las manos rodeando su nuca y en una postura despreocupada. Aquel día invernal no podía ser más apacible. El sol había salido, manteniéndose intacto entre un cielo más que despejado. A pesar de estar cubiertos por aquella imponente fachada grotesca del siglo anterior, Kendall estaba segura de notar el insistente rayo de calor que cubría la mitad de su mejilla

—¿Cómo lagartijas?

—Es un dicho. —La sacó de dudas—. Una forma de hablar.

—Ajá —entrecerró el ojo derecho sacudido por el calor.

Aston había comenzado ya a contar una de sus múltiples historias y ella oyó su voz acelerarse a medida que la excitación se apoderaba de todo su cuerpo. Kendall apreciaba realmente su compañía. Se habían mantenido juntos desde el primer año en que su madre había decidido internarla en aquella residencia, volviéndose a reencontrar cada comienzo de curso como si no hubiera transcurrido tiempo entre ellos. Ella jamás había revelado las razones por las que se encontraba interna y Aston había hecho lo mismo. Ambos habían sabido respetar sus motivos por encima de todo.

—Ese cavernícola de Coleman ha vuelto a molestar al pobre novato de primero —anunció, bostezando en alto—. No he podido resistirme a cambiar de estante los botes de azúcares puestos en la sala donde normalmente almuerza. Deberías haber visto a culoprieto vaciar los granos de sal en la torta de manzana.

Kendall había esbozado una sonrisa imaginándolo.

—Ahora no parará hasta encontrar al que lo ha hecho.

—Nadie se atreverá a tocarme. —Chasqueó la lengua posando la mano en su pelo. Atisbó una serie de mechones de un miel claro—. Saben que puedo freírlos al instante. ¿Sabías que se necesitan más de un millón de bombas termonucleares para erradicar el mundo?

—Espero que no hayas comprado una.

—No poseo tanto dinero. —Pudo notar la vanidad implícita en sus palabras—. Además, aunque lo tuviera, no podría disponerlo a mi antojo.

—¿Por eso fabricas esos artilugios? ¿Para venderlos y sacar dinero?

—No —dijo de pronto y sus labios se apretaron con fuerza—. Trabajo en ellos para despejar mi mente.

—¿Qué significa eso?

—Significa que no puedo cambiar mi vida en estos momentos. Estoy sujeto a normas que se escapan de mi control. —Su voz estaba cargada de añoranza y en su expresión se había dibujado una mezcla de emociones—. Mi familia paga esta residencia para recordarme que no debo perder el tiempo. Están esperando a que salga de aquí para poner a prueba mi habilidad.

—¿Y por qué no les cuentas la verdad? Que no quieres trabajar para ellos.

Su rostro se endureció y una profunda resignación afloró a la superficie.

—A veces la verdad no es tan fácil de contar, Ken. Todo el mundo esconde secretos. —Rio amargamente—. Al final, todos tenemos algo que no deseamos que salga a la luz y, cuando ocurre, solo nos queda la esperanza de poder enfrentar esa verdad con cautela. La gente creará aquello que le resulte más fácil. Por eso, las medias verdades no dejan de ser mentiras igual que una mentira a medias nunca llega a ser una verdad.

—Hola Ken.

Aston se encontraba frente a ella. Tan real como la presencia de Davina a su lado. Aquel recuerdo no había dejado de repetirse en cuanto su compañero de residencia había salido a la luz. Las piezas de un puzzle mezquino y macabro estaban encajando a la perfección en su cabeza.

—Tú...

—Sí, yo mismo. Sé que esto te puede parecer una locura pero el destino parece tener un satírico sentido del humor —dijo, arqueando una ceja—. Antes de que tu cerebro explote, debes saber que me llamo Gaston Rinaldi. Aston fue el nombre que elegí para sobrevivir en aquella endemoniada residencia en la que nos metieron.

—¿Sabías quién era yo?

—No, no lo sabía. ¿Quién iba a imaginar que la única persona con la que hablaría durante mi internado fuese nada menos que Kendall Ivanova? Cuando regresé y me contaron que Kendall estaba secuestrada aquí... bueno... ¿cuántas posibilidades existían? ¿Una entre mil? —Esbozó una sonrisa resignada que no llegó a sus ojos—. Parece que no soy bueno deduciendo el azar. El caso es que averigüé que eras tú. —Hizo una pausa—. Aquel día en el Carnaval intenté acercarme a ti, pero no me reconociste. Callen llegó y ya no pude volver a verte más. Estabas custodiada por algún guardia día y noche y apenas podía acercarme. —Podrías haberlo hecho.

—No era seguro. —Su mirada recorrió el espacio de aquella estancia con cierto nerviosismo—. No podía permitir que me vieran contigo en público.

—¿Por qué?

—Por la misma razón por la que le pedí a Davina que te trajera esta noche aquí.

—Sabe lo de los micrófonos —intervino ella.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque fui yo quien los puso ahí.

Un fugaz destello alumbró una idea espeluznante.

—Cuando me dijiste que estabas sujeto a normas, ¿eran las de Marlon, verdad? —Dio un paso al frente—. ¿Qué es lo que sabes?

—Tienes que saber que jamás habría construido esos dispositivos sabiendo que podría utilizarlos en tu contra. No sabía qué era lo que estaba tramando hasta que por fin lo descubrí. Le hablé a Galtem de los micrófonos porque sabía que así llegaría a oídos de Dante. Llegué a tiempo de que pudierais hablar más de lo debido y borré de las grabaciones todo aquello que os comprometiera. Yo he sido el que siempre ha estado tras ellos, Ken. —Su voz sonaba sincera—. Creí poder compensarte por ello cuando me descubrieras.

—Sigue, Gaston —insistió Davina—. No tenemos demasiado tiempo.

—¿Tiempo para qué?

—Para detenerlo —respondió con amargura—. Marlon comenzó a sospechar que pudieras haber descubierto los micrófonos y que por esa razón estuvieras jugando con él. Anoche dio una fiesta en honor a mi madre en vuestra casa y creí tener la oportunidad de poder contártelo todo. Fui hasta tu habitación pero Davina dijo que todavía no habías regresado así que confié en que ella lo hiciera.

—¿Que hiciera qué?

—Avisarte de los verdaderos planes de Marlon.

—¿Cuáles son esos planes, Aston?

Davina rompió el silencio, mirándola con gesto horrorizado.

—Quiere detonar las Cumbres esta misma noche.

«¿Y de qué te sirve poseer las estrellas?
Me sirve para ser rico.
¿Y de qué sirve ser rico?
Me sirve para comprar más estrellas»

El Principito de ANTOINE DE SAINT-EXUPÉRY

XXVII

Sezja releyó aquel certificado de defunción nuevamente con una mezcla de incredulidad y desconcierto. En aquel documento había un nombre tachado, apenas ilegible junto a otro de mujer. Por lo que intuía, su madre lo había estado guardando recelosamente bajo una trampilla oculta en el cajón de su escritorio. La confianza en Katherine estaba poniéndose a prueba en el instante en que había comenzado a rebuscar en él.

—¿Estás espiándola?

Irina se encontraba inclinada en la ventana del coche, clavando sus astutos ojos en los suyos. Lo había descubierto parado cerca del apartamento de Vera. Su hermana siempre había tenido una belleza distinta a su gemela Sonya, que había heredado no solo el carácter de su padre sino también la forma redondeada de su aspecto. En cambio, Irina era la más parecida a Katherine: pómulos altos, rostro alargado y fino... una delicada belleza coronada por unos ojos azules fríos y duros en ocasiones. Solo la diferenciaba una cosa, pensó, la sonrisa que antes acompañaba su rostro y que hacía tiempo no había vuelto a aparecer en ella.

—¿Has vuelto a escaparte? Imaginé que eso ya formaba parte del pasado.

—Lo haría de nuevo si tus soldados no hubieran acabado con mi particular divertimento. La taberna de Isidor permanece cerrada.

—¿Y entonces por qué estás aquí en mitad de la noche cuando debías estar durmiendo?

—He vuelto a visitar la casa de los Lazarev.

La mirada de su hermana pareció distante de pronto. Llena de una añoranza devastadora.

—Ya hemos hablado del tema Iria. —El tono de su voz se suavizó cuando la llamó por aquel nombre afectuoso—. No quiero que andes por la zona sur y menos a estas horas. Sabes que no hay más que cenizas y escombros.

—Todavía puede haber pistas. ¿Por qué Declan iba a marcharse? ¿Y si los salvajes lo capturaron cuando quemaron las casas de la zona sur? ¿Y si...?

—Declan murió, Iria. —Vio el dolor en sus ojos—. No puedes seguir haciéndote esto. No puedes remover un pasado que todavía no ha cicatrizado. No sería justo para los Petrov o para los Triskov darles una esperanza que no

es verdadera. Ellos también perdieron a un ser querido aquel día y no imagino cuán doloroso debe ser ya recordarlos después de tres años.

—¿Y dónde están los cuerpos?

—Quedaron atrapados en el incendio. —Sezja la evaluó en silencio—. No creas que he olvidado que Declan era tu amigo, pero aquel año nadie imaginó lo que terminaría sucediéndoles. Esos salvajes se adentraron en las Cumbres y nos hicieron el peor daño hasta el momento: mataron a tres de los nuestros y, lamentablemente, ninguna venganza hará que nos los devuelvan. Por tanto debes seguir adelante Iria, él habría querido que fueras feliz.

—Lo echo de menos —dijo—. Él siempre vio más allá de las apariencias. Era mi talismán, ¿sabes? Todo iba bien cuando él estaba. Incluso cuando el señor Lazarev perdía la cuenta de todas las botellas que ingería y debía ocuparse de él. No puedo avanzar sabiendo que no tengo un lugar donde poder visitarlo. Le dije cosas muy duras antes de que tuviera lugar aquel incendio y ni siquiera se defendió. Ahora comprendo que para él nuestra amistad era más importante que mis estúpidas exigencias. Me convertí en Katherine aquella noche y él lo vio, a pesar de que nunca lo dijo en alto. Lo presioné, Sezja, y ahora Declan está muerto.

—Eres mucho más que un apellido —le prometió—. No lo olvides nunca. Tú no eres responsable de lo sucedido con Declan, ¿lo comprendes?

Sonrió entristecida sosteniendo la mano que Sezja le tendía. La apretó con fuerza y pareció reconfortarse en ello. Su ceño se frunció de repente, al ver el documento que permanecía en el salpicadero.

—¿Conoces a Alexandra Voltié?

—¿Por qué? —indagó él—. ¿Es que sabes quién es?

—Una vez oí algo acerca de esa mujer. Nuestra madre estaba hablando con alguien sobre ella y parecía disgustada. Recuerdo que la escuché decir que estaba muerta y que jamás volverían a saber de ella. Que era alguien que pertenecía a su pasado —releyó en voz alta—. Aquí dice que esa tal Alexandra Voltié tuvo un hijo que murió al nacer. ¿De dónde has sacado esto?

—Es una larga historia.

—¿Qué estás ocultándome?

La pregunta se quedó en el aire cuando la silueta de Vera salió del edificio para adentrarse en el interior del coche. Suspiró comprendiendo lo que aquello significaba.

—Tengo que marcharme.

—A ella no le gustará saber que estás siguiéndola.

—No estoy orgulloso de lo que estoy haciendo, Iria. —Se limitó a contestar arrancando el motor—. Sin embargo, no me ha dejado más opciones. Vuelve a casa y cuida del resto. Sonya anda preocupada últimamente, no le des más motivos cuando despierte y no te vea durmiendo. Hablaremos más tarde y procura que nuestra madre no sospeche que andas escapándote de nuevo.

—Para cuando venga de su viaje, estaré desayunando. —Le guiñó un ojo.

Su melena pelirroja asomó por la puerta de su antiguo coche. Se había abrigado con la sudadera que la noche anterior había visto colgada en el respaldo de la silla de su apartamento. El chico pronto salió a su encuentro. Parecía sacado de una fiesta de gala, el frac negro era del mismo tono que sus oscuros rizos y la sonrisa descarada que le lanzó, cuando se dirigió hacia él, lo dejó patente. Tenía unos grandes ojos azules y profundos, los mismos que estaban recorriéndola entera en aquellos momentos. Sezja inhaló con fuerza, cerrando con un seco portazo la puerta y haciéndose visible para ellos.

—¡Vera! —Ella se dio la vuelta sorprendida al oírlo. Según avanzaba, percibió el color de sus mejillas. Estaba furiosa.

—¿Me has seguido?

—Estás tentando tu suerte. —Miró sombríamente al chico Montesini que arqueó las cejas, divertido—. Te dije que todo esto era peligroso. Vuelve al coche.

Se cruzó de brazos.

—Está bien. Tú lo has querido. —Sezja hizo intención de sostenerla cuando una mano se interpuso entre ambos. La diversión en el rostro de Dante Montesini se había esfumado de repente. Estaba escrutándolo con seriedad—. Quítame tus manos de encima.

Sezja se apartó con un gesto brusco.

—¿Qué parte de “ella no quiere ir contigo” no has entendido, principito?

—¡No me defiendas! —Le reprochó Vera, pero él no pareció tomarla en serio. Esbozó una sonrisa juguetona sin apartar la vista de Sezja.

—Solo por esta vez, *bella*.

—Estás causándole problemas. Si mi madre sospecha que ha estado viéndose contigo durante estos meses... ¿cómo crees que reaccionará?

—Puedes preguntárselo esta noche y salir de dudas —insinuó.

—Mi madre no está en la isla, Montesini. Está de viaje...

—¿Estás seguro? Juraría que la he visto hace un momento. Estaba manteniendo una interesante conversación con mi padrino. Puede que no seas el único que esconde secretos.

—¿Katherine está aquí? —Intercedió Vera—. ¿Para qué?

—Ha debido regresar antes de lo esperado.

—¿Crees que puede haber averiguado lo sucedido con Kendall?

—De hecho, *bella* —inquirió el chico Montesini—, debe estar intentando hacer pedacitos el Canal en estos instantes.

—¿Cómo te atreves? —le recriminó Sezja—. Después de lo que tu padre tenía preparado... ¿Esperabais dinamitarnos?

—Ellos no lo sabían, Sezja.

—¿Y le crees? —Estalló—. ¿Por qué confías tanto en él?

—Porque a diferencia de ti, nunca le he mentado —respondió Dante a la defensiva.

La ira manó por su puño a una velocidad vertiginosa. Se dirigió a él a medida que Vera se interponía entre ambos, apaciguándolo con la dureza de su mirada. El chico alzó un dedo en alto interrumpiendo la escena y sosteniendo el teléfono que había comenzado a sonar. Cuando alguien comenzó a hablar al otro lado del dispositivo, su semblante cambió y la sonrisa desapareció de su cara de manera fulminante.

—No puede ser —colgó al unísono para volver a marcar—. Vamos cógelo.

—¿Qué está pasando Dante?

—Es la mina, Callen. —La pregunta se vio aclarada cuando comenzó a hablar apresuradamente—. Van a volarla esta misma noche. Ve rápido, yo iré allí ahora.

—¿Cuánto tiempo debemos estar bailando? —murmuró Alexey.

El esmoquin negro realzaba el castaño de su cabello. Su habitual mechón alborotado estaba engominado hacia atrás, provocando que aquella liviana sonrisa se intensificara fingidamente.

—Marlon invitará a Isabella Rinaldi a un baile gracias a la ayuda de Davina —explicó—. Aprovecharemos ese tiempo para colarnos en su despacho y custodiaremos a Aston hasta que desactive la bomba.

—¿Quién es Aston?

—Mi antiguo compañero de residencia. —Un brillo de humor retorcido se reflejaba en él—. En realidad he descubierto que se llama Gaston Rinaldi.

—¿Rinaldi? Me suena familiar...

—Es el chico que desapareció con Davina anoche.

—¡Oh! Ya comprendo —dijo—. El Modesto.

Los dedos de él se entrelazaron con fuerza con los suyos.

—¿Crees que...?

—Lo conseguiremos —prometió y le creyó.

Kendall comprendió lo difícil que hubiera sido no tenerlo junto a ella en aquel instante. La estrechó a medida que su aliento se mezclaba con el suyo en el diminuto espacio que estaban creando. Necesitándose el uno al otro a través de aquella locura que los envolvía.

—Debo confesarte algo...

—Ya sé que estoy deslumbrante.

—Alexey.

—Sé lo que te ocurre, princesa. Vi cómo lo miraste la noche en la que intentó retenerte para que no escaparas. La misma mirada que siempre provocas en mí. Entonces supe que ya había ocurrido algo entre vosotros, que él te importaba lo suficiente para pedirme que no le hiciera daño. Me ha llevado tiempo reconocer que son estos mismos celos los que me confirman lo que sospecho desde hace tiempo: que él te importa lo suficiente para ocultármelo. Nunca me habías ocultado tus sentimientos de ese modo, así que he estado mintiéndote todo este tiempo cuando preguntabas si todo iba bien pues lo cierto es que no. —Acarició su mentón dulcemente—. Estoy aterrado, Kendall Ivanova o Montesini o cómo diablos decidas llamarte a partir de ahora. Tengo miedo de perderte.

—No vas a perderme —sentenció ella.

—Soy consciente del tiempo que hemos desaprovechado, princesa, pero no voy a quedarme sentado viendo cómo te enamoras de otro. Voy a jugar... la mayoría de veces suciamente. —Ella derramó una lágrima con una risa resignada al oír aquello—. Voy a pelear por ti. No me importa lo que creas sentir por él, porque sé que también lo sientes hacia mí. Nacimos para estar juntos y los astros siempre dictan la verdad.

—No quiero hacerte daño —susurró entre sus brazos.

—Ya lo estás haciendo con este vestido —esbozó una sonrisa poco disimulada.

Kendall apoyó la cabeza en su hombro conteniendo las lágrimas.

—Es la hora —expuso con suavidad cuando Davina les lanzó una mirada cómplice y se abrió paso de la mano de Marlon.

Todos los músculos de su cuerpo se tensaron cuando presencié cómo la besaba en público consiguiendo el aplauso de todos aquellos invitados, esos mismos que parecían ajenos a lo que sucedía.

Los guardias estaban alistados frente a la puerta del despacho y Kendall supuso que aquella vez no podría hacerse pasar por Lady Juliana sin una máscara de por medio. Le hizo un gesto a Alexey que asintió con un guiño poniéndose en marcha.

—No entiendo por qué no me dejan beber —comentó fingidamente mientras caminaba por el pasillo. Se detuvo a la altura de los guardias que lo observaron con disimulo—. Estoy haciéndoles un favor. ¿Cuántas botellas de vino creéis que pueden consumir durante un año? No tantas como las que podría beber yo, ¿no os parece? Se llama beneficio mutuo... igual que esto.

Les atizó un puñetazo y los dos guardias cayeron desmayados contra el suelo.

—Estarán más seguros dentro. —Alexey los agarró por los pies, arrastrándolos al interior del despacho. Los maniató en una esquina y Kendall cerró la puerta tras sí, percatándose del ordenador situado sobre el escritorio.

—Aston no tardará en llegar.

—¿Has pensando en la posibilidad de que no venga?

—Él... no...

—Es su familia después de todo, princesa —la interrumpió al saber que ella se había quedado en silencio—. ¿No harías lo necesario para protegerla? Si Marlon lo tiene amenazado tal vez haya meditado dos veces el venir aquí...

La puerta se abrió de súbito.

—He tenido que soportar esa sonrisa triunfal de Isabella Rinaldi cuando le he cedido el baile con... —La voz de Davina se apagó cuando vio sus caras—. ¿Dónde demonios se ha metido Gaston? Lo he visto subir las escaleras después de irnos vosotros. Creí que ya estaría aquí.

—Lo único que hay es un ordenador que está comenzando a hacer cosas extrañas. —Kendall se acercó a él, comprobando cómo la pantalla se había quedado repentinamente en negro. Pulsó un botón—. ¿Clave de acceso? ¡No tenemos una clave de acceso, maldito aparato del demonio!

—Prueba con el nombre de Marlon —sugirió Davina.

—Acceso denegado —leyó él.

—Kendall.

—Acceso denegado.

—Montesini.

—Adivina la respuesta, rubia. Te queda solo un intento antes de que se bloquee.

—Katherine —probó Kendall, tecleando las nueve letras correctamente.

—Es un poco macabro incluso para Marlon.

—Acceso permitido.

El mapa de un túnel subterráneo apareció ante ellos. En ambos extremos había dos puntos rojos parpadeantes y un contador marcando los minutos. Uno de los puntos estaba situado en una llanura en lo alto de un redondel. El otro estaba parpadeando cerca de una brecha perpendicular que partía el mapa en dos mitades. El corazón de Kendall latió dolorosamente de pronto. Aquellos dos puntos simbolizaban dos zonas de las Cumbres y el minuterero contaba los minutos que faltaban para que la bomba estallara. Tecleó en el contador sin éxito alguno.

Dispositivo 1. Cuenta atrás

Leyeron todos en silencio.

—¿Qué significa cuenta atrás?

—Adivínalo, rubia. Puede que incluso lo hagas antes de que acabemos de contar —ironizó, volviéndose hacia Kendall—. Nos estamos quedando sin tiempo.

El reloj del contador marcó media hora antes de que aquel teléfono sonase. La voz ronca de un hombre desconocido retumbó en sus oídos desde el pasillo, como una amenaza de la que no habría escapatoria.

—La primera bomba explotará en media hora, tal y como acordamos —observaron horrorizados cómo el punto rojo situado en el redondel comenzó a parpadear más rápido—. Está todo programado para la segunda. Yo mismo accionaré el dispositivo cuando llegue el momento. Que siga disfrutando de la fiesta, Sir.

—¡Cógelas! —Davina fue la primera en romper aquel silencio. Señaló las llaves que había en el escritorio cercanas a Alexey—. Llegaremos más rápido si vamos en el de Marlon, de paso podremos estrellárselo.

Alargó su mano hacia ella mirándola con esperanza.

—Todavía queda media hora.

«Nada hay que ocupe y ate más al corazón que el amor.
Por eso, cuando no dispone de armas para gobernarse,
el alma se hunde en la más honda de las ruinas»

El nombre de la Rosa de UMBERTO ECO

XXVIII

Se escabulleron entre los arbustos que rodeaban aquel trozo de tierra explotado. La visión la dejó helada. Grandes arsenales de arena y piedra bloqueaban la entrada permitiendo así que nadie del exterior pudiera ver qué es lo que estaba produciéndose en aquel lugar. Marlon había estado jugando con ellos, logrando confundirlos y haciéndoles creer que había cumplido una promesa que ahora parecía más cruel que nunca. ¿Qué pasaría si no lograban detenerlo? Desvió esa pregunta de su mente.

—¿Cuántos hombres habéis contado? —preguntó Alexey, percibiendo a varios hombres salir a través de una abertura subterránea.

—Seis con aquel de allí —dictaminó Davina.

—Al final sabes contar.

—Hay dos zonas de entrada —señaló Kendall, repasando mentalmente lo que minutos antes había comprobado. Se encogió de hombros cuando ambos la miraron boquiabiertos—. Doce soldados repartidos en ambas. Si conseguimos quitar a estos seis... podremos llegar hasta el último, el que tiene el dispositivo.

—Fácil —expresó Alexey, pero el estruendo los alcanzó de lleno. Una gigantesca polvareda de arena nubló todo a su paso.

—¿Qué es eso? —gritó Davina inclinándose hacia el suelo para evitar tragarla.

—Parece el ruido de una excavadora. —Alexey estaba frunciendo el ceño para evitar que la gravilla llegara a sus ojos mientras narraba lo que sucedía a escasos metros—. Acaba de enterrarlos.

Kendall se incorporó cuando oyó el sonido de todas aquellas voces pidiendo auxilio, enterradas bajo un manto de tierra que pronto las ahogaría. Se produjo un momento de confusión hasta que comprendió lo que estaba ocurriendo en realidad.

Alguien estaba conduciendo la excavadora, amontonando arena e impidiendo el paso. Contempló aquella silueta moverse con una intensidad devastadora cuando saltó de la máquina para arremeter contra el hombre que sostenía el dispositivo que activaría la bomba. Y su corazón palpitó al reconocerlo. Callen. Corrió hacia ellos abalanzándose contra aquel hombre, sin tiempo a pensar en que sostenía un arma en sus manos. Kendall notó el punzante filo en su brazo derecho cuando lo empujó con toda la fuerza de la

que dispuso y ambos rodaron hacia atrás, arrastrados de pleno por el violento golpe. Se puso en pie de un salto y unos ojos despiadados salieron a su encuentro. Aquel hombre estaba sonriéndole con una mueca enloquecida. Blandió el cuchillo afilado en el aire, justo en el instante en que Callen arremetía contra él.

—Cuidado muchacho —lo amenazó—. En ocasiones, la lealtad nos cuesta la vida.

—No —la voz de él sonó misteriosamente tranquila—. Te equivocas. Tu lealtad hacia Marlon te costará la vida, Rafael.

—¿Creéis que esto acabará esta noche? Aunque logréis detener esta mina no podréis hacer nada para lo que vendrá. Todo cuanto hemos planeado cobrará sentido cuando consigamos controlar a los herederos.

Kendall tuvo un mal presagio. Vio la misma confusión en el rostro de Callen que apuntaba al corazón del hombre con decisión.

—¿Por qué queréis a Sezja?

—No queremos a tu hermano —aclaró—. Te queremos a ti.

—¡Lástima! No vivirás para tocarla.

Sezja se había colocado junto a ellos, espada en mano. Su voz la envolvió e instantáneamente recordó las palabras que tiempo atrás le había confesado:

—Cuando alguien te ama, Kendall, incluso la forma en la que te pronuncia suena distinta. Sabes que tu nombre está a salvo en su boca.

—¡Kendall! —Aquel grito celestial nubló su vista de pronto.

Se giró en redondo y contempló la silueta de aquel salvaje que la había atacado en la selva. Tenía sujeta a Davina y la arrastraba hacia el interior del túnel.

—Ve tras ella. Nosotros nos ocuparemos de él —dijo Callen cuando Rafael se puso en movimiento y descargó el primer impacto contra Sezja—. Te prometo que las Cumbres no serán detonadas esta noche.

Kendall corrió hacia la abertura internándose por aquel estrecho camino de tierra y escombros. Todo estaba oscuro. Continuó a ciegas palpando las paredes hasta llegar a un terreno plano iluminado por las luces de unos focos, seguramente los que habrían utilizado para iluminar el interior de la mina. Rompió un trozo de tela del vestido que llevaba puesto y lo llevó a su boca, evitando respirar aquel aire comprimido. Oyó el gemido de Davina a

escasos metros y se apresuró a llegar hasta ella. Estaba agazapada en un extremo y tenía las mejillas sucias, manchadas de un polvo oscuro grisáceo.

—Él está aquí. —Comenzó a toser.

Puso la tela en su boca y agarró un trozo de piedra esperando el ataque de aquella silueta que no tardó en aparecer.

Percibió el brillo verdoso en sus ojos cuando el salvaje alzó el brazo y señaló a un extremo. Kendall siguió la dirección de su mano. En un oscuro rincón, al fondo, había un detonador conectado a un mando.

—Está tratando de decirnos algo —aclaró Davina, poniéndose también en pie y dirigiéndose hacia aquel detonador. El salvaje volvió a señalar el aparato con insistencia mientras Kendall inspeccionaba los botones. La cuenta atrás estaba llegando a su fin y el minuterero parpadeaba con una luz roja intensa —. ¡Es la bomba, Kendall! ¡Está queriendo que la desconectemos!

Pulsaron el botón. Y el tiempo se detuvo.

—¡Lo hemos conseguido! —Davina se arrojó a sus brazos y las lágrimas salieron descontroladas por su cara. Se abrazaron sabiendo que aquel salvaje estaba huyendo en aquellos instantes, a pesar de no comprender qué le había llevado a ayudarlas—. ¡Oh! Espera, alguien está llamando, ¿qué...?

Su gesto pasó del enfado a la incertidumbre y le ofreció el móvil sin decir nada más.

—No hables, Ken. No es seguro. —Aston permanecía al otro lado del teléfono y su voz sonaba aliviada al comprobar que estaba cumpliendo con lo que pedía. —Préstame atención porque no tengo demasiado tiempo. Sigue mis instrucciones y mantente en silencio. Estás frente al detonador, así que quiero que lo abras con cuidado y que extraigas un diminuto chip que verás junto a un sinfín de cables. Guárdalo y no hables de él con nadie. Sal del Canal y escóndete varios días en la ciudad. —En ese momento se produjo un ruido—. Alguien viene... confía en mí. Te buscarán ahora que saben que lo tienes. Volveré a ponerme en contacto contigo pronto y te ayudaré a deshacerte de él.

—Debemos marcharnos —indicó Davina cuando le entregó el teléfono.

La ayudó a ponerse en pie y volvieron a introducirse por el estrecho espacio que las conduciría hasta el exterior. El aire espeso del túnel llegaba a su garganta impidiéndole respirar con facilidad, Davina tosió intentando mantener el equilibrio cuando la ayudó a salir. Una vez en la superficie, el estruendo de un disparo atravesó el lugar, rápido como la pólvora y certero en su objetivo. Cayó al suelo, cubriéndose el costado sin saber quién gritó su nombre primero, y se abandonó a sí misma, notando su cuerpo pesado de

pronto y demolido por un punzante dolor que estaba partiéndola en dos. Sus músculos se contrajeron y la tierra sacudió con fuerza todo a su alrededor.

Un ruido ensordecedor se abrió paso entre sus pies y cayó en la más profunda oscuridad, absorbida por una negrura que la estaba ahogando. No luchó... supo que nadie la escucharía. Se abandonó precipitándose al vacío con una velocidad feroz descalzándose el miedo y acomodándose en unos brazos que la protegieron. Volvió a ver los pliegues alzarse majestuosamente detrás de su espalda, grandes y poderosas plumas blancas. Eran alas... unas hermosas alas que la cubrieron del dolor y que estaban allí para salvarla. Kendall... repitió aquel ángel... Kendall...

—Kendall... —aquella voz sonó masculina y entrecortada. Lo oyó suspirar, un anhelo largo y tedioso pero cargado de alivio. Abrió los ojos.

—El dispositivo... —consiguió articular perdida en una marea de inconsciencia.

—Sezja lo ha destruido —la tranquilizó, mirándola con el mismo sufrimiento que había visto en sus ojos desgarrados y llenos de desconsuelo la noche en que había confesado la historia de su familia—. Todo está bien.

Y aquella vez no le creyó. Rafael tenía razón: aquello no había terminado. Una segunda voz llegó hasta ella, sumergida en la oscuridad como un halo de luz brillante.

—Debes levantarte, princesa. Debemos salir cuanto antes de aquí.

Los ojos de Alexey rápidamente repararon en la sangre de su vestido.

—¿Dónde está Sezja?

Pero entonces vio su silueta caer al suelo en la distancia y su nombre fue lo último que gritó antes de sumirse en la más profunda de las tinieblas.

La vida era efímera, se dijo. Miró aquel rostro apaciguado, vacío... inerte, y recordó cómo el filo de su espada se había hundido en el corazón de aquel hombre que yacía muerto a su lado. Hundió los nudillos en la áspera gravilla y miró hacia el frente, encontrando a su hermana herida. Una mancha de sangre estaba extendiéndose por su cuerpo en aquel momento frágil y desamparado. Vio cómo los ojos de aquel chico, el que lo había ayudado a escapar una vez, estaban posándose afligidos sobre ella. La desolación que había en su mirada no podía compararse con nada que Sezja hubiera presenciado nunca.

—Se pondrá bien. —Le oyó decir. El chico Montesini sostenía una daga en sus manos cubierta de sangre—. La herida no es profunda pero necesitan curarla cuanto antes.

—¿A dónde la llevan?

—Hay alguien en la ciudad que cuidará de ella, al menos hasta que se recupere —respondió con calma, guardando algo en el bolsillo que no logró reconocer—. Los *ghettos* no serán seguros después de lo ocurrido esta noche.

—¿Por qué había dos detonadores? —recordó Sezja.

—Mi padre es un hombre desconfiado por naturaleza. Debió construir uno de esos dos dispositivos sin que su socio Rafael lo supiera. El que nosotros destruimos era el que debía explotar en primer lugar y, en caso de que fallara... se aseguraba un segundo intento. Por suerte, ninguno se ha activado esta noche.

—Él averiguará lo que ha ocurrido hoy.

—No me cabe la menor duda, por eso debemos salir cuanto antes. Ya no confiará en ninguno de nosotros. No después de haber reducido a la mitad de sus guardias... los mismos que testificarán contra nosotros en cuanto despierten.

El chico miró a su alrededor, pensativo.

—Sois sus hijos —le aseguró Sezja—. Os perdonará.

—No si está convencido de que lo hemos traicionado. ¡Maldición...!

Sezja hizo intención de hablar cuando varios vehículos blindados hicieron su aparición. Varios hombres enchaquetados con elegantes trajes, observaron la escena con gesto contrariado mientras estudiaban aquella explanada de escombros y arena. Uno de ellos señaló hacia ellos y Sezja suspiró, aliviado al comprobar que no había nadie más allí. Kendall y Alexey debían estar huyendo del Canal en aquellos momentos. De pronto, alguien se movió a su lado con una velocidad vertiginosa, sorprendiéndolo. Notó el pinchazo en su piel e inclinó la cabeza comprobando, asombrado, la sangre en su propio uniforme. Miró al chico a los ojos y él le devolvió una sonrisa carente de significado. No hubo luz en su mirada. Solo una profunda oscuridad atravesando aquel iris azul tormentoso.

—No habría querido llegar a esto —musitó Dante a escasos centímetros de él.

Sezja cayó de rodillas al suelo. Luego suspiró en alto, atizándole un puñetazo que lo derribó sin más dilaciones. Respiró entrecortadamente y esperó a que la muerte viniera a él. Pensó en sus hermanos... en el grave

peligro que correrían cuando la guerra se iniciara. En Kendall... en cómo había tratado de salvarla y había fallado en el intento, permitiendo que capturaran a Alexey. Adivinó que aquello debía ser un castigo por no haber detenido la bala de aquel hombre que estaba muerto junto a él. Recordó las palabras de Luda y notó la sequedad en su boca. Había fallado a todos los que amaba.

«Los caminos de la lealtad son siempre rectos»

CHARLES DICKENS

XXIX

El olor a frituras llegó instantáneamente. El aceite hirviendo en la sartén al contacto de lo que sin duda parecía beicon requemado la hizo sentir en casa. Alguien estaba cantando en la habitación contigua y solo había una persona que cantara lo suficientemente mal en toda la faz de la Tierra: Ted Foxleyson. El hacker gordinflón la había ayudado a burlar el control de seguridad del aeropuerto años atrás, introduciendo un virus informático al que había llamado *Kathy* y que había paralizado momentáneamente el registro de pasajeros. De ese modo le había permitido embarcar con una identidad falsa. Kendall contempló la multitud de posters que adornaban la pared, bandas de rock desconocidas que la miraban con aspecto macabro. Se preguntó cuánto tiempo habría estado durmiendo en la habitación de su amigo. Miró a su alrededor y vio el desastre con el que convivía diariamente: ropa esparcida por el suelo y ocupando el respaldo de la única silla que había en ella así como restos de pizza dentro de cajas y chicles, multitud de envoltorios de chicles. Imaginó que todavía combatía con la tentación a la nicotina. Se inclinó y notó un intenso dolor en toda la zona derecha de su cuerpo. Hasta ese momento no había reparado en que tenía el costado vendado.

—Kathy —la saludó Ted, abriendo la puerta de la habitación y entrando en ella con una bandeja repleta de beicon refrito—. Traigo el desayuno.

—¿Cuánto he dormido?

—Toda la noche, como una campeona. —Sus inconfundibles gafas negras y rojas la hicieron sentir mejor de pronto—. Estás un poco desmejorada desde la última vez que nos vimos en aquel aeropuerto.

—Desmejorada no es la palabra, Ted.

—Te han disparado, podrías estar muerta. Así que prefiero seguir llamando a tu estado desmejorado —expuso, ofreciéndole el plato e instándola a comer—. Los chicos querían saber si habías despertado.

Lo escrutó a medida que probaba bocado.

—Sí, ya sabes. —Al ver la confusión en su gesto continuó—. Esos amigos tuyos que han ocupado literalmente la casa, hospedándose como si esto fuera un hotel de cinco estrellas... De hecho, me han explicado una historia realmente fascinante acerca de cómo conseguiste llegar ensangrentada a mi apartamento.

—Necesito que me hagas un favor, Ted. —Sacó el diminuto chip del

escote de su vestido magullado y todavía sucio y se lo entregó—. Quiero que averigües qué contiene y si existe alguna forma de desactivarlo.

—Veré lo que puedo hacer —expresó con un brillo de emoción en los ojos y se giró cuando oyó el crujido de la puerta.

Alexey se encontraba en ella, todavía con la camisa blanca y los pantalones de la fiesta. Esbozó una sonrisa cuando la vio.

—¡Eh, princesa! ¿Qué tal has dormido?

—¿Qué ha sucedido con Sezja?

—Está bien.

—Lo vi caer al suelo, Alexander.

—Viste a Rafael, no a tu hermano —la tranquilizó—. Además, dudo que alguien sea capaz de hacer daño a Sezja Ivanov. Sin embargo, somos nosotros los que deberíamos estar preocupados. A estas alturas Marlon debe andar buscándonos.

—Podéis quedaros el tiempo que necesitéis, ya lo sabéis —ofreció Ted—. Cómo en los viejos tiempos, ¿recordáis? Pero primero pondré un candado en la nevera.

—Estamos exponiéndote Ted —le advirtió Alexey—. Cada minuto que pasamos aquí, nos arriesgamos a que cualquiera de los secuaces de Montesini nos encuentre. Tarde o temprano, averiguarán que estamos en la ciudad y será cuestión de tiempo que vengan a acabar el trabajo que comenzaron.

—Vaya... esto parece más serio de lo que había previsto —dijo Ted.

—¡Kendall! —gritó llena de alivio una voz familiar—. Pensé que no despertarías nunca, ya comenzaba a perder la paciencia con Lorenzo.

—¿Davina? —Parpadeó sin creer que estuviera en aquella habitación.

—Antes de que lo digas... no podía quedarme en el Canal. No tras presenciar lo que mi padre pudo llegar a hacer con esa mina. Jamás imaginé que su venganza llegaría tan lejos. Sé que esto será peligroso y soy consciente de lo mucho que perderemos si él nos encuentra. Intentará encerrarnos de por vida en los calabozos pero quiero que sepas que no tengo miedo —confesó—. Ya he vivido encerrada demasiados años y haré todo lo posible para no estarlo nunca más.

—¿Por qué está Enzo aquí?

—Es una larga historia —explicó ella—. Mi hermano está arrepentido, Kendall. Cree tener alguna especie de deuda contigo. El día en que torturaron a Alexey en la plaza y aquel lobo lo atacó... piensa que el animal estaba protegiéndote. Creo que a su modo, retorcido y terco, sabe que si hubieras

querido matarlo... habrías podido hacerlo.

—Eso no es convincente, rubia.

—Solo digo que puede que haya cambiado, al fin y al cabo ha visto lo que nuestro padre ha sido capaz de hacer. Y todavía sigue queriendo encontrar a Franco... ¿crees que Marlon dejará que salga del Canal ahora que la guerra ha estallado?

El apartamento de Ted permanecía en silencio. El ruido del tráfico de la ciudad se filtraba por las rendijas de la ventana, proporcionando un ambiente muy distinto a la calma que podía respirarse en las Cumbres. Kendall siempre había preferido el ruido al silencio. El eco de las bocinas atravesando las avenidas principales, el murmullo de las viandantes... todo aquello la llenaba de tranquilidad. Sentir que había vida a su alrededor lograba calmarla. En cambio... el silencio la asustaba, no había miedo más aterrador que lo que se escondía tras la oscuridad.

—¿Necesitas ayuda? —Dio un brinco cuando aquella voz envolvió todo el silencio de la habitación. Kendall se quedó contemplándolo en la distancia, recordando la extraña sensación que suponía volver a verlo.

—Necesitaría algo que no estuviera sucio y roto. —Señaló el desastroso vestido blanco que colgaba de la silla. Ted le había prestado algo de ropa.

—Te conseguiré ropa —dijo esbozando una sonrisa cansada.

—¿Por qué estás aquí?

—¿Por qué? —Soltó una risa trastornada. Dio unos cuantos pasos hasta colocarse a los pies del cabecero, apoyando sus magulladas manos en la madera—. Porque estaba muerto hasta que te conocí. Vagaba sin rumbo aferrándome a la vida de Dante para no afrontar mis propios demonios. Luego apareciste en aquella habitación, apuntándome directamente al corazón y me dejaste sin aliento. Hiciste que, por primera vez en mucho tiempo, tuviera una razón en la que poder creer. Y elegí creer en ti porque eras la única cosa real y certera que me ayudaba a seguir adelante. A pesar de mis inútiles propósitos por alejarte... incluso a pesar de eso, seguía encontrándote cuando cerraba los ojos.

—Callen...

—Desde que te conocí pensaba que no habría salvación, Kendall, que la muerte de mi familia me llevaría a convertirme en alguien incapaz de amar

—dijo—. Y, sin embargo, cada día que transcurría, cada peligro que corrías en el Canal me hicieron querer ponerte a salvo. Luego vi el vínculo que te unía a Alexey y... no pude soportarlo.

—No sigas —le rogó y vio la sorpresa en sus ojos.

—No voy a dejarte marchar ahora que te he encontrado.

Se acercó a él alzando el dedo índice y posándolo en sus labios.

—No es justo para Alexey.

—Kendall... —susurró entonces acercándose a ella. Estiró la mano hasta colocarla detrás de su cabeza, presionando su frente sobre la suya propia—. Deberías saber que tomé una decisión cuando creí perderte para siempre. Voy a quedarme junto a ti hasta que decidas lo contrario. Destruiremos ese chip y te prometo que Marlon obtendrá su castigo. No dejaré que nadie vuelva a hacerte daño.

—Estás muy seguro de todo eso. —No pudo contener la mueca entristecida que provocaron todas aquellas promesas que parecieron lejanas e irreales.

—Lo estoy. —Lo miró al oír la intención en su voz—. Porque la mitad de mí te pertenece y la otra restante está completamente convencida de que te ama.

Las comisuras de sus labios se alzaron sensualmente y Kendall pudo apreciar la belleza de sus rasgos. Comprobó la brecha que partía una de sus cejas por la mitad y lo acarició. Callen seguía observándola. En sus ojos negros se había posado un pequeño matiz, chispeante como las llamas del fuego en contacto entre sí. La misma promesa oculta cuando le había pedido que escapase. Supo por la manera desafiante en la que sus ojos la abarcaron de repente... que nada volvería a ser igual.

El pequeño aeropuerto de la ciudad estaba abarrotado de turistas. Un grupo de ancianos vestidos con camisetas de souvenir esperaban pacientes a que el indicador de la pantalla cambiara. La página principal desapareció para mostrar la lista de vuelos que estaban efectuándose en esos momentos.

—Último aviso para los pasajeros con destino a Viena...

—¡Ese es el vuelo! —Anunció Foxleyson, bostezando con descaro—. Veamos... aquí tengo dos carnets que cercioran que sois... señor y señora Telson.

—¿Y esto nos garantiza pasar el control sin que nos detengan?

—Querida... soy un verdadero lince en el tema este de las falsificaciones —respondió el hacker—. ¿Quién va a retener a este encantador matrimonio que pretende pasar un idílico viaje de bodas en Viena?

Miró a su alrededor y comprobó que todo parecía estar en calma.

—Normalmente no suelo hacer estos favores y menos con tan poca antelación. He tenido que cambiar los carnets a última hora —le reprochó a Dante—. Dijiste que era para ti y para tu compañero. No para los recién tortolitos.

—Hubo un cambio de planes, me temo.

—¡Venga marchaos! —Apremió Foxleyson—. Cerrarán las puertas de embarque y no podréis huir de la isla.

—No —dijo la chica—. No pretendemos huir.

—Cariño —expuso él alzando los ojos en alto—, hay dos razones por las que contratan mis servicios: una es para entrar en esta isla y la otra para escapar de ella. No tendríais estos carnets falsos de no ser cierto.

—Es la hora —avisó el principito—. Debemos embarcar, Natasha.

Dante los vio caminar hacia la fila de turistas que se amontonaban en la ventanilla.

—¿El chico sabe que Kendall está en mi apartamento en estos momentos? —preguntó Ted viéndolos marchar.

—¿Cómo lo has reconocido?

—Por la chica —contestó observándolos en la distancia—. Es la hermana de Alexander. Recuerdo haberla visto por la ciudad en un par de ocasiones.

—Nunca defraudas, querido Foxleyson —le agradeció Dante—, pero me temo que ninguno sabe dónde se encuentran la *ragazza* y Alexey ahora. Es mejor así.

—Mi pequeña Kathy no permanecerá encerrada por mucho tiempo.

—Tu deber es esconderlos durante un tiempo. —Le entregó una considerable cantidad de dinero que él rechazó. Dante arqueó las cejas, sorprendido.

—No voy a cobrar por mantener a Kathy y Alexander en casa. Son viejos amigos. Aunque... sí por los carnets que sus hermanos acaban de conseguir. —Hizo una pausa, estudiándolo de reojo—. Tengo curiosidad por saber cómo has conseguido que un Ivanov te haga caso.

—Le he ofrecido un poco de perspectiva.

Y recordó sus últimas palabras con una sonrisa...

—Te quedarás en Viena el tiempo necesario para que Marlon no sospeche. Él sabe que has matado a Rafael y no dudará en vengarse en cuanto pongas un pie fuera de las Cumbres. Ya sé que estás un tanto enfadado... me vi obligado a fingir que te había matado. Era la única oportunidad que teníamos de salir de la mina con vida, y lo que es más importante: mi padre seguirá creyendo que nunca lo he traicionado. ¿No son demasiadas buenas noticias para lo que podía el destino habernos deparado? Además, siempre pareces preocupado, deberías disfrutar de Viena. Cuidaré de tus hermanos y, por supuesto, cuidaré de Vera.

EPÍLOGO

Dante caminó por la terminal de aquel aeropuerto. El vuelo destino a Viena había despegado hacía varias horas y seguía sentado esperando. Él se lo había prometido.

—Hijo.

—Pensaba que te habías olvidado de nuestro encuentro.

—Nunca olvido las cosas que son importantes —clavó los ojos en su padrino.

—¿Vas a contarme toda la verdad?

—Estoy aquí para contártela. No tengo demasiado tiempo hasta que Katherine descubra dónde me encuentro. —Sonrió entristecido sentándose a su lado. El ajetreo de los turistas lo distrajo por un breve instante, luego suspiró en alto haciendo frente a una verdad que había estado silenciada durante demasiados años—. Cuando Katherine abandonó a tu padre, creímos que el pasado del que tanto tiempo había estado huyendo al fin había regresado. Marlon estaba enamorado de ella y naturalmente se negó a dejarla ir. No fueron meses fáciles. Como ya dije, supimos que estaba embarazada el mismo día en que descubrimos que era también la heredera de los Ivanov. Tu padre enloqueció al saberlo... se consumió cada día averiguando el modo de sobrellevar aquella verdad. Nunca lo vi tan desesperado, hijo... así que contacté con Katherine. Independientemente de la familia a la que perteneciéramos, habíamos sido amigos durante aquel tiempo. Le conté el estado en el que se encontraba Marlon y ella terminó confesándome que el hijo que esperaba era de él.

—¿Has sabido todos estos años que la *ragazza* era su hija?

—Así es, y fue por esa misma razón por la que decidí ocultarlo.

—¿Qué razón?

—El amor desmedido también conlleva un riesgo, hijo. Cuando amas intensamente también dejas que las sombras del odio se apoderen de ti en el preciso momento en que ese amor acaba. Tu padre la amó durante toda su vida y fue ese mismo amor el que se volvió en su contra. Por eso, ahora que la verdad está dicha, Kendall se convertirá en su bendición y también en su castigo. Cuanto más la conozca, más odio sentirá hacia Katherine por haberla apartado de él durante todos estos años. La presencia de esa chica llenará de ira el corazón de Marlon y nadie podrá salvarlo esta vez.

—¿Él descubrió que estabas reuniéndote con Katherine? —Galtem asintió.

—Por aquellos años, nuestra amistad se había resentido lo suficiente y cuando descubrió que estaba reuniéndome con ella en secreto... ya lo conoces... quiso poner a prueba mi lealtad —su semblante cambió—. Nunca me lo he perdonado. Saber que el transcurso de varias vidas hubieran sido distintas de haberse sabido la verdad... pero la verdad debe confiarse con delicadeza o puede destruirnos con la misma facilidad que el filo de una espada.

—Habla viejo.

—Tu padre me obligó a averiguar el día en que ella daría a luz. Estaba cegado por el odio... y temí que pudiera hacer alguna locura. Él ya sabía que el hijo que Katherine esperaba era suyo... me obligó a contárselo.

—Porque te amenazó. —Una idea iluminó su mente cuando sus miradas cómplices se encontraron—. Con hacer daño a alguien que te importaba. ¿Fue a Olivia?

El silencio de Galtem confirmó lo que él pensaba.

—Katherine me había confesado que daría a luz en un hospital de la ciudad así que encontré la forma de entrar. Sabía que habría asegurado todo para que no pudieran encontrarla. No me equivoqué, había instalado guardias en toda la periferia... —Su voz sonó atormentada, casi desolada—... pero nada sirvió. No para lo que el destino nos tenía preparado a todos.

Lo miró lleno de arrepentimiento.

—Katherine dio a luz a dos niños aquella noche. Dos mellizos. —Dante notó una sensación extraña en su pecho cuando oyó aquello—. Sí, Dante. Ella es tu verdadera hermana, más de lo que pueden serlo Davina y tus otros hermanos. Durante el tiempo que estuvo retenida en el Canal lo comprobé y no creerías lo parecida que es en realidad a ti. La misma mirada desafiante, el mismo humor sutil, los mismos miedos aunque expresados de distinto modo. Ella siempre ha sido la mitad que te completaba.

Dante cerró los ojos, desbordado por una emoción sin igual.

—Te separé de tu verdadera madre aquella noche y te condené a una vida llena de secretos y desprecios pero fue necesario hacerlo, hijo. Si no te hubiera llevado conmigo, todos habríamos estado en peligro. De modo que hice un trato con Katherine: ella cuidó de Kendall y yo hice creer a Marlon que fuiste el único hijo que tuvo con la mujer a la que siempre quiso. Esa es la verdadera razón por la que no ha permitido que salieras del Canal: por miedo

a que Katherine estuviera tras tus pasos.

—Pero eso no ha pasado, ¿cierto? —La vieja herida que Dante creyó sanada volvió a sangrar—. Todos estos años ha sabido que estaba aquí y aun así no ha intentado conocerme. Me entregó, sabiendo que sería el bastardo de esta familia y me condenó a crecer sin mi hermana... sin mi verdadera sangre.

—Ella te quiere. Te entregó para salvarnos de la ira de tu padre.

—¿La *ragazza* lo sabe?

—Únicamente conoce la historia que conté aquel día en el Carnaval. Es mejor que no sepa nada por ahora. Este secreto no será seguro si llega a oídos enemigos.

Se puso en pie de pronto, observando el reloj que cubría su muñeca.

—Debo irme, hijo. —Posó una mano sobre su hombro, igual que lo había estado haciendo desde que él era niño—. La guerra ha estallado y ningún lugar será seguro a partir de ahora. No dejes que nadie te encuentre. Podrías adelantar ese viaje a Viena que tenías planeado hacer... no es bueno que estés en la isla cuando esto comience.

—¿Qué harás tú?

—Tengo varios asuntos pendientes con Katherine —contestó mientras caminaban hacia la entrada. Galtem estudiaba con atención los alrededores—. ¿Prometerás mantenerte a salvo hasta que volvamos a encontrarnos?

—Lo haré —una risa misteriosa brotó de su boca—. Tengo un plan, viejo.

AGRADECIMIENTOS

Este sueño no habría sido posible sin el apoyo constante de mi familia. Quiero dar gracias infinitas a mis padres por animarme siempre a perseguir los sueños y a trabajar para que se cumplan,

a mi hermano por inspirarme en todo aquello que hace “la vida debería tener tu pasión y tu talento”, a mis abuelos por darme el amor más sincero y a mi pequeña Estrella que ahora alumbra con luz propia desde arriba.

A mis amigos: a los de siempre, a los que encontré por el camino y me siguen acompañando desde entonces y a los que están siempre día tras día incondicionalmente; no imagináis lo maravillosa que es la vida teniéndoo a mi lado. ¡Gracias por llenar de esencia estos personajes que habéis hecho vuestros!

Agradecer personalmente a Celia por hacer de este libro suyo y por vivirlo con la misma intensidad desde el primer momento. Y a Habiba Green por su increíble trabajo ilustrando la portada: Kendall no habría tenido mejor artista para traerla a la vida.

Por último quiero dar las gracias a África Huertas por su minucioso trabajo. La vida está llena de casualidades y que reseñara tu libro fue una de ellas. Y a la editorial Red Paradise y a todos los profesionales que trabajan en ella por hacer realidad mi sueño; gracias por vuestra generosidad, disposición y profesionalidad. ¡Estoy encantada de formar parte de esta familia literaria!

DEFINICIONES

- [1] Gorra de pelaje que tiene orejeras o alas laterales.
- [2] Referencia del Danubio Azul de Johan Strauss.
- [3] *Dulce formado por una empanada abierta con requesón dulce.*
- [4] La ópera de Viena.

Table of Contents

[ALICIA MATAS](#)

[DEDICATORIA](#)

[SINOPSIS](#)

[LAS FAMILIAS](#)

[PRÓLOGO](#)

[I](#)

[II](#)

[III](#)

[IV](#)

[V](#)

[VI](#)

[VII](#)

[VIII](#)

[IX](#)

[X](#)

[XI](#)

[XII](#)

[XIII](#)

[XIV](#)

[XV](#)

[XVI](#)

[XVII](#)

[XVIII](#)

[XIX](#)

[XX](#)

[XXI](#)

[XXII](#)

[XXIII](#)

[XXIV](#)

[XXV](#)

[XXVI](#)

[XXVII](#)

[XXVIII](#)

[XXIX](#)

[AGRADECIMIENTOS](#)